

## Rasgos generales de la Literatura silenciada de los jesuitas mexicanos expulsos (1767-1830) \*

General features of the Silenced Literature  
of expelled Mexican Jesuits  
(1767-1830)

*Antonio Astorgano Abajo* \*\*

Para Adriana y Mario Astorgano,  
vos nepotes carissimi.

**Resumen:** En este trabajo sistematizamos los muchos datos que adelantamos en el estudio que publicamos con Fuensanta Garrido en *IHS. Antiguos jesuitas en Iberoamérica* (vol. 1, nº, 2013). Ahora analizamos los rasgos principales de la obra literaria de los jesuitas mexicanos expulsos, recogida por el abate Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809), en su *Biblioteca jesuítico-española (BJE)*. Asimismo narramos las penosas peripecias vitales de los jesuitas novohispanos exiliados, principalmente a la luz del *Diario* del jesuita Manuel Luengo y del *Menologio* del P. Félix de Sebastián.

---

\* Este trabajo fue presentado como ponencia en el “Coloquio internacional *Extrañamiento, extinción y restauración de la Compañía de Jesús*”, organizado por la Universidad Pontificia de México y la Universidad Iberoamericana, celebrado en Ciudad de México, los días 5, 6 y 7 de noviembre de 2013, cuyas actas no se llegaron a publicar.

\*\* Profesor jubilado. Universidad de Zaragoza. Real Sociedad Bascongada de Amigos del País. España. E-mail: [astorgano1950@gmail.com](mailto:astorgano1950@gmail.com)

**Palabras clave:** Abate Lorenzo Hervás y Panduro, jesuitas expulsos mexicanos, Literatura silenciada, *Biblioteca jesuítico-española*.

**Abstract:** In this paper we systematize the extensive data we advance in the studies we publish with Fuensanta Garrido at *IHS. Antiguos jesuitas en Iberoamérica* (vol. 1, nº, 2013). Now we analyze the literary works of the Mexican Jesuits expelled, collected by the Abbé Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809), in his Jesuit-Spanish Library (BJE). Also narrate the painful life adventures of the exiled Jesuits from New Spain, especially in light of the Journal of the Jesuit Manuel Luengo and P. Menology Felix Sebastian.

**Key words:** Abbot Lorenzo Hervás y Panduro, Mexican expelled jesuits, silenced Literature, Spanish-jesuitic Library.

**Recibido:** 16 de agosto de 2016

**Evaluated:** 8 de noviembre de 2016

## 1. Introducción

El polígrafo abate Lorenzo Hervás y Panduro, jesuita manchego expulso y apasionado hombre de letras (Horcajo de Santiago, Cuenca, 1735-†Roma, 1809), es autor de la monumental *Biblioteca jesuítico-española de escritores que han florecido por siete lustros desde el año 1759, principio del reinado del Augusto Rei Católico Carlos III, y acaban en el año 1793 (BJE en lo sucesivo)*. Dicha obra comprende cuatro catálogos que se conservan originales en dos tomos manuscritos de Hervás, muy deteriorados, en el Archivo Histórico de Loyola<sup>1</sup>, en la que se ocupa de recoger todas las obras escritas (publicadas o no) durante 1759-1799 por los miembros luso-españoles de la Compañía de Jesús. Es obra fundamental para conocer la rotulada por Pedro Aullón de Haro como “Escuela Universalista Española del siglo XVIII”, uno de los momentos mayores de la cultura hispánica y del humanismo y la comparatista moderna<sup>2</sup>.

En 2007 publicamos el tomo I de la *BJE*<sup>3</sup>, la cual reviste bastante interés para el conocimiento del estado de los más de 6000 jesuitas luso-españoles desterrados en los Estados Pontificios, durante la segunda mitad del siglo XVIII, por la minuciosa información bio-bibliográfica contemporánea que nos suministra el abate manchego. En otros lugares hemos estudiado específicamente la literatura de los jesuitas vascos<sup>4</sup> y portugueses expulsos<sup>5</sup> a la luz de la citada *BJE*. Ahora vamos a hacer lo mismo con cierto detenimiento respecto a la de los novohispanos, que ya tratamos tangencialmente en un congreso celebrado en Tlaxcala, donde analizamos las muchas amistades que el abate español tuvo entre los expulsos mexicanos<sup>6</sup>.

A lo largo del estudio de la producción literaria de las distintas provincias de los jesuitas expulsos españoles hemos observado que, aproximadamente, un 10% del total dejó algún escrito y un 1% redactó obras literarias de relevancia cultural en la Europa de la Ilustración. Así, de los casi 5500 jesuitas españoles expulsos, salieron unos 600 escritores, y, de estos, unos 60 con obras que todavía atraen la atención del lector del siglo XXI. Si trasladamos esta proporción a los jesuitas expulsos mexicanos, cabría esperar que de los 650 exiliados de Nueva España deberían haber salido unos setenta escritores, de los cuales una decena tendría obras relevantes. En efecto, nos encontramos con que se cumplen bastante esas expectativas, pues, Hervás puede reseñarnos hasta 1794, con añadiduras hasta 1799, 63 escritores entre los jesuitas mexicanos expulsos, de los cuales importantes son media docena, relevancia reflejada en la extensión que tienen los respectivos artículos (más de un folio en letra 10 de ordenador).

Siguiendo a Rafael de Zelis<sup>7</sup>, en 1767 la Provincia jesuita de México estaba compuesta por 678 miembros, nacidos entre 1686 y 1751, de los cuales un centenar

<sup>1</sup> AHL (Archivo Histórico de Loyola), *Escritos de jesuitas del siglo XVIII*, Caja 06, nº 01.

<sup>2</sup> Aullón de Haro, 2016.

<sup>3</sup> Hervás y Panduro, 2007. Casi todo lo publicado sobre Hervás puede verse en [http://www.cervantesvirtual.com/bib\\_autor/hervasypanduro/](http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/hervasypanduro/).

<sup>4</sup> Astorgano, 2009g.

<sup>5</sup> Astorgano, 2009a; 2009b; 2009c; 2009f.

<sup>6</sup> Astorgano, 2009d: 201-254.

<sup>7</sup> Zelis, 1871.

aproximadamente dejó algún escrito literario. Para hacernos una idea de los escritores surgidos en cada “generación” vamos a dar la relación por décadas entre nacidos y escritores venidos al mundo en cada una de ellas, advirtiendo que en el devenir de la agitada vida de la Provincia mexicana expulsa todas las “generaciones” o décadas dieron sus mejores frutos en el periodo 1774-1790, capitaneados por un puñado de plumas ilustres nacidas hacia 1730, que alcanza su madurez ignaciana en la profesión solemne del cuanto voto del 15 de agosto de 1763 (Diego José Abad, Salvador Dávila, Agustín Pablo de Castro, José Julián Parreño, Manuel Mariano de Iturriaga, Joaquín Leguinazábal y Francisco Javier Alegre), y del 2 de febrero de 1765 (Antonio Sternkianowski, Blas Arriaga, Juan Ignacio González Anda, Bartolomé Cañas, Francisco Javier Rivero, Francisco (Ita) Hita, Francisco Javier Clavijero, Dionisio Pérez, Rafael Landívar...), donde encontramos los nombres más significativos de la literatura exiliada. Es la generación que llega a Italia con plenitud vital (entre 35 y 40 años), que habían recibido una sólida formación humanística de maestros que no sobrepasaban los 45 (el más significativo es Rafael Campoy, nacido en 1723).

En torno a esta dorada generación se distribuye el resto de escritores de la forma siguiente:

Década	Nº de jesuitas expulsos nacidos durante esa década	Nº de jesuitas expulsos escritores de esa década	Nombres de los escritores expulsos de los que tenemos noticia, según la <i>BJE</i> de Hervás, Félix de Sebastián, Beristaín, etc., advirtiendo que algunos no llegaron al destierro (se quedaron en América o fallecieron antes del embarque) y que Hervás incluye alguno fallecido entre 1759 y 1767 (una decena que no aparece en esta tabla).
1786-1700	26	5	Juan Arriola, Juan Francisco López, José Ortega, José Bellido, José Carrillo.
1701-1710	83	10	Santiago Sedelmayer, Pedro Pablo Macida, Pedro Reales, Juan Antonio Araoz, Francisco Javier Zeballos, Andrés de la Fuente, Miguel del Barco, José Utrera, Salvador de la Gándara, Ignacio Aramburu.
1711-1720	112	15	Nicolás Calatayud, Nicolás Peza, Miguel Benjumea, Sancho Reinoso, Antonio Ágreda, José Urbiola, José Lucas Anaya, Santiago Begert, Juan Roset, Gabriel Carabantes, José Ignacio Vallejo, Vicente Zuazu, José Mariano Vallarta, Andrés Prudencio Fuente, Francisco Miranda.
1721-1730	145	28	Manuel Colazo, José Estrada, Benno Ducrue, Javier Lozano, José Restán, Bernardo Middendorf Rodenburg, José Campoy, Francisco Ganancia, Juan Ignacio González, Antonio Corro, Juan Ignacio Mota, Ignacio Pfefferkorn Eschenbrender, Joaquín Truxillo, Juan Antonio Nava, Tomás Pérez Díaz, Salvador Dávila, Lucas Ventura, Diego José Abad, Agustín Castro, Antonio Sternkianowski, José Julián Parreño, Manuel Mariano Iturriaga, Joaquín Leguinazábal, Blas Arriaga, Bartolomé Cañas, Francisco Javier Alegre, Javier Rivero, Antonio López de Priego,
1731-1740	197	30	José Izquierdo, Francisco Hita (Ita), Francisco Javier Clavijero, Dionisio Pérez Díaz, Antonio Sternkianowski, Rafael Landívar, Domingo Esparza, Nicolás Noroña, Francisco Javier Rodríguez, Juan Sacrameña, Blas Miner, Juan de Dios Noriega, Simón Arce, Manuel Brito, Antonio Poveda, Pedro Gallardo, Manuel González Cantabrana, Narciso González, Félix José de Sebastián, José Gondra, Manuel Fabri, José Liébana, Juan Chaves, Andrés Cavo, Manuel Cote Muñoz (Muñoz Cote), Hilario Ugar-

			te, Manuel Arenas, Eligio Fernández, Juan Antonio Doporto Andrade y José de Lava Ribera.
1741-1751	115	10	Pedro José Márquez, Dámaso Preen, Juan Luis Maneiro, Ramón Tarroz (Tarrós), José Toledo, José María Castañiza, Pedro Cantón, Lino José Fábrega, Rafael de Zelis y Andrés Guevara Basozábal.

Una ojeada superficial a esta tabla muestra que la primera y la última década presentan menos expulsos, la primera (1686-1700) por razones de edad, y la última (1741-1751) por las persecuciones y deserciones fomentadas por las autoridades borbónicas (recuérdese el caso de los novicios), sin embargo se diferencian en la calidad de los más jóvenes (Márquez, Guevara, Fábregas, Maneiro...), que contrasta con los viejos teologos de principios del siglo XVIII.

Curiosamente las dos décadas centrales (1720-1740) presentan casi el mismo número de escritores, con una calidad cada vez más elevada en su obra, estimulada por la nostalgia y defensa del hombre y del paisaje americanos, que culmina con los escritos de tipo poético, etnográfico e histórico de los grandes autores nacidos en la década de 1731-1740 (Clavigero, Landívar, Andrés Cavo...).

El presente artículo tiene por objeto presentar un panorama de todos los jesuitas expulsos mexicanos que escribieron algo literario, de lo que tenemos noticia (un centenar aproximadamente), pues su papel fue fundamental para mantener con la pluma la buena memoria en su lejana patria durante el casi medio siglo del destierro italiano, lo que facilitó la cohesión entre todos los miembros de la provincia y, después, su reimplantación en Nueva España inmediatamente después de su restauración universal por Pío VII (agosto de 1814), siendo el único lugar de Hispanoamérica en que pudo hacerlo.

## 2. Clasificación de la literatura de los jesuitas mexicanos expulsos, según la extensión en la *BJE*.

Cada artículo de la *BJE* está estructurado en dos partes. Una biográfica aporta los datos sobre la vida (nacimiento, muerte, familia, fuentes, [en especial Maneiro]...), sobre su relación con la Compañía (ingreso, profesión solemne, estudios, cargos...) y sobre su exilio (residencias en Córcega, Italia, anécdotas...). La segunda parte es bibliográfica, subdividida en impresos (suele empezar con la palabra «imprimió» y aporta datos sobre ciudad, editor, tamaño, reseñas bibliográficas...) y manuscritos (parte única en los escritores del Catálogo II, dedicado a los que carecen de obra publicada, y empieza con los vocablos «manuscritos» o «escribió») con bastantes títulos imprecisos y algunas observaciones sobre sus peripecias editoriales.

### 2.1. Autores muy importantes (más de dos folios), los importantes (reseñados con una extensión entre uno y dos folios) y los relevantes (entre 20 y 30 líneas de ordenador) en la *BJE*.

Según este criterio son muy importantes para Hervás por dedicarle más de dos folios de ordenador, su amigo el historiador Francisco Javier Clavigero y el

polémico teólogo y canonista Manuel Iturriaga, cuyos avatares editoriales y de censura seguía muy de cerca Hervás, de modo que sabemos el día exacto en que recató su artículo: «Según noticia que recibo hoy, 13 de noviembre de 1793» (*BJE*, 305).

Son importantes para Hervás (por dedicarle más de un folio), el filósofo, poeta y latinista Diego José Abad, el teólogo Juan Francisco López Adán (nacido en Caracas, pero biografiado por Maneiro) y el pedagogo y canonista José Julián Parreño (reproduce el auto epitafio).

Son relevantes, por dedicarle Hervás entre 20 y 30 líneas, los seis siguientes: el biógrafo Juan Luis Maneiro<sup>8</sup>; el historiador y naturalista Blas Miner; el lingüista Ignacio Paredes (que no fue expulsado, porque falleció en México en 1762. Recordemos que Hervás recoge los autores fallecidos después de 1759, año de comienzo del reinado de Carlos III); el filósofo y teólogo José Mariano Vallarta y el poeta y biógrafo José Ignacio Vallejo, con quien Hervás había intimado en Cesena hacia 1774 con motivo de la edición de la *Vida de San José*. Caso curioso es el del historiador y traductor de Feijoo Juan Roset, quien, habiendo nacido en Guimerá (Lérida) en 1718, fue misionero en el Reino de Quito y después acompañó a su tío el arzobispo de Guatemala Francisco José de Figueredo, integrándose en la provincia jesuítica de México, de tal manera que tradujo al italiano la *Historia de la California* del P. Andrés Marcos Burriel, cuya impresión fue terminantemente prohibida por el ministro de Indias José Gálvez (*BJE*, 661).

### 2.1.1. Los tres grandes ausentes en la *BJE*: Francisco Javier Alegre, Miguel del Barco y José Rafael Campoy.

La ausencia de Francisco Javier Alegre Capetillo, (Veracruz, 12-XI-1729-†Castel San Pietro (Bologna), 16-VIII-1788) tiene una clara justificación, ya que, con casi toda seguridad, estaba en la parte dañada del manuscrito, el cual sufrió varias persecuciones a lo largo del siglo XIX, en una de las cuales fue imprescindible enterrarlo, cogiendo humedad y pudriéndose las hojas iniciales, incluidos algunos párrafos de la ficha de Diego José Abad. Es conocida su *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, en la que abarca doscientos años de la historia del Instituto, pero Alegre desarrolló con mayor amplitud los períodos antiguos. Autor fácil de reseñar, pues Hervás ya contaba con la biografía de Alegre, escrita por Manuel Fabri, en cuyo artículo de la *BJE* (p. 224) está perfectamente descrita. Curiosamente, Félix de Sebastián, en contra de su costumbre, reseña una larga lista de títulos del P. Alegre:

«para reconocer lo mucho que dejó escrito en tan diversas materias. [...]. Mas aquí se ofrece la admiración cómo un hombre siempre de débil comprensión, ocupado en los quehaceres de su estado y religión, y con los empleos de enseñar, pudo escribir tanto y en tan diversas materias, sin faltar en nada a sus obligaciones; mas todo esto lo superaba su grande comprensión, retentiva y continuo estudio, con que consiguió, además de lo dicho, el hacerse eminente en las lenguas latina, hebrea y griega; y de las vivas, la francesa, inglesa e italiana, en las cuales no sólo escribía, sino también versi-

<sup>8</sup> Maneiro-Valenzuela, 1988.

ficaba»<sup>9</sup>.

Mucho más misterio encierra la ausencia del importante misionero, antropólogo e historiador extremeño Miguel del Barco González, (Casas de Millán (Cáceres, Extremadura, España), 13-XI-1706-†Bolonia, 24-X-1790), quien fue colaborador del *Catálogo de las Lenguas* de Hervás a instancias de Clavigero y de Pedro Cantón, porque, habiendo permanecido 30 años en California, aprendió varias lenguas indígenas. No podemos detenernos en su notable *Historia natural y crónica de la antigua California*<sup>10</sup>. Se conserva correspondencia de Miguel del Barco a Hervás de 1784, lo que hace incompreensible que no aparezca diez años después en la *BJE*, ya fallecido el extremeño en 1790. Sólo tiene la explicación de seguir un ruego del mismo Miguel del Barco, quien siempre fue muy reticente a airear lo referente a las misiones californianas, bastante mal vistas por los enciclopedistas europeos y por los regalistas madrileños, quienes retenían encarcelados a bastantes misioneros de las regiones fronterizas del Imperio.

La fuente de información sobre las lenguas de California en la edición del *Catalogo delle lingue* (Cesena, 1784) es casi exclusivamente una carta del jesuita extremeño Miguel del Barco, pues a Marcos Burriel lo cita en la edición española de 1800. Dada su avanzada edad en un principio no estaba dispuesto a colaborar y si lo hizo fue, fundamentalmente, por las presiones de Clavijero y de Pedro Cantón.

Se conservan cartas del veracruzano a Hervás acerca de sus gestiones ante el viejo Miguel del Barco<sup>11</sup>. Parece que Clavigero habla por primera vez del «venerable» Miguel del Barco en la carta fechada en Bolonia el 3 de septiembre de 1783, en la que informa al abate manchego de la negativa del extremeño a facilitarle la traducción en cochimí del *pater noster*, porque contiene muchas perífrasis y circunloquios que sorprenderían a los intelectuales europeos. Escribe Clavigero: «pero prevengo a V. que si le escribe sobre el asunto del *Pater Noster*, lo mortificará, y no conseguirá su intento: puesto que yo, que le debo mucha estimación, no lo pude conseguir, aun habiendo ido a verlo para pedírselo. Él está resuelto a no dar la traducción literal del *Pater Noster*»<sup>12</sup>.

Para comprender esta carta es conveniente conocer la biografía de este infatigable extremeño, lamentando que Hervás, a pesar de tener trato con Del Barco y reconocer su sabiduría sobre California, no lo reseñase en la *BJE*. Olvido para el que no tenemos explicación. Tal vez Hervás ocultó a Miguel del Barco para favorecer a su amigo Clavigero, quien había publicado en Venecia en 1789 una *Storia della California*, sin haber pisado dicha península, basándose precisamente en el manuscrito de Miguel del Barco, lo cual era conocido por los expulsos mexicanos y se reconoce en la necrológica del P. Félix de Sebastián, quien aporta algunos detalles que nos explican la pericia lingüística de Miguel del Barco y su estrecha relación con Clavijero:

<sup>9</sup> Sebastián, 1767-1796, II: 118.

<sup>10</sup> Astorgano, 2010; Barco, 1973; Sebastián, 1767-1796, vol. II: 170-175; Sequeiros, 1992; Teixidó 1993; Altable, 1995; Burrus y Gómez, 2001.

<sup>11</sup> Biblioteca Vaticana, Mss Vat. Lat. 9801-3, fols. 224-243; Clark, 1937: 142-144.

<sup>12</sup> Clark, 1937: 143; Astorgano, 2009d: 222.

«Su diversión [de Miguel del Barco] eran los libros y escribió una larga y muy completa *Historia de la California*, en la que mostró no sólo su veracidad, mas también su ciencia. Ésta la compendió el difunto y docto Padre Javier Clavigero, que la tenía escrita en italiano, cuando lo arrebató la muerte y después fue impresa en Venecia<sup>13</sup>. Su consuelo era tratar con los nuestros, que todos lo amaban y veneraban»<sup>14</sup>.

Para salir de dudas sería conveniente hacer un detallado cotejo entre los libros de Miguel del Barco y el de Clavigero. Por lo demás, Hervás, Clavijero y Miguel del Barco compartían algunos rasgos de carácter: «lo ajustado de su vida, su nobleza de trato y honradez y hombría de bien»<sup>15</sup>.

Hervás narra la colaboración de Miguel del Barco en la edición castellana del *Catálogo de las lenguas* (1800). Fueron dos cartas-informes remitidas desde Boloña, a lo largo de 1784, en la última de las cuales el extremeño resume el proceso y se somete completamente a la petición de Hervás:

«Sin embargo de que me hallo en la avanzada edad de 77 años cumplidos, y con la vista tan cansada y endeble, por el demasiado leer, que casi no puedo escribir sin abrir y cerrar la vista continuamente para recoger o conservar la luz que me viene de los objetos, no obstante, no he dejado de condescender con las sollicitaciones de los señores D. Francisco Javier Clavijero y don Pedro Cantón, para formar el pequeño ensayo del carácter de la lengua cochimí que se ha enviado a usted. Yo creía haber satisfecho plenamente a sus deseos, y de aquí que usted, escribiéndome en derecha para que le envíe otras noticias de la dicha lengua, me pone de nuevo en el empeño de violentar mi cansada memoria para acordarme de una lengua dieciséis años [1768-1784] ha abandonada y olvidada como inútil, y que no aprendí por reglas gramaticales. A éste su deseo he procurado satisfacer, haciendo también, con gran trabajo de la mente y de la vista, la traducción literal de la devota oración [el *pater noster*] cochimí que le incluyo, y al mismo tiempo respondo también en esta carta a las preguntas que usted me hace sobre las lenguas de la miserable California. He aquí las respuestas ordenadas según el orden de sus preguntas»<sup>16</sup>.

Miguel del Barco escribió su *Historia natural de la Antigua California* porque discrepaba con la de Burriel, y se lo advierte a Hervás. Después lo informa sobre las «tres lenguas muy diversas habladas en todas las naciones californias», la pericú, la guaicura y la cochimí. El extremeño se extiende en la lengua cochimí, por ser la que se hablaba en su misión de San Javier. Concluye Miguel del Barco reconociendo sus limitaciones como informador, pues habían fallecido muchos de los quince misioneros que había en California<sup>17</sup>.

<sup>13</sup> Clavigero, 1789. Esta obra fue traducida a mediados del siglo XIX por el presbítero don Nicolás García de San Vicente, Clavigero, 1852.

<sup>14</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. II: 175.

<sup>15</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> Hervás y Panduro, 1800, vol. I: 347; Astorgano, 2009d: 223.

<sup>17</sup> *Ibid.*, vol. I: 350.



También tiene poca explicación la ausencia del importante humanista, predicador y maestro José Rafael Campoy Gaztelun, (Los Álamos [Sonora], 15-VIII-1723-†Bolonia, 29-XII-1777), biografiado por Maneiro en el tercer lugar del segundo volumen de su obra, con unos elogios tan exagerados que difícilmente pasarían desapercibidos a un lector atento, pues Maneiro subrayaba en Campoy su oposición al *status quo*, sus tendencias cartesianas, su correspondencia epistolar con Gregorio Mayans y el padre José Francisco de Isla, y la incompreensión de muchos de sus hermanos. La admiración de Maneiro le llevó incluso a compararle con el norteamericano Benjamin Franklin. Además era muy conocido en Bolonia y en Ferrara, donde recorría los mercados de pescado para realizar un estudio comparativo entre los peces descritos por Plinio y los conocidos en la actualidad. Según indica Maneiro trabajó varios años en un comentario, hoy perdido, de *De Natura Rerum* de Plinio (*Plinio mexicano, o sea, Historia Natural del Reino de la Nueva España*) y en una *Carta geográfica de América Septentrional*, manuscritos que se perdieron durante su viaje al exilio. Campoy contribuyó a un mejor conocimiento de México a través de estudios sobre la tierra, flora y fauna. Fue maestro de la brillante generación de «los constructores de la mexicanidad» (Clavigero, Diego J. Abad, Francisco Javier Alegre, Rafael Landívar y Juan Luis Maneiro), todos ellos reseñados en la *BJE*, pero no se dice ni una sola palabra sobre Campoy<sup>18</sup>.

## 2.2. Treintaicuatro autores reseñados con una extensión entre 10 y 20 líneas en la *BJE*.

Entre 10 y 20 líneas de extensión, Hervás le dedica a los artículos del explorador, cartógrafo, misionero y escritor siciliano José Alaña [Alagna] (†La Habana, 1767), que no fue expulsado (*BJE*, 742); al matemático y científico Simón Arce y Arroyo (†Roma, 1787); al misionero en California Jaime (Juan Jacobo) Baegert, antropólogo y autor «en latín de una *Descripción de la California*»<sup>19</sup>, que Hervás reseña, en contra de su criterio de no aludir a cuestiones polémicas o mal vistas por el gobierno de Madrid, como era la expulsión de los jesuitas de las zonas fronterizas<sup>20</sup>. Similar extensión le dedica al orador Nicolás Calatayud (†Veracruz, 1767); al teólogo Bartolomé Cañas (†Bolonia, 1787); al moralista José Carrillo (†Bolonia, 1774), de quien Hervás destaca que se le confiscaron muchos escritos al pasar por Parma en el otoño de 1768; al poeta Agustín Pablo de Castro (†Bolonia, 1790); al misionero en California y cronista de la expulsión Benno (Benito) Ducrue (*BJE*, 750-751), autor de una importante *Relatio expulsionis Societatis Iesu ex provinciae Mexicana, et maxime e California* (1767)<sup>21</sup>.

Parecida importancia se le concede al historiador hondureño José Fábrega Bustamante, informador de Hervás sobre la lengua azteca y sobre los antiguos códices mexicanos conservados en Roma y uno de los colaboradores del cardenal filo-

<sup>18</sup> Gómez y Rohan, 2001: 620-621.

<sup>19</sup> Baegert, 1942; Saint Clair Segurado, 2005: 118-138.

<sup>20</sup> Hervás incluye la *Descripción de la California* porque Cristóbal Murr ya la había publicado en Nürenberg en 1784, y porque su amigo Clavigero la había tomado como fuente para su *Historia de California*; Hervás y Panduro, 2007: 743-744.

<sup>21</sup> Ernest I. Burrus lo ha publicado, traducido al inglés y anotado. Cf. Burrus, 1967.

jansenista Stefano Borgia, aclarando que «el autor, hasta ahora, no ha podido publicar ninguna producción suya, porque continuadas desgracias le han impedido conseguir el dinero propio que tenía destinado para la impresión" (*BJE*, 592); al biógrafo Manuel Fabri; al poeta latino, himnógrafo y biógrafo Pedro María Gallardo (†Ferrara, 1786); al orador y poeta Francisco Ganancia (†Roma 1775); al poeta en latín e italiano José María de Gondra (residente en Ferrara y suscriptor de la enciclopedia *Idea dell'Universo*); al biógrafo y devoto de la Virgen de Guadalupe Juan Ignacio González de Anda (†Bolonia 1792); al latinista y matemático Narciso González (†Bolonia, 1791); al filósofo Andrés de Guevara y Basoazábal, residente en Bolonia (†Plasencia, 1801); al misionero en Sinaloa Francisco Ita (Hita) Santana (después de permanecer varios años prisionero en el Puerto de Santa María, falleció recluido en Córdoba en febrero de 1782)<sup>22</sup>; al poeta y traductor de Metastasio, José Izquierdo; al destacado poeta Rafael Landívar (†Bolonia 1793); al teólogo Francisco Javier Lazcano, quien murió en México en 1762 con fama de santo); al humanista Vicente López; al poeta Francisco Javier Lozano Ruiz (Valdepeñas, 1721-†Elche, 11-VI-1801), quien disfrutaba de pensión doble y era suscriptor de la enciclopedia *Idea dell'Universo*); a Nicolás Noroña Chirino (†Roma, 1791), misionero circular en Guanajuato; al naturalista y poeta Alejo Orrio (nacido en Navarra y fallecido en Veracruz en 1764, por lo que no fue expulsado); al misionero y lingüista José Ortega (†El Puerto de Santa María, 1768); al misionero y biógrafo Dionisio Pérez (†Rávena 1772); al filósofo Nicolás Peza; al teólogo Mariano Antonio Poveda (nacido en La Habana en 1734 y que en 1794 convivía con Hervás en *Il Gesù* de Roma).

La misma extensión se le da al confesor, matemático e historiador, Dámaso Preen (Cádiz, 1744; según Zelis, 1743), de quien Hervás apunta el detalle de que «murió en Roma a 19 de agosto de 1793. Está sepultado en la iglesia llamada *Jesús*» (*BJE*, 654-655); al misionero y teólogo Javier Rivero Marín (†Bolonia 1787); al jesuita italiano Segismundo Taraval, misionero e historiador de California, el cual no fue expulsado, pues falleció en Guadalajara (México) en 1763; al moralista navarro, José Urbiola (Peralta, 1713-†Bolonia, 1783), del que Hervás (*BJE*, 691) anota dos manuscritos y remite a la biografía que le hizo Maneiro. Al predicador guatemalteco José Ángel Toledo, propagador del culto a la Virgen del Refugio, a la de Guadalupe y al Sagrado Corazón de Jesús. Residente en Roma, debía ser amigo de Hervás, pues era suscriptor de su enciclopedia *Idea dell'Universo*; al poeta, periodista y operario Cristóbal Villafañe, quien no fue expulsado, pues fue asesinado el 28 de agosto de 1766 «a manos de unos negros a quienes, condenados a muerte por sus graves delitos, instruía en la doctrina cristiana y disponía para la muerte. Don Joaquín Lacunza publicó impresa la *Relación de la muerte de Villafañe*, añadiéndole algunas canciones fúnebres» (*BJE*, 552)<sup>23</sup>. Finalmente es reseñado con diez líneas el teólogo y penúltimo provincial de México, Francisco Javier de Zevallos Martínez, a quien actualmente se le reconoce el haber liderado la renovación intelectual y pedagógica de su Provincia diez años antes de la expulsión<sup>24</sup>, cuyos frutos se recogerán en Italia con una notable producción literaria, como estamos viendo. Hervás se limita a decir

<sup>22</sup> Fernández Arrillaga, 2009: 134.

<sup>23</sup> Fue asesinado en la cárcel de Guatemala por tres negros de Omoa. Este asesinato tuvo bastante resonancia, pues, aparte de la *Vida* escrita en 1763 por el P. Lacunza, el también jesuita Miguel de Taracena escribió *Lágrimas de Aganipe*. Cf. Taracena, 1766.

<sup>24</sup> Saint Clair Segurado, 2005: 407.

que escribió «*Un curso casi entero de teología*. Esta obra quedó en Méjico», y a remitir a las biografías de Juan Ignacio González en castellano y de Maneiro en latín: «El señor D. Juan Ignacio Gonzales escribió en español *Compendio de su vida*, del que se valió el señor Maneiro para escribir la que publicó en latín. (Véase el artículo *Maneiro* en el catálogo antecedente» (*BJE*, 696).

### 2.3. Dieciseis autores reseñados con menos de diez líneas en la *BJE*.

En este grupo Hervás incluye 16 jesuitas y en él encontramos las mayores sorpresas, pues hay algún autor muy importante, que debería estar en el grupo correspondiente, como es el caso del crítico artístico y estudioso de arquitectura Pedro José Márquez Ochoa, lo cual tiene su explicación, pues a principios de 1794 cuando Hervás cierra su *BJE* apenas había publicado un par de opúsculos y sus obras más importantes son posteriores, con las que llegará a conseguir el premio de pensión triple y ser académico de honor de San Fernando en 1797, (Vicente Requeno lo será en 1799 y Pedro García de la Huerta lo había sido en 1796), los tres notables jesuitas expulsos, especialistas en arte grecorromano. Algo similar ocurre con el humanista de Guadalajara Andrés Cavo, secularizado en 1769 y fallecido en Roma en 1803, quien aparece sólo con la biografía en latín de su maestro José Julián Parreño, publicada en Roma en 1792 (*BJE*, 177). Más patriota que seguidor de San Ignacio, escribirá unos *Anales de la ciudad de México desde la conquista española hasta el año de 1766*, donde enaltece todo lo americano y arremete contra Hernán Cortés y contra «el yugo de los españoles». Ambos (Julián Parreño y Andrés Cavo), los dos profesos de cuarto voto, se quejaban en 1775 de que la secularización no les había traído más que miseria, privaciones y falta de socorros. Llevaban años viviendo con «la ojeriza y escarnio del partido fautor de los abolidos»<sup>25</sup>, que les llamaban crédulos e ilusos<sup>26</sup>.

En su inmensa mayoría son escritores menores, como el autor de catecismos Ignacio Aramburu Aranguti (†Masacarrara, 1788), quien en Ferrara imprimió en 1775 unas pláticas de doctrina cristiana que se había traído de México. El filólogo Blas de Arriaga Aguilar, (Tlaxcala, 1729-†Valencia, febrero de 1801), residente en Tivoli, quien dejó manuscrita una *Biblioteca para misioneros de naciones jentiles* (dos volúmenes en 4º) (*BJE*, 573). El poeta y biógrafo Juan José de Arriola (Guanajuato, 1698-†Puebla de los Ángeles, 1768), quien dejó manuscrita, pero concluida en verso español, la *Vida de Santa Rosalía* (*BJE*, 574). Más borrosa es la personalidad del operario y poeta Pedro Pablo Borrote, del que Hervás solo dice «nació en Guanajuato, del obispado de Mechoacán, y, habiendo sido recibido en la provincia jesuítica de Méjico, hizo los estudios que requería la profesión solemne y se empleó santamente en los ministerios apostólicos; murió en Guanajuato el 1762, dejando ilustres ejemplos de virtudes religiosas, por lo que se escribió y publicó su vida por el jesuita Dionisio Pérez». Aunque Hervás no le cita ningún escrito, está justificada su inclusión dentro de la *BJE*, porque en la Biblioteca Nacional de México se conserva un manuscrito suyo intitolado *Panegiris de la Gloriosa muerte de S. Ignacio de Loyola*, compuesto en octavas reales, liras y décimas castellananas. El humanista y filósofo Manuel Brito (Mérida de Yucatán 1734) y residente en Medecina, villa del Bo-

<sup>25</sup> AGS, *Gracia y Justicia*, leg. 685.

<sup>26</sup> Saint Clair Segurado, 2005: 341.

loñés, es reseñado porque publicó el elogio fúnebre de su paisano, también jesuita José Vicente Anguas y Alcocer (*BJE*, 140)<sup>27</sup>.

El lingüista Manuel Cote Muñoz, nacido en Appa, de la diócesis Angelopolitana, residente en Bolonia y corresponsal de Hervás, dejó manuscritas unas *Istituzioni gramaticali della lingua latina*. El humanista y poeta latino Manuel González Cantabrara (Cantabrana), (Guanajuato, 1736), jesuita desde el 5 de octubre de 1754 y residente en Roma, aparece (*BJE*, 602) con dos manuscritos (1. *Humaniorum litterarum rudimenta*; 2. *De promisso hominibus Mesia per VI mundi aetates, patribus expectatum. Carmen*). Totalmente desconocido en todos los repertorios bibliográficos es Juan Ignacio Mota, nacido (México, 1724), residente en Roma, el cual aparece con el manuscrito inédito *Poema latino sobre la Jararagua, país en el obispado de Valladolid, de Nueva España* (*BJE*, 639). El teólogo veracruzano (1726), residente en Roma, Tomás Pérez (*BJE*, 652), hermano del biógrafo Dionisio (*BJE*, 440), dejó inéditos dos manuscritos (1. *Tratado sobre el misterio de la Concepción Inmaculada de María Santísima*. 2. *Observaciones sobre el martirolojio romano*). El conocido misionero y biógrafo Félix de Sebastián, (San Lucas de Barrameda, 1736), residente en Bolonia, donde falleció en 1815, suscriptor de la enciclopedia *Idea dell'Universo*, es autor de las *Memorias de los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús en la Provincia de la Nueva España, difuntos después del arresto, acaecido en la capital de México el día 25 de junio de 1767*<sup>28</sup>, que parecen reseñadas en la *BJE* (p. 666) con el título bastante preciso (*Menologio de los jesuitas y exjesuitas de la provincia mejicana muertos fuera de los dominios españoles*), pues, en efecto, se trata de un *Menologio*, porque las biografías están ordenadas según el día de la muerte. El misionero y explorador alemán Jaime Sedelmayer, que falleció en Aldea Dávila (Salamanca) en febrero de 1779, se quedó en El Puerto de Santa María durante muchos años, y más tarde fue internado en un convento de la geografía hispana peninsular, donde fue preso de por vida. Es reseñado escuetamente por Hervás en su *BJE* (pp. 759-760). Sabemos que Hervás conocía los escritos de Sedelmayer, pues al hablar de los dialectos tarahumanos (tarahumaros), eudeve, opata y pima, sus fuentes son Clavijero y «las observaciones y mapas» de Kino y Sedelmayer<sup>29</sup>. El P. Félix de Sebastián no pudo conocerlo, por lo que nos ha dejado una vaga necrológica de Sedelmayer, resaltando sus cualidades de misionero y el arresto en Cádiz:

«Trabajador, humilde y paciente. Hizo muchas correrías apostólicas en aquellas partes, sirviendo a todos con una muy singular caridad, y amando y venerado de cuantos lo trataron y conocieron. Fue arrestado y, después de haber pasado los innumerables trabajos que a gran parte de sus compañeros les quitaron la vida, llegó a España en donde vivió prisionero por mucho tiempo en El Puerto de Santa María, donde coronó con la carrera de su vida, toda apostólica y toda llena de trabajos, muriendo en el Señor por el mes de mayo

<sup>27</sup> Sobre el «El angelical padre José Angua», Sebastián, 1767-1796, vol. I: 547-556.

<sup>28</sup> El número de jesuitas mejicanos biografiado es de 389. Esta serie de biografías, de interés histórico muy similar a las de Maneiro (1791-1792, 3 vols.) quedó inédita, aunque ha sido utilizada por los historiadores mejicanos, como Rico González, 1949. El ms. autógrafa en la Biblioteca dell'Archiginasio di Bologna. Copia resumida en el Archivo Provincial Mexicano. Saint Clair Segurado, 2005: 411.

<sup>29</sup> Hervás y Panduro, 1800, vol. I: 333-334.

de este año [1779], mas no he podido saber el día»<sup>30</sup>.

El humanista y matemático Joaquín Truxillo, nacido en Fresnillo, diócesis de Guadalajara en 1726 y fallecido en Faenza en 1775, dejó un solo manuscrito «*Método para hallar la longitud*. El autor presentó en Roma esta obra manuscrita al conde de Floridablanca» (*BJE*, 679-680). A pesar de su utilidad no nos consta su publicación ni la ayuda del embajador Floridablanca. Finalmente el muy poco conocido latinista y biógrafo Vicente Zuazu (o Zuazo), (Pátzcuaro [Michoacán], 1719-†Ferrara, 1781), «imprimió en Ferrara muchos elogios de S. Ignacio de Loyola y de S. Vicente Ferrer, en idioma español, y algunos epigramas latinos» (*BJE*, 560), corroborado por Félix de Sebastián<sup>31</sup>.

Puede observarse, como el mismo Hervás declara en el título de su *BJE*, que el abate manchego pretende recoger todos los escritores jesuitas que han fallecido en los siete lustros desde que comenzó el reinado de Carlos III, es decir, desde 1759 hasta 1793. Recordemos que 1759 es el inicio del destierro de los jesuitas portugueses, razón, por la que, siendo semejante la formación de los jesuitas españoles y portugueses, también alude a la producción literaria de los jesuitas portugueses desde 1759 y Hervás va anotando el hostigamiento de Pombal antes de la expulsión de 1767 sobre los escritores jesuitas más relevantes, como la temprana y mucho más conocida persecución del escriturista y líder de los jesuitas portugueses expulsos, Manuel de Azevedo: «Luego que murió Benedicto XIV, Carvalho, primer secretario del rey de Portugal, procuró que Azevedo saliera de Roma» (*BJE*, 704).

No vamos a traer la vieja polémica de si el destierro de 1767 de los jesuitas españoles supuso un freno a la producción literaria, como sostiene el sector más conservador de los cronistas, con el P. Manuel Luengo a la cabeza, y Félix de Sebastián en menor medida<sup>32</sup>, o por el contrario fue un estímulo, como cree el estudioso Miguel Batllori. Pensamos que hay que distinguir entre calidad y cantidad. Si observamos los repertorios del solícito Beristáin<sup>33</sup> o el del prudente Hervás, que pensaba publicar su *BJE* inmediatamente en 1794, vemos que rara vez aluden a los muchos problemas que los literatos mexicanos expulsos tenían para dar a la luz sus obras, como Juan Roset, quien vio radicalmente prohibida su traducción italiana de la *Historia de la California* del P. Andrés Marcos Burriel por el ministro de Indias José Gálvez, o el aludido humanista y matemático Joaquín Truxillo, quien se trasladó inútilmente desde Faenza a Roma para presentar su manuscrito *Método para hallar la longitud*, al embajador Floridablanca, poco antes de morir en 1775 (*BJE*, 679-680).

Sin embargo, es evidente que la literatura de temas jesuíticos tradicionales

<sup>30</sup>Sebastián, 1767-1796, vol. I: 338; Montané Martí, 1999; Pradeau, 1959.

<sup>31</sup>Sebastián, 1767-1796, vol. I: 391.

<sup>32</sup>Al reseñar al Padre José Ignacio Doporto Andrade (\*Isla del Carmen, alias Laguna de Términos, 25-I-1734-†Venecia, 15III-1786) concluye: «Sujeto nacido para trabajar gloriosamente y que las circunstancias hicieron pasara lo mejor de su vida en una infeliz ociosidad, viéndose privado de ejercitar sus talentos». Sebastián, 1767-1796, vol. II: 2. No confundir con su hermano Juan Antonio Doporto Andrade (\*Laguna de Término (Mérida de Yucatán; según Zelis en Isla del Carmen), 2-III-1733-†Bologna, 26-IV-1801), quien compuso unas insulsas décimas, incluidas al final del manuscrito, en elogio de la *Historia del arresto...*, de Antonio López de Priego.

<sup>33</sup>Beristáin de Souza, 1818.

(tratados de teología, filosofía, sermones, panegíricos, etc.) sufrió un serio revés, pues muchos de los 63 escritores reseñados por Hervás y muchísimos de los 43 omitidos no escribieron (o al menos no publicaron) nada en el destierro, lo que confirma la magnífica formación que había implantado la reforma del provincial Francisco Javier Ceballos, diez años antes del extrañamiento.

Tampoco vamos a valorar la hipótesis de que, sin la libertad que supuso la extinción de la Compañía y sin la añoranza del proscrito, no se habrían escrito obras de historia, antropología y naturaleza mexicana de autores criollos como Clavijero o Andrés Cavo, y su influjo en la mentalidad independentista. Las trece colonias británicas no necesitaron tener expulsado a ningún jesuita para emprender en 1775 la Guerra de Independencia de los Estados Unidos contra el Reino de Gran Bretaña. Por cierto, jesuitas españoles como Luengo criticaron que España ayudase a los independentistas norteamericanos, porque era un ejemplo de sublevación que inevitablemente imitarían las colonias españolas<sup>34</sup>.

Para valorar el alcance de la literatura de los expulsos mexicanos, descrita en la *BJE* en el periodo 1759-1799, debemos analizar los bastantes autores que faltan (hemos contabilizado 43) y que deberían estar incluidos si seguimos el criterio que se auto impuso el mismo Hervás.

Asimismo, dentro de los 63 reseñados por Hervás hay un grupo que no fue expulsado por haber fallecido antes de 1767 o porque habiéndosele intimado la Pragmática Sanción de expulsión, sin embargo quedaron en tierras americanas.

#### **2.4. Observaciones sobre la cantidad de literatos contenidos en la *BJE*.**

Combinando la masa del centenar de escritores mexicanos con el ritmo de defunciones que el P. Félix de Sebastián va anotando en sus *Memorias* (en las que no se incluyen los secularizados fallecidos, por infieles al ideario jesuítico) observamos que los difuntos en 1767 fueron 56 jesuitas (de los cuales, 6 escritores); en 1768, 43, de los cuales, 4 escritores). En los años sucesivos los fallecidos anuales oscilaban entre 10 y 13 individuos, de los cuales uno o dos eran escritores.

A finales de 1779, cuando empezaba la década de esplendor (1778-1788), Félix de Sebastián anota el fallecido nº 217, es decir, un tercio de los 650 expulsos novohispanos (y de sus escritores) había pasado a mejor vida, incluido el perfeccionista Diego José Abad (*BJE*, 95-97).

A lo largo de esa década dorada de la literatura novohispana (1778-1788) el número de difuntos pasa de un tercio a la mitad, pues Félix de Sebastián anota el número 317, como último de 1788. A lo largo de esa década mueren, al menos 22 escritores novohispanos, entre ellos José Vallejo en 1785, Francisco Javier Clavigero en 1787 y Francisco Javier Alegre en 1788. Poco después a lo largo de 1790 fallecen el excelente humanista y filósofo José Mariano Vallarta, el misionero Miguel

---

<sup>34</sup> Luengo, *Diario*, día 11-7-1779: «Hay todavía algún rubor y vergüenza en decir abiertamente que se quiere y se aprueba una cosa [la independencia de las Colonias Americanas] que es de malísimo ejemplo para tantas y tan ricas Provincias Españolas de América y perjudicial para España por otros muchos títulos».

del Barco y el humanista Agustín Pablo de Castro, biógrafo de Clavigero.

A lo largo de esta década muchos novohispanos viajan a Roma, y no pocos escritores, los más jóvenes, se domicilian en la Ciudad Eterna, como Andrés de Cavo, siempre al lado de su maestro José Julián Parreño, Lino José Fábrega, Manuel Fabri, Pedro José Márquez o Mariano Antonio Poveda. El jesuitismo va perdiendo peso demográfico y literario en la Romaña y lo va cogiendo en Roma, a donde emigran los intelectuales más inquietos.

El inquisidor Nicolás Rodríguez Laso se entrevista en Bolonia el 18 de octubre de 1788 con el responsable en esa ciudad de los asuntos relativos a los ex jesuitas, don Luis Gnecco, y se preocupa de saber el número de supervivientes: "Por la tarde, visitamos a don Luis Gnecco, comisionado real para los ex jesuitas, el cual me dijo que, de los cinco mil que salieron de España, habría quedado la mitad, poco más o menos"<sup>35</sup>. Laso anteriormente había anotado que los ex jesuitas residentes en Bolonia en 1784, eran 505 en la ciudad, a los que había que añadir otros 430, en el resto de la diócesis. En la diócesis de Bolonia había 935 ex jesuitas, es decir, más de un tercio del total de los expulsos que sobrevivían. Datos ligeramente diferentes de los que Francisco Miranda recabó del ex jesuita Tomás Belón en Roma en 1786: "Total de todos los jesuitas españoles que viven en Italia: alrededor de 3.000 personas. Dos paolos de pensión al día"<sup>36</sup>.

El ritmo de los fallecidos novohispanos en la tercera década, época de contracción literaria, en que hemos dividido la literatura de los expulsos (1789-1798), desciende anualmente un poco (entre 6 y 7, salvo el año de 1791, con 12, y 1792 con 15 difuntos respectivamente), aunque parece acelerarse el número de escritores muertos, pues hubo cuatro en 1792 y en 1793 (Rafael de Landívar, uno de ellos).

A la hora de clasificar y aquilatar la valoración del centenar de escritores mexicanos expulsos, podemos seguir tres criterios principales, el cronológico, el geográfico y el temático, que es el más utilizado y el que siguieron Miguel Batllori y Eva María St. Clair Segurado. Aludiremos ahora brevemente al cronológico, siguiendo los distintos artículos de la *BJE* de Hervás. Hay que examinar la literatura de los jesuitas mexicanos expulsos también desde la perspectiva geográfica, como las ciudades e imprentas en las que fue producida, como la Imprenta Biasini en Cesena, bajo el impulso de Hervás, donde vieron la luz obras de José Ignacio Vallejo, Diego José Abad y Francisco Javier Clavigero, entre otros.

### 3. La cronología de la literatura de los jesuitas expulsos mexicanos.

Batllori aprecia dos etapas en la fecundidad y calidad de la producción literaria jesuita en Italia. Una primera anterior a 1773, breve y escasa en publicaciones: disertaciones filosóficas y teológicas, juegos retóricos, versos latinos y otros productos insulsos. Tras la extinción de 1773, los jesuitas pudieron cambiar su lugar de residencia, y los más inquietos y perfeccionistas, aquellos que necesitaban acudir a obras de referencia para componer las suyas propias, se mudaron a ciudades más

<sup>35</sup> Rodríguez Laso, 2006: 410.

<sup>36</sup> Miranda, 1982: 79.

grandes, como Roma y Bolonia, donde podían consultar bibliotecas y universidades. La literatura de los expulsos estuvo sometida en su primera etapa hasta 1777 a factores que entorpecían la labor creativa como la edad, las fatigas e incertidumbre del viaje y sucesivos alojamientos, la necesidad de manejar a la perfección el italiano, la pérdida en México de muchos de sus manuscritos, la creencia falsa de que el fin del destierro era inminente y el miedo a la censura (muchos emplearon seudónimos).

La perspectiva cronológica será importante para delimitar lo que pasó antes y después de la década prodigiosa de 1778-1788, y para ir más allá de la quincena de autores jesuitas expulsos mexicanos que se han venido estudiando hasta la fecha, agrupados, siguiendo el criterio temático, en el manido grupo de los nostálgicos, que se dedicaron a tres materias: la apología de la obra jesuita en América, el estudio y exaltación del paisaje americano en obras científicas y poéticas, y el enaltecimiento del hombre americano con obras históricas, etnográficas y lingüísticas.

### **3.0. Hacia una periodización de la literatura del exilio de los jesuitas mexicanos expulsos (1767-1814)**

A pesar de todos los inconvenientes que presentan las periodizaciones, por su simplicidad y por las dificultades de poner límite a algo que está en constante fluctuación como es el tiempo, la vida y la obra de un escritor, vamos a proponer la división de la producción literaria de los jesuitas mexicanos desterrados (1767-1814) en cuatro periodos, dentro de las cuales se podrían subdividir otros periodos de menor importancia, que desechemos en orden a la claridad y sencillez.

Como hemos señalado, desde un punto de vista jesuítico más tradicional, a la hora de la reconstrucción histórica de la literatura del exilio de los jesuitas portugueses y españoles, hay que señalar dos tiempos bien definidos por el hecho de la extinción de la Compañía en agosto de 1773.

El primero abarca el tramo temporal 1767-1773 en que los desterrados mexicanos son todavía miembros activos de la Compañía de Jesús y por ende su pertenencia a la Asistencia de España traza sus cauces institucionales, cuyas huellas no han sido estudiadas todavía, pero podemos intuir bastante detalladamente a través del *Diario* del P. Manuel Luengo, residente en Bolonia, como la gran mayoría de los jesuitas mexicanos.

Esta etapa histórica (1767-1773) merece un estudio especial, aunque, en el caso de los jesuitas americanos, más que por los escritos literarios, por las mil peripecias y algunas humillaciones a que fueron sometidos por el excesivo celo de algunos comisarios reales (en Guadalajara, por ejemplo) y el comportamiento poco caritativo de los jesuitas italianos de Bolonia (no así los de Ferrara), y las ambiguas órdenes emitidas por el gobierno del Vaticano, narradas por varios cronistas.

El segundo tiempo o periodo en que se puede dividir el estudio la literatura de los jesuitas mexicanos expulsos se inicia en 1773 con el Breve exterminador de Clemente XIV *Dominus ac Redemptor*, por el cual al hecho histórico del destierro impuesto por Carlos III hay que añadir el de la extinción de la orden jesuítica por el Papa Ganganelli, la cual obligaba a desintegrar toda la institucionalidad religiosa y a dispersar a todos sus miembros. El hecho de la extinción canónica produjo un



proundo abatimiento en los jesuitas mexicanos (dispersos entre Bolonia y Ferrara), según va relatando F. de Sebastián en las distintas necrológicas, aunque quizá menor que en los ignacianos de otras provincias por la mayor libertad respecto a su provincial, traducida en un elevado número de secularizaciones<sup>37</sup>. Cronológicamente, la «literatura de exilio» abarca tanto la literatura del destierro (1767-1773) como la de la extinción (1773-1814).

Por nuestra parte, vamos a concretar los periodos de esta literatura del exilio, siguiendo la división que ya sugerimos al estudiar el conjunto de los jesuitas expulsos españoles<sup>38</sup>, vascos<sup>39</sup> y portugueses<sup>40</sup>, reseñados por Hervás en su *BJE*, que ahora aplicaremos a la producción literaria de los expulsos mexicanos.

Adelantemos que el periodo de mayor esplendor de la producción literaria jesuítica española y portuguesa, globalmente consideradas, fructificó en el segundo periodo (1778-1789), aprovechándose de las ventajas económicas y «mayor apertura» ideológica facilitadas a los jesuitas expulsos por el nuevo primer ministro, conde de Floridablanca<sup>41</sup>, y por la nueva reina de Portugal María I.

Vamos a aproximarnos brevemente a una visión global de las semejanzas y diferencias de las literaturas de los jesuitas españoles y mexicanos, pues el cuadro histórico y el geográfico fue idéntico y compartido con las provincias de Aragón y Castilla en Bolonia y Ferrara, al principio, y Roma después, donde terminaron afincándose un considerable número de escritores mexicanos. Durante los largos pontificados de Pío VI (1775-1799) y Pío VII (1800-1823) el régimen de vida de un jesuita-escritor exiliado mexicano y de un ignaciano español o portugués tenía poca diferencia, pues todos sobrevivían con una escasa pensión estatal y soportaron las duras condiciones de las guerras napoleónicas.

### **3.1. Periodo 1º. Periodo fuertemente represivo: desde la expulsión de 1767 hasta la subida al poder de Floridablanca y la defenestración de Pombal en 1777.**

Esta primera etapa fue la más dolorosa para los mexicanos, magníficamente narrada por Félix de Sebastián en muchas de sus biografías y por Eva Saint-Clair Segurado<sup>42</sup>. Empezó el 25 de junio de 1767, día fijado por el marqués de Croix para la intimación de la expulsión decretada por el Real Decreto de 27 de febrero y Pragmática Sanción de 2 de abril del mismo año. En esta primera etapa es donde se producen las mayores diferencias entre los jesuitas mexicanos y el resto de las provincias jesuíticas españolas con las que convivirán (Castilla y Aragón), derivadas de

<sup>37</sup> En 1768 se secularizaron 29 jesuitas, en 1769 otros 20, en 1770 otros 14 y 15 en los tres años posteriores (1771-1773). Saint Clair Segurado, 2005: 339.

<sup>38</sup> Astorgano, 2007: 43-51; Astorgano, 2004: 182-190.

<sup>39</sup> Hervás y Panduro, 2007. Casi todo lo publicado sobre Hervás puede verse en [http://www.cervantesvirtual.com/bib\\_autor/hervasy panduro/](http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/hervasy panduro/).

<sup>39</sup> Astorgano, 2009g.

<sup>40</sup> Astorgano, 2009b: 315-336.

<sup>41</sup> Astorgano, 2009e: 325-362.

<sup>42</sup> Saint Clair Segurado, 2005.

las características peculiares que tuvo la operación de extrañamiento en Nueva España (que facilitó las secularizaciones de los mexicanos) y la incidencia no desdeñable de tener que asentarse dividida entre Bolonia y Ferrara y pueblos de los alrededores. Esta dispersión, añadida a la imposibilidad de reunir en un mismo edificio a todos los jesuitas de una misma ciudad (el cronista López de Priego afirma que llegaron a existir a un mismo tiempo catorce casas de jesuitas en Bolonia<sup>43</sup>) facilitó más libertad individual a los mexicanos que a sus correligionarios de las provincias de Castilla y Aragón. Desde un principio se notó una mayor movilidad entre los padres mexicanos, que durante todo su destierro fue intensa<sup>44</sup>. Sabido es que la ciudad y los jesuitas de Ferrara acogieron cordialmente a los desterrados, mientras que el recibimiento de sus hermanos de Orden en Bolonia fue desoladoramente frío.

Intelectualmente los mexicanos supieron aprovechar a la perfección estas circunstancias, es decir se integraron en el propicio ambiente cultural de Ferrara y allí vivían o iban a editar un considerable número de escritores novohispanos durante estos primeros años del exilio. Literariamente da la impresión de que sólo existía Ferrara (que oficialmente sólo acogía a un quinto de la Provincia) y no Bolonia. El trasiego de mexicanos entre las dos ciudades era intenso, aprovechando cualquier pretexto. Así el cronista López de Prieto en noviembre de 1772 se mudó a Ferrara, donde fue elegido superior de una de las casas<sup>45</sup>. Además contaron con la prudencia del P. Juan Tello, rector en Zacatecas y oficioso subprovincial en Ferrara («incómodo, mas sosegado destierro»), según narra Félix de Sebastián:

«hombre admirable por su don de gobierno, por su singular caridad y humildad de corazón, [...] y se dispusieron de tal modo las cosas en Ferrara que, colocados todos los nuestros en el número de 80 en diversas casas alquiladas, se formaron como varios colegios, donde era tan exacta la disciplina religiosa como en el más observante colegio de la provincia»<sup>46</sup>.

Por su parte, el cabildo catedralicio de Ferrara les facilitó el cumplimiento de sus obligaciones litúrgicas, evitándoles desplazamientos y pérdida de tiempo, de lo se quejaba el P. Luengo en Bolonia<sup>47</sup>, según confiesa agradecido el P. Félix de Sebastián: «Para que los nuestros tuvieran comodidad de decir misa les dieron los señores canónigos de la catedral de Ferrara una pequeña sacristía y ornamentos, cosa que no sé que en parte alguna se la concediera a los nuestros, y lleno de gratitud para con aquel ilustre cabildo, la noto en este lugar»<sup>48</sup>.

Es de suponer que, hasta que los jesuitas de la provincia de Toledo se asentaron en Forlì, a finales de 1768, Hervás no pudo contactar con la Provincia Mexicana. En Córcega la provincia de Toledo se afincó en Ajaccio un año (septiembre de

<sup>43</sup> López de Priego, 1944: 61.

<sup>44</sup> Saint Clair Segurado, 2005: 322.

<sup>45</sup> Saint Clair Segurado, 2005: 322.

<sup>46</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. II: 311.

<sup>47</sup> El arzobispo de Bolonia llegó a prohibir a los franciscanos que “los jesuitas españoles no cantasen en público ni un Padre Nuestro. [...] Pero que no se nos permita cantar una Misa en la Iglesia o hacer algún otro oficio eclesiástico en ella, es una manifiesta injuria y opresión”. Luengo, *Diario*, día 23-VII-1769.

<sup>48</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. II: 290.

1767-septiembre de 1768) y la de México en Bastia dos meses (julio-agosto de 1768). Pocos son los datos bio-bibliográficos que Hervás puede aportar sobre los escritores mexicanos que fallecieron en los 10 primeros años de su destierro, y no pocos le pasaron desapercibidos.

### 3.1.1. Subperiodo 1º. Desde la expulsión de 1767 hasta la supresión de la Compañía (agosto de 1773): seis literatos

Durante este primer subperiodo (1767-1773) las condiciones de vida de los jesuitas mexicanos fueron empeorando progresivamente. Psicológicamente también fue difícil, pues, nada más coronarse el papa Clemente XIV, en noviembre de 1769, empezó a rumorearse la supresión de la Compañía, según anota Luengo el día 28 de noviembre de 1769<sup>49</sup>.

A lo largo de este subperiodo fallecieron los siguientes escritores: el orador y biógrafo Nicolás Calatayud (Minas de San Sebastián [Guadalajara; México], 18-VI-1711-†Veracruz, 15-XI-1767), rector del colegio de Oaxaca (*BJE*, 157-158)<sup>50</sup>; el misionero y lingüista Josef Antonio de Ortega Mota (Tlaxcala, 15-IV-1700-†Puerto de Santa María [Cádiz], 2-VII-1768) (*BJE*, 416)<sup>51</sup>; el poeta y biógrafo Juan Arriola (Guanajuato, 22-X-1698-†Puebla de los Ángeles, 28-VIII-1768) (*BJE*, 574)<sup>52</sup>; el antiguo provincial Francisco Javier de Zevallos (Ceballos) Martínez (Antequera [Oaxaca, México], 7-X-1704-†Bolonía, 27-II-1770) (*BJE*, 695-696), calificado por Félix de Sebastián como sabio y santo que visitó dos veces la provincia<sup>53</sup>; el misionero en California y antropólogo alemán, Juan Jacobo Baegert [Beger] Scheideck, (Sélestat [Bas-Rhin; Alsacia, Francia], 22-XII-1717-†Neoburg, Neustadt [Hesse, Alemania], 22-IX-1772), de cuya obra Hervás tuvo noticia a través de su amigo Clavigero (*BJE*, 744); el misionero y biógrafo Dionisio Pérez Díaz (Veracruz, 9-X-1731-†Ravena, 2-XII-1772) (*BJE*, 440), caritativo pedagogo, venerado por los jóvenes de su provincia<sup>54</sup>.

El desconcierto de este primer subperiodo (1767-1773) fue la causa de que no aparezcan en la *BJE* bastantes escritores, como el moralista y provincial hasta mayo de 1763, Pedro Reales (Abula, Fuente de Sol, 1704-†Veracruz, 1767)<sup>55</sup>; el orador sagrado Antonio Corro (Córdoba [Puebla de los Ángeles, México], 10-I-1724-†Veracruz, 13-XI-1767), biografiado por Félix de Sebastián, sin aludir a sus escritos<sup>56</sup>; el misionero Juan Ignacio Tembra (Córdoba, en el obispado de Puebla de los Ángeles, 3-IV-1734-†Veracruz, 22-XI-1767), quien en Oaxaca se afanaba en

<sup>49</sup>Luengo, *Diario*, día 28-XI-1769.

<sup>50</sup>Sebastián, 1767-1796, vol. I: 40-42.

<sup>51</sup>*Ibid.*, vol. I: 50-51.

<sup>52</sup>*Ibid.*, vol. I: 91-92.

<sup>53</sup>*Ibid.*, vol. I: 154-159.

<sup>54</sup>*Ibid.*, vol. I: 206-208.

<sup>55</sup>*Ibid.*, vol. I: 13-15.

<sup>56</sup>*Ibid.*, vol. I: 37-39. No confundir con su hermano el coadjutor Alfonso Corro, fallecido también en Veracruz, dos días después que Antonio, el 15 de noviembre, según Sebastián, 1767-1796, vol. I: 42-43.

«componer su curso de artes»<sup>57</sup>; el superior y operario Antonio Paredes (Guamantla, obispado de Puebla de los Ángeles, 14-I-1691-†Veracruz, 28-XI-1767), quien «gastaba el tiempo que le quedaba en escribir doctas y santas instrucciones para las almas devotas»<sup>58</sup>; el teólogo, operario y prefecto de congregaciones en diversos colegios, Miguel Benjumea (Guadalajara [México], 27-IX-1712-†La Habana, 4-XII-1767), quien había publicado en 1751 el *Elogio fúnebre del Illmo. Sr. Dr. Fr. Pedro Pardo Figueroa, primer arzobispo de Guatemala*<sup>59</sup>; el misionero en Chinipas, Pedro Pablo Macida (Cerdeña, 25-I-1703-†Puerto de Santa María [Puebla, según Zelis], 30-VIII-1768), quien puso por escrito muchas de sus prédicas e instrucciones de doctrinas<sup>60</sup>; el misionero en Sonora y poeta José Liébana (Grazalema, en el obispado de Málaga, 21-XI-1737-†Istlan, 7-X-1768), quien «gozaba gran facilidad en la poesía castellana, la que tomaba por modo de entretenimiento, trabajando siempre en cosas espirituales y devotas»<sup>61</sup>; el misionero José Lucas Anaya (Puebla, 27-X-1716-†México, 28-XI-1771), dedicado toda su vida a la instrucción de indios, y a quien Beristáin le reseña dos publicaciones y varios manuscritos<sup>62</sup>.

Quizá lo más interesante desde el punto de vista literario, sea la continuación de algunas obras importantes cuyos proyectos habían sido comenzados en México, como el poema *De Deo Deoque*, de Diego José Abad (editado en Venecia en 1773 y en Ferrara en 1775), o la conocida *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, de Francisco Javier Alegre, cuya primera versión fue secuestrada en 1767, pero la definitiva ya estaba concluida en 1771.

### 3.1.2. Subperiodo 2º. Desde la supresión de la Compañía (1773) hasta la subida al poder de Floridablanca en 1777: cinco literatos.

Es una etapa de adaptación a la sociedad civil de cada ex jesuita, que individualmente planifica su existencia y los intelectuales más capacitados rápidamente orientan su vida hacia estudios más «mundanos» y menos «jesuíticos», de manera que hacia 1775 ya estaban escribiendo sobre los nuevos temas y podrán empezar a publicar en los años siguientes. El verse despojados de la sotana jesuítica fue muy doloroso, a pesar del buen carácter del padre Ignacio Lizasoain (Lizasoain) (Pamplona, 8-IV-1717-†Bolonia, 12-I-1789), «aquel ejemplar hombre que fue nuestro último provincial en Italia», el cual «en el último año se halló con la patente de Nro. P. General en que lo señalaba Provincial de la dispersa Provincia Mexicana», y «humilde de corazón, caritativo y afable con todos», hizo todo lo posible para suavizar la turbulenta transición<sup>63</sup>. Es el caso de Clavigero con su *Historia Antigua de México*, que tuvo una primera versión en castellano, sin duda elaborada en este subperiodo.

<sup>57</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. I: 47.

<sup>58</sup> *Ibid.*, vol. I: 51

<sup>59</sup> *Ibid.*, vol. I: 55-56.

<sup>60</sup> *Ibid.*, vol. I: 93-94.

<sup>61</sup> *Ibid.*, vol. I: 117.

<sup>62</sup> *IBID.*, vol. I: 187-189.

<sup>63</sup> *Ibid.*, vol. II: 121-130.

Los diplomáticos regalistas españoles comunican con frecuencia que cada vez aparecen más escritos jesuíticos, algunos claramente subversivos, bastantes redactados, en opinión de José Nicolás de Azara, en Ferrara, donde residirán los expulsos aragoneses y mexicanos. En este segundo subperiodo (1773-1777), los ahora ex jesuitas utilizan la libertad que les dio la supresión de la Compañía para perder el miedo a escribir más y sobre variados temas, sobre todo en ciudades, como Ferrara, donde el contexto sociopolítico les era más favorable. El 29 de mayo de 1777, el diplomático español denuncia la interceptación de un libelo jesuítico en Ancona contra las regalías pontificias y la autoridad de la curia, y de otro contrario al venerable Juan de Palafox, a quien se le considera hereje jansenista; cree que es obra de los jesuitas residentes en Ferrara, «el centro, y el nido de las principales intrigas jesuíticas, y donde se fraguan la mayor parte de estos escritos de tinieblas y cuentan con la protección de autoridades eclesiásticas y políticas», incluido el nuevo arzobispo Alessandro Mattei, «que es el más fanático, terco y zelante jesuita de cuantos preladados había en Roma»<sup>64</sup>.

Hervás reseña cinco literatos fallecidos en este subperiodo: el moralista Josef Carrillo Maldonado, (Maravatío de Michoacán, 1-XI-1700-†Bologna, 6-XII-1774), (*BJE*, 584); el orador y poeta Francisco Ganancia de León, (Ciudad de México, 5-XI-1723-†Roma, 7-I-1775 (*BJE*, 238), émulo de Calderón de la Barca y organizador de las honras fúnebres de Felipe V en Guadalajara en 1747<sup>65</sup>; el humanista Joaquín Truxillo, (Fresnillo [Guadalajara], 29-IV-1726-†Faenza, 22-II-1775), quien «escribió: *Método para hallar la longitud*. El autor presentó en Roma esta obra manuscrita al conde de Floridablanca» (*BJE*, 679-680)<sup>66</sup>; el P. Nicolás Peza, (México, 27-IX-1712-†Bologna, 17-IV-1777), «Insigne en piedad», biografiado por Maneiro (*BJE*, 447)<sup>67</sup>; el misionero y explorador Jaime Sedelmayer Sotomayor (Inhausen [Baviera], 6-I-1703-†Aldea Dávila [Salamanca], 9-II-1778), (*BJE*, 760)<sup>68</sup>. Aunque falleció en 1779, el importante y perfeccionista poeta Diego Josef Abad Sánchez, (Jiquilpan, Michoacán, día 1 [otros, día 10]-VI-1727-†Bologna 30-X-1779) culminó su obra en este periodo), (*BJE*, 95-98), elogiosamente destacado por Félix de Sebastián:

«Instruyó una numerosa juventud, que bajo su magisterio salió muy aprovechada. [...] escribió y dio a la luz a la imprenta los admirables cantos *De Deo et Deo Homine*, obra que ha admirado a todos, y por la que los sabios de Europa lo agregaron con grande honor a varias academias. [...] Gran teólogo, canonista, matemático, poeta tanto latino como español, hizo una bellísima traducción de la *Eneida* de Virgilio»<sup>69</sup>.

También fueron varios los escritores fallecidos en este subperiodo que se quedaron fuera de la *BJE*. Ya hemos aludido a la ausencia del gran pedagogo, humanista y latinista José Rafael Campoy Gaztelu, (†Bologna, 29-XII-1777), biogra-

<sup>64</sup> AGS, *Estado*, legajo 4999.

<sup>65</sup> Zambrano, 1966: 645-646.

<sup>66</sup> Según Félix de Sebastián, «ocupaba siempre su descompuesta fantasía en escribir». Sebastián, 1767-1796, vol. I: 251.

<sup>67</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. I: 296-301.

<sup>68</sup> *Ibid.*, vol. I: 336-338.

<sup>69</sup> *Ibid.*, vol. I: 350.

fiado por Maneiro. Fue maestro de la brillante generación de «los constructores de la mexicanidad» (Clavigero, Diego J. Abad, Francisco Javier Alegre, Rafael Landívar y Juan Luis Maneiro), a pesar de lo cual Félix de Sebastián lo reseña brevemente, destacando más sus lecturas que sus escritos:

«De grande capacidad y de un constante estudio se aventajó mucho en todas las ciencias. La latinidad y elocuencia cristiana fueron todas sus delicias. Sabía de memoria gran parte de los mejores autores latinos de la antigüedad, y pasaba los días y las noches en leer y releer a San Juan Crisóstomo, en cuya pura fuente bebía la grande elocuencia con que declamaba en los púlpitos. [...] En Bolonia, todo el tiempo lo ocupó en estudiar y en escribir de la geografía de la América, en que estaba muy instruido»<sup>70</sup>.

Menor trascendencia tiene el olvido de Salvador Cayetano de la Gándara Páez de Guzmán, (Real de Minas de San Sebastián [Nueva Vizcaya, México]), 28-VIII-1709-†Bolonia, 23-XI-1773), biógrafo y provincial desde 1766, ampliamente reseñado por Félix de Sebastián, pero sin mencionar ningún escrito<sup>71</sup>. El malagueño, misionero y filósofo José de Utrera Rojano, (Vélez Málaga [España], 5-X-1707-†Bolonia, 1-XII-1776) y sucesor de Cayetano de la Gándara en el provincialato, escribió un curso de filosofía y otros escritos menores, a los que tampoco alude Félix de Sebastián<sup>72</sup>. El cronista y misionero en la Tarahumara, Antonio Sternkianowski, (Megamedriche [Moravia, República Checa], 12-I-1728-†¿?), retornado a su patria natal escribió unas memorias sobre las misiones<sup>73</sup>. St. Clair Segurado nos advierte que Sterkianowski es «poco fiel a las fechas y demasiado inclinado a la apología»<sup>74</sup>.

Resumiendo, esta primera década del destierro (1767-1777) es reseñada defectuosamente por Hervás, por la dificultades de seguir la trayectoria bio-bibliográfica a lo jesuitas mexicanos, algunos de los cuales ni siquiera llegaron a pisar tierra italiana. En total son una docena los jesuitas escritores mexicanos reseñados por Hervás en su *BJE*, que fallecieron durante esta primera década, soportando la dura política antijesuítica de Pombal y de Campomanes, la cual se tradujo en oscuras trayectorias vitales y pobre aportación literaria de los mismos. Esto explica las escuetas notas bio-bibliográficas que, en contra de su voluntad, redactó el abate español, como se lamenta Hervás en la breve introducción al Catálogo III de jesuitas portugueses (*BJE*, 699).

### **3.2. Periodo 2º. Periodo de esplendor: desde 1778 (aparición de los grandes proyectos literarios de Hervás, Clavigero, Llampillas, Juan Andrés) hasta el inicio de la Revolución Francesa (1789): veinte literatos.**

La literatura jesuita novohispana expulsa alcanza su esplendor en esta década en torno a la “generación”, nacida hacia 1730 y que emitió su cuarto voto el 2 de

<sup>70</sup> *Ibid.*, vol. I: 308.

<sup>71</sup> *Ibid.*, vol. I: 232.

<sup>72</sup> *Ibid.*, vol. I: 288.

<sup>73</sup> Sternkianowski, *Destierro de los jesuitas de Sonora y Sinaloa*, Biblioteca Nacional de Roma, Fondo Jesuitas, T. 1412.

<sup>74</sup> Saint Clair Segurado, 2005: 111, nota.

febrero de 1765 (Blas Arriaga, Juan Ignacio González Anda, Antonio Sternkianowski, Bartolomé Cañas, Javier Rivero, Francisco Hita Santana, Francisco Javier Clavigero, Rafael Landívar).

Como se ha indicado, en este periodo se produce un paulatino acercamiento entre los jesuitas desterrados portugueses y la Corte de Lisboa y una mayor confianza de los españoles con los regalistas madrileños. Esta aproximación entre el gobierno de Madrid y sus expulsos ignacianos se irá traduciendo en ayudas económicas y en la consecuente dependencia y control de los ex jesuitas, primero por el Consejo Extraordinario de Castilla (conde de Campomanes) y después directamente por la Secretaria de Estado (conde de Floridablanca). Por otro lado, la temática histórico-naturalístico-lingüístico-etnográfica sobre el Nuevo Mundo, no fue muy estimada por el Consejo de Indias, de quien dependían los expulsos de Ultramar, excepto bajo el ministerio de Antonio Porlier entre 1789 y 1792, por lo que los escritores novohispanos no recibieron demasiados apoyos económicos, quizá porque el gobierno siempre los miró con cierta desconfianza por la postura proindigenista (germen de independentismo) de alguno de ellos, como el propio Clavigero, quien no pudo ver nada publicado en castellano.

Realmente se puede decir que la producción literaria de los jesuitas tomó nuevos rumbos y temas después que Floridablanca dejase la embajada ante la Santa Sede, aunque tuviese la lógica internación durante los cuatro años anteriores desde que la supresión de la Compañía, en agosto de 1773, dejó a cada uno dueño de su destino («ociosos enteramente») y alguno buscó aires de mayor libertad en Venecia.

Por otro lado, el gobierno de Floridablanca, lo mismo que estaba haciendo la reina portuguesa María I, prefirió rescatar a los expulsos más valiosos, como al arqueólogo y crítico artístico, Pedro José Márquez, y utilizarlos en una campaña de propaganda patriótica, exacerbada a partir de la polémica suscitada en 1782 por Masson de Morvilliers con su célebre pregunta *¿Qué se debe a España?*, que fue entendida desde el comienzo como un ataque directo a la civilización hispana y provocó airadas reacciones desde España. Patriotismo bastante contradictorio, oportunista, instrumental y subordinado a los intereses políticos de Madrid<sup>75</sup>.

Lógicamente estas mejores relaciones con el gobierno de Madrid y la mayor seguridad económica se tradujo en superiores rendimientos literarios. Repasemos, siguiendo la *BJE* del abate Hervás, la producción literaria de los jesuitas mexicanos que alcanzaron a vivir y escribir en esta década de esplendor literario (1778-1788), aunque muchos de ellos llevaban trabajando en sus proyectos varios años antes.

Hervás reseña a principios de la década a los misioneros citados: Jaime Sedelmayer Sotomayor, (†Aldea Dávila, Salamanca), (*BJE*, 759-760) y Franz Benno Ducrue Ludwig, (Mannheim [Munich, Baviera], 10-VI-1721-†Múnich, 30-III-1779) (*BJE*, 750-771). El poeta y latinista Diego Josef Abad Sánchez, (Jiquilpan (Michoacán; México), 1-VI-1727-†Bolonía 1-X-1779), a duras penas pudo dejar preparada la edición definitiva de su logrado poema, que aparecerá póstuma en Cesena, bajo el impulso de Hervás, *De Deo Deoque homine heroica. Editio tertia posthuma ex auctoris mss. auctior, et correctior*. Caesenae, 1780. Apud Gregorium Biasinium (*BJE*, 95-98].

<sup>75</sup> Guasti, 2006: 439-440.

El historiador, naturalista y lingüista Blas José Manuel Miner Legarra, (Tolosa [Guipúzcoa, diócesis de Pamplona], 3-II-1734-†Roma, 28-V-1788) escribió mucho, pero se ha perdido toda su obra, elogiada por Faustino Arévalo y conocida gracias a la reseña de Hervás: «El señor Miner, que pasaba gran parte del día en las bibliotecas públicas, y en escribir empleaba lo demás del tiempo útil para el estudio, dejó muchos volúmenes manuscritos. Visitando yo, casualmente, al doctísimo y célebre exjesuita Pedro Lazzeri [1710-1789], bibliotecario del eminentísimo señor cardenal Zelada, encontré sobre su bufete más de seis volúmenes manuscritos, que a la dicha biblioteca se habían llevado para venderlos» (*BJE*, 635-636).

El misionero y cronista de viajes Francisco Ita (Hita) Santana, (Puebla de los Ángeles, 6-IX-1731-†Córdoba [España], 10-II-1782) permaneció el resto de su vida rehén de Carlos III. Según Hervás, «estando en su prisión, escribió el año 1771 una relación y largo diario del viaje y de los trabajos de los jesuitas misioneros de Cinaloa, notando particulares virtudes de los que, entre éstos, habían muerto. De esta relación curiosa y exacta se han aprovechado algunos escritores de cosas americanas y, principalmente, el señor Maneiro, cuyo artículo [nº 133] se pone en el antecedente catálogo de autores de obras impresas» (*BJE*, 612)<sup>76</sup>.

El superior y teólogo Juan Francisco López Adán, (Nuestra Señora de Copacabana [Caracas], 5-IV-1699-†Ferrara, 6-I-1783), «desterrado a Italia, por algunos años, se ocupó mucho en escribir, mas no se ha publicado noticia de la calidad y cantidad de sus manuscritos, que serán estimables» (*BJE*, 340). Félix de Sebastián subraya su amistad con el papa Benedicto XIV y sus escritos contra el calumniador obispo Palafox:

«siendo procurador en Roma y amigo del gran papa Benedicto XIV, que se complacía en tratar con él y que le dio muchas muestras de su benevolencia, consiguió de su santidad la confirmación del patronato de la Santísima Virgen de Guadalupe con la aprobación del rezo y misa propia para aquel reino, que después se extendió a toda la monarquía. Presentó aquí sus grandes escritos contra las calumnias de don Juan de Palafox, obra de gran trabajo, llena de erudición y monumentos auténticos, en que con toda evidencia muestra lo falso de las acusaciones y la mala fe con que procedió el dicho prelado; siendo ésta una obra que inmortalizó su fama, que dio a conocer sus grandes talentos en la corte romana, y que ha servido en el de curso del tiempo para aclarar la verdad, iluminar los ignorantes y confundir los contrarios»<sup>77</sup>.

El humanista y poeta Andrés Diego de la Fuente Bocanegra, (San Luis de Potosí, 9-XII-1705-†Bologna, 26-III-1783), se dedicó a cantar a la Virgen de Guadalupe<sup>78</sup>. El moralista Josef Urbiola Ezpeleta, (Peralta [Navarra, España], 8-V-1714-†Bologna, 29-VII-1783), fue biografiado por Maneiro y Hervás le anota «Diversos opúsculos de devoción» (*BJE*, 691)<sup>79</sup>. El teólogo José Bellido Sánchez, (Granada [España], 22-VI-1700-†Bologna, 17-XII-1783), aparece con una biografía sobre sor

<sup>76</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. I: 413-415.

<sup>77</sup> *Ibid.*, vol. I: 428-436.

<sup>78</sup> *Ibid.*, vol. I: 444-446.

<sup>79</sup> *Ibid.*, vol. I: 449-457.



Mariana Ágreda de San Ignacio (*BJE*, 132)<sup>80</sup>.

El poeta latino e italiano Josef Mariano de Gondra, (México, 8-IX-1737-†Ferrara, 17-IV-1784), suscriptor a la enciclopedia de *Idea dell'Universo*, «se aplicó con particular esmero a la poesía latina e italiana, en la que ha hecho muchas composiciones, que se hallan impresas en diversas colecciones poéticas» (*BJE*, 252); especificadas por Félix de Sebastián:

«Se hizo tan elocuente en la lengua italiana y la poesía al par de la española. [...] Promovió mucho la devoción a la Santísima Virgen de Guadalupe de México, y tradujo y dio a la estampa en lengua italiana la erudita obra de la admirable pintura de la señora, que escribió el pintor mexicano con Miguel Cabrera. Jamás estaba ocioso, y toda su diversión era escribir alabanzas de la Santísima Virgen o hechos de los famosos jesuitas»<sup>81</sup>.

Muy conocido y apreciado por Hervás (colaboró en su *Vida de San Josef*, insertando una elogiosa carta) fue el poeta y biógrafo Josef Ignacio Vallejo, (Xalostotlán [Jalisco], 9-IX-1718-†Bologna, 30-V-1785): «La sinceridad, honradez y humildad le eran características. En Italia vivió como podría estar en el mayor desierto de América. Su casa eran las iglesias y el retrete de su habitación» (*BJE*, 541-542). Félix de Sebastián nos especifica la vocación literaria de Vallejo en el destierro, relacionada con las hagiografías de la Sagrada Familia<sup>82</sup>:

«No pudiendo su genio laborioso contenerse en los pocos quehaceres de la Italia, lo llevó su devoción a emplearse en escribir varios tratados espirituales y santos. Compiló en un tomo las alabanzas del patriarca San José que en italiano había escrito el padre Patriñoni [Giuseppe Antonio Patrignani], jesuita, y lo dio a luz en lengua española, procurando extender la devoción del Santo, que era todo su refugio y amor, en sus compatriotas. Dio también a la imprenta varios trataditos de devoción, que remitió a las personas espirituales, con cuya dirección de espíritu había corrido algún tiempo, ayudándolas con tan piadosa lección para que no descaecieran en el espíritu. [...] se retiró de sólo a sólo con Dios y con sus libros, haciendo una vida toda estudiosa y contemplativa. Aquí escribió la vida del patriarca San José y de su santísima esposa a la virgen María que dio a la imprenta en lengua española. Déjense conocer en estos partos de su devoción lo tierno de su espíritu, lo cándido de su ánimo, lo docto de su pluma y lo extendido de su erudición»<sup>83</sup>.

El pedagogo, teólogo y canonista Josef Julián Parreño Espinosa, (La Habana, 8-XII-1728-†Ariccia [Galloro, Roma, según Zelis], 1-XI-1785), no fue biografiado por Félix de Sebastián, pero sí por Andrés Cavo, en quien se fundamenta Hervás, añadiendo algunos detalles (epitafio) que denotan trato mutuo, por residir ambos en

<sup>80</sup> *Ibid.*, vol. I: 464-474.

<sup>81</sup> *Ibid.*, vol. I: 485.

<sup>82</sup> Astorgano, 2015.

<sup>83</sup> *Ibid.*, vol. I: 532.

Roma (*BJE*, 429-431)<sup>84</sup>. El poeta y traductor Josef Joaquín Izquierdo Gutiérrez, (Zacatecas, 25-III-1731-†Bologna, 22-XI-1785) fue traductor de Metastasio (*BJE*, 306)<sup>85</sup>. El poeta latino, himnógrafo y biógrafo Pedro María Gallardo, (Aguascalientes [México], 17-VII-17-1736-†Ferrara, 15-III-1786), «cultivó con particular esmero la ciencia de ritos sagrados y la poesía latina, de la que hizo gran uso en himnos sagrados» (*BJE*, 234)<sup>86</sup>. El misionero y teólogo Francisco Javier Rivero (Ribero) Marín, (Valladolid de Michoacán, 3-XII-1729-†Bologna, 17-II-1787) fue biografiado por Maneiro e imprimió en italiano un *Devocionario a los nueve coros de Ángeles* (*BJE*, 485), ampliamente reseñado por Félix de Sebastián, señalando su estricta disciplina horaria, aunque con limitada producción literaria:

«Escribió algunos tratados devotos y doctos sobre la Inmaculada Concepción y la santísima imagen de Guadalupe de México; y siendo ingeniosa su piedad había colocado y puesto entre el forro y tela del birrete que traía en la cabeza el dulce nombre de María, y una estampa de la milagrosa imagen de Guadalupe. Los santos ángeles eran las delicias de su espíritu, de cuyas alabanzas escribió mucho, y dio a luz la novena en lengua española que imprimió en Ravena»<sup>87</sup>.

En esta década fallece el príncipe de la literatura jesuita mexicana expulsa e íntimo amigo de Hervás, Francisco Javier Clavigero Echegaray, (Veracruz, 9-IX-1731-†Bologna, 2-IV-1787), sobradamente conocido, desde la biografía de Maneiro (*BJE*, 185-189)<sup>88</sup>. El polígrafo, matemático y científico Simón Arce y Arroyo Echegaray, (Jalapa, Puebla de los Ángeles, 4-XI-1734-†Roma, 12-VII-1787), quien dejó manuscritos sobre la educación y el modo fácil de aprender la lengua latina, y «sobre las imposturas de médicos, abogados y curiales, y la reforma de las leyes; y otro intitulado: *El filósofo dormido, que despierta algunas veces*» (*BJE*, 109-110). El teólogo Bartolomé José de Cañas, (San Vicente [Guatemala], 24-VIII-1729-†Bologna, 4-XII-1787) dedicó todas su fuerzas a difundir la devoción a Nuestra Señora de la Luz, como destacan Hervás (*BJE*, 167), el P. Luengo<sup>89</sup> y Félix de Sebastián en su amplia reseña mortuoria<sup>90</sup>. El autor de catecismos Ignacio Aramburu

<sup>84</sup> Parreño había sido uno de los mejores predicadores de la Compañía y murió defendiéndola, según narra el P. Luengo (*Diario*, día 21-I-1785).

<sup>85</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. I: 572-574.

<sup>86</sup> F. de Sebastián añade que ya en México «le flaqueaba la cabeza, y prorrumplía en algunos despropósitos no coordinados». Con la fantasía descompuesta, en el destierro se ocupó en escribir cosas santas, ya en verso latino ya en prosa, «y particularmente los elogios de la Santísima Virgen en su prodigiosa imagen de Guadalupe, de que dio varias cosas a la imprenta; como del Santo mártir mexicano Felipe de Jesús. Ya dando a la luz varios oficios y rezos de nuestros santos españoles, para que en todos se conservara la memoria y veneración de aquellos santos, bajo cuyo patrocinio había nacido». Sebastián, 1767-1796, vol. II: 3-6.

<sup>87</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. II: 59.

<sup>88</sup> *Ibid.*, vol. II: 61-68; Maneiro, 2006; Gómez Fregoso, 1979; Ronan, 1977, quien opina que una visión general de la *Historia Antigua de México* revela una actitud hispanófila en Clavigero (p. 347).

<sup>89</sup> Luengo, *Diario*, día 5-VII-1779.

<sup>90</sup> Realmente fue una auténtica obsesión: «Con lo poco que tenía mandó abrir algunas láminas de la Madre Señora de la Luz, que daba a todo género de personas las estampas, para que bajo tan bello título veneraran a la madre del Verbo Eterno. [...] Mas no saciándose su fervor con sólo esto, escribió un tratado en lengua italiana que imprimió al punto en Bologna, con el que, mostrando no menos

Aranguti, (Puebla de los Ángeles, 15-VII-1711-†Masa Carrara, 29-II-1788) imprimió en Ferrara unas pláticas de doctrina cristiana que se había traído de México<sup>91</sup>, las cuales, según F. Sebastián, «no aprobaban los mexicanos esta determinación», por contener expresiones y pensamientos «traídos con mucha fuerza y poca solidez», y demasiados términos y frases propias de aquellas partes (por su calidad de prédicas populares) con poca conexión con el castellano<sup>92</sup>; además «dejó manuscrita una obra intitulada: *Catecismo de doctrina cristiana*, en la que se explica el *Catecismo* del jesuita Jerónimo Ripalda» (*BJE*, 108-109).

### 3.2.1 Nueve literatos del periodo de esplendor (1778-1788), olvidados en la *BJE*.

Por las diversas causas apuntadas (dispersión de los jesuitas, ocupación poligráfica de Hervás, turbulencia de los tiempos, etc.), hay, al menos, nueve escritores jesuitas mexicanos, fallecidos en esta época de esplendor, que deberían estar aludidos en la *BJE*. El poeta y orador Salvador Dávila Manzano, (Guadalajara de México, 15-III-1727-†Bolonía, 11-I-1781), biografiado por Maneiro (a quien se adelantó en su proyecto biográfico<sup>93</sup>), maestro de Pedro José Márquez en Bolonia, fue un buen latinista, inclinado a la física y las matemáticas, que trabajó por propagar entre los jóvenes el gusto por la literatura, cuyas obras le reseñan Uriarte-Lecina<sup>94</sup>. Parece que no escribió nada en el destierro, donde “se empleó siempre en estudiar y ser santo”<sup>95</sup>.

El latinista Juan de Dios Noriega Mioño, (San Juan de Villahermosa [Tabasco], 12-IV-1739-†Sestri, 31-VIII-1784), era «un gran latino, tanto en prosa como en todo género de verso», aunque desconocemos el alcance de su producción literaria, debido a su personalidad desequilibrada («fue sujeto predominado mucho de la cólera»), según F. Sebastián<sup>96</sup>. El misionero, operario y humanista, poeta y escritor Juan Manuel de Araoz, (Oñate [Guipúzcoa], 30-IV-1704-†Génova, 17.III.1784), buen psicólogo, pues se dedicó a mediar en situaciones especialmente conflictivas («componer los disturbios y disensiones en las familias»), publicó en 1763 una *Defensa del honor de la Compañía contra sus calumniadores*<sup>97</sup>. El misionero y lingüista Antonio

---

su piedad que vasta erudición y ciencia teológica, da una relación completa de la devoción a la Madre Santísima de la Luz, corroborándola con los más delicados pensamientos y autoridades de la Sagrada Escritura, de la Iglesia, y de los santos padres, [...]. No contento con esto hizo otra novena y otras oraciones y súplicas, que dio también a la imprenta en la misma lengua italiana, haciendo varios libritos que repartía a todos para propagar la devoción al objeto de sus cultos y adoraciones. [...] Volvió a reimprimir el librito de la devoción a la Santísima Virgen Madre de la Luz, en que añadió varias peticiones y oraciones, todas dignas del objeto a que miraban, y de la piedad del que las escribía». Sebastián, 1767-1796, vol. II: 92.

<sup>91</sup> *Tesoro manual de la salvación*. Hervás (2007: 108-109) dice equivocadamente que es «obra catequística escrita en latín». Cf. Saint Clair Segurado, 2005: 451.

<sup>92</sup> Saint Clair Segurado, 2005: 451; Sebastián, 1767-1796, vol. II: 93-95.

<sup>93</sup> Se ha perdido una obra titulada *Vidas de algunos sujetos más ilustres de la Provincia de Nueva España muertos en el destierro de Italia*.

<sup>94</sup> Uriarte y Lecina, 1925-1930, vol. II: 342-343; Sebastián, 1767-1796, vol. I: 385-388.

<sup>95</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. I: 388.

<sup>96</sup> *Ibid.*, vol. I, 491-494.

<sup>97</sup> Astorgano, 2009g: 283-284; Uriarte y Lecina, 1925-1930, vol. I: 252; Beristáin, 1818, vol. I: 86.

de Ágreda Lázaro, (Torrijos de la Cañada (Zaragoza), 9-II-1714-†Ímola, 1785), fue uno de los seis jesuitas que fueron procesados por la Inquisición novohispana por el delito de sollicitación<sup>98</sup>, quien, habiendo trabajado algunos años entre los indios otomíes, contribuyó al conocimiento europeo de las lenguas nativas del Nuevo Mundo, redactando en el Puerto de Santa María (1769) un *Arte breve para aprender con alguna facilidad la dificultosa lengua Otomí*, dedicado al conde de Aranda<sup>99</sup>.

Nos consta que el lingüista y moralista Juan Francisco Miranda, (Tlacomulco, 1721-†Bologna, 9-V-1787) era operario de indios, había publicado un *Catecismo breve en lengua otomí*, (México, 1759), para cumplir una promesa, según puntualiza Félix de Sebastián<sup>100</sup>. El poeta José Sacrameña, (Medina Sidonia [España], 13-IV-1733-†Medina Sidonia, 1814), insertó un soneto en la *Vida de San Josef* de José Ignacio Vallejo (Cesena, 1774). En el mismo lugar el poeta Francisco Vivar (Díaz de Vivar), (Portobelo [Panamá], 2-IV-1735-† ¿?) publicó otro soneto.

Al final de esta década fallece el conocido historiador Francisco Javier Alegre Capetillo, (Veracruz, 12-XI-1729-†Castel San Pietro [Bologna], 16-VIII-1788), en cuya *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España* concedió más atención a los individuos que a la Compañía misma, sin mostrar especial atención al mundo indígena, al contrario que Clavigero<sup>101</sup>.

Siguiendo a Félix de Sebastián habría que añadir otros escritores, cuya importancia es difícil valorar, como el ferviente jesuita Juan de Chaves (Sevilla, 27-VII-1738-†Bologna, 7-XI-1780), quien «singularmente devoto de San Juan Nepomuceno, tradujo de español en italiano varias oraciones en honor del santo, que dio a la imprenta»<sup>102</sup>.

Parece evidente que durante la última década del reinado de Carlos III, que coincide con la primera de la Secretaría de Estado de Floridablanca, la literatura de los jesuitas mexicanos se abrió a espacios más ilustrados y que el acercamiento de los envejecidos jesuitas novohispanos a las posturas regalistas en vísperas de la Revolución Francesa es indudable. En conclusión, observamos que los cada vez menos y más envejecidos escritores jesuitas expulsos mexicanos produjeron escritos más variados y de más calidad, a partir de finales de la década de 1770.

<sup>98</sup> Saint Clair Segurado, 2005: 55.

<sup>99</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. I: 506-508; Uriarte y Lecina, 1925-1930, vol. I: 37.

<sup>100</sup> «... prometiéndole [a la Virgen de Loreto], si sanaba, el escribir y dar a la imprenta la doctrina cristiana en la difícilísima lengua othomite, para ayudar a los sacerdotes que asisten a los indios. Oyolo la Santísima Virgen, y milagrosamente sanó. Luego que se recobró, puso por obra su trabajo, el cual es más difícil que lo que se representa a primera vista. Siendo la lengua de una difícil pronunciación, ya narigal, ya gutural, no alcanzaban, ni eran bastantes las letras del alfabeto para explicar las palabras, ni poder darles el sonido necesario para la inteligencia de los conceptos. Por esto, en un prologuito que hizo antes de la obra, da la noticia y explicación de cómo se han de haber cuando se encuentran varios caracteres invertidos, los cuales son aumentos de letras, para hacer asequible la pronuncia. Hecho esto, escribió con el dicho más difuso alfabeto toda la doctrina cristiana, y cuanto es necesario saberse, dejando a la posteridad este monumento de su piedad y de su deseo de la salvación de las almas, dándolo a la imprenta con aceptación común». Sebastián, 1767-1796, vol. II: 70.

<sup>101</sup> Ya hemos dicho que no aparece en la *BJE* por deterioro del manuscrito, pero fue bastante bien reseñado por F. Sebastián, 1767-1796, vol. II: 118.

<sup>102</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. I: 383.

El gran mérito de la Provincia mexicana es que produjo una literatura aceptable en cantidad y en calidad durante este periodo (1778-1789), a pesar de que al final de esta década había perdido casi la mitad de sus efectivos, según el relato conocido del inquisidor Nicolás Rodríguez Laso, del 18 de octubre de 1788<sup>103</sup>. A partir de ahora las etapas históricas de la producción literaria de los jesuitas españoles y portugueses coinciden, pues ambas Asistencias estuvieron sometidas exactamente a las mismas circunstancias, marcadas por el vendaval revolucionario y napoleónico.

### **3.3. Periodo 3º. Periodo de contracción en la producción literaria. Desde el inicio de la Revolución Francesa (1789) hasta la invasión napoleónica de Italia (1796-1798): trece literatos.**

La vida en los Estados Pontificios era cada día más difícil, pues los precios estaban constantemente en aumento. Habían transcurrido treinta años desde que los jesuitas portugueses habían sido desterrados. Su número había disminuido con el paso del tiempo, pues la vejez y las enfermedades habían causado muchas bajas. A pesar de estar unidos en espíritu, se encontraban dispersos por varias localidades de Italia. En Roma, la Legación de España estaba vigilante sobre lo que ocurría, y existe numerosa correspondencia para informar a Madrid, pidiendo instrucciones en el sentido de cómo se podía socorrer a los expulsos que necesitaban de ayuda en la enfermedad.

Políticamente, fue una etapa de temor revolucionario y de recelos literarios, en el que disminuye el ritmo de concesión de pensiones dobles a los expulsos españoles. Es un periodo en que la producción literaria de todos los desterrados disminuye en cantidad, pues van muriendo los ex jesuitas, y en originalidad, ya que muchas de las obras publicadas en este periodo son continuación de proyectos más o menos enciclopédicos empezados en el periodo anterior. Como excepción en este periodo comienza a publicar Pedro José Márquez, nacido en febrero de 1741. Además, el temor generalizado a la Revolución, tanto en los mecenas como en los escritores objeto de protección, hace que surjan problemas de todo tipo: en las condiciones de serenidad para el trabajo, en la autocensura de temas (en general, los ex jesuitas atacaron a la Revolución francesa y a sus motores los filósofos y jansenistas), y en las posibilidades de impresión (pérdida de originales en los correos interceptados y menos dinero para mecenazgo...).

En este periodo empezó a haber irregularidades en el cobro de las pensiones por la inseguridad en las comunicaciones en una Europa en guerra, problema común para los portugueses y españoles. La falta de correos, debido a la incertidumbre de los caminos, fue otro duro golpe que agravaba la situación en que vivían los ignacianos mexicanos.

En esta etapa la literatura de los envejecidos expulsos mexicanos entra en franca decadencia, pues fallecen escritores importantes como el humanista y poeta latino Manuel González Cantabrana ( Guanajuato, 3-X-1736-†Poggio Mirteto, 10-XII-1797), residente en Roma, el cual fue otro de los jesuitas que publicó un elogio fúnebre en honor del arzobispo de Guatemala Francisco José Figueredo (*BJE*, 602).

<sup>103</sup> Rodríguez Laso, 2006: 410.

El latinista y matemático Narciso González de Anda, (Teocaltiche, 29-X-1736-†Bolonia, 17-III-1791), hermano de Juan Ignacio y maestro de sintaxis y retórica en el colegio de Guadalajara, es recordado hoy por su traducción al latín de los dos primeros tomos del *Reino temporal de Jesucristo*, del jesuita y milenarista chileno Lacunza (*BJE*, 603-604); según Luengo era peor latinista que Juan Luis Maneiro<sup>104</sup>, si bien lo hacía por diversión<sup>105</sup>.

El pedagogo, filósofo y teólogo José Mariano Vallarta y Palma, (Puebla de los Ángeles, 18-VII-1719-†Bolonia, 31-VII-1790), biografiado por Maneiro, en el exilio defendió la infalibilidad de la Iglesia Romana y la Bula *Unigenitus* (*BJE*, 539-540). Beristáin hace cabal elogio de este excelente humanista y filósofo, cuya sutil inteligencia y vida austera eran un ejemplo, reseñando las obras publicadas en México, omitidas en Hervás. Por su parte Félix de Sebastián concluye: «todo el tiempo que vivió en la Italia lo pasó con los libros y la puma en la mano, defendiendo siempre en sus escritos la fe católica contra los herejes y libertinos»<sup>106</sup>.

El poeta y biógrafo Agustín Pablo de Castro y Tembra, (Córdoba de México [Veracruz], 24-I-1728-†Bolonia, 23-XI-1790), biografiado por Maneiro, hermano de los jesuitas Joaquín y Miguel Ignacio, llegó a ser rector de los jesuitas en Ferrara, donde vivió 23 años, y fue el consultor y censor privado de los jesuitas americanos que escribieron o publicaron. Hervás le reseña cuatro escritos (*Fábulas de Fedro; La Hernandia o conquista de Méjico por Hernán Cortés; Traducción de algunas tragedias de Séneca,...*) (*BJE*, 587). Beristáin añade bastantes más obras, poligrafía confirmada por Félix de Sebastián:

«Sólo se le reconocía una pasión que fue la del estudio; éste lo comenzó desde niño y lo acabó con la vida. Y así no causará admiración que yo diga que fue un cristiano y verdadero filósofo, un excelente humanista con una sorprendente instrucción en toda la historia sagrada y profana; un canonista nada vulgar y un consumado teólogo, pues que, juntando a un claro entendimiento, una aplicación constante que ni aún en sus enfermedades deja los libros de la mano. Se hizo hombre grande en todo»<sup>107</sup>.

El misionero Nicolás Noroña Chirino, (Antequera, Oaxaca, 1-IV-1732-†Roma, 4-IX-1791), misionero protegido de Manuel Rojo, arzobispo de Manila, fue amigo de Clavigero, pues en su única obra publicada *Rasgo breve de la grandeza guanajuatense en la dedicación de la iglesia de la Compañía de Jesús en la ciudad de Guanajuato* (1767), «hay poesías españolas del erudito D. Francisco Javier Clavigero» (*BJE*, 411). Beristáin dice que esta obra fue escrita por el P. José de Sardeneta<sup>108</sup>. Félix de Sebastián pone una breve reseña biográfica, pero sin aludir para nada a sus escritos<sup>109</sup>.

El biógrafo Juan Ignacio González de Anda, (Teocaltiche [Guadalajara],

<sup>104</sup> Luengo, *Diario*, día 19-V-1793.

<sup>105</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. II: 187-190.

<sup>106</sup> *Ibid.*, vol. II: 162.

<sup>107</sup> *Ibid.*, vol. II: 179.

<sup>108</sup> Beristáin, 1818; Uriarte, 1904-1916, vol. II: 84.

<sup>109</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. II: 197.

6-I-1724)-†Bolonia, 28-IX-1792), hermano del también jesuita y escritor Narciso González, «en Bolonia promovió celosamente la devoción a la Virgen Santísima con el título de Guadalupe de Méjico; le fabricó un altar dotando la fiesta anual en la parroquia de Santa Catalina mártir, en la que fue sepultado. Escribió las vidas del religiosísimo jesuita Francisco Zevallos [provincial reformista, *BJE*, 695-696], y de otros ex jesuitas mejicanos» (*BJE*, 603); devoción guadalupana, plenamente confirmada por Félix de Sebastián<sup>110</sup>.

Al poeta Rafael de Landívar Ruiz de Bustamante, (Guatemala, 27-X-1731-†Bolonia, 27-IX-1793), rector y catedrático de Moral del Seminario de Guatemala en 1767 y superior de una de las casas de jesuitas en Bolonia, Hervás le reseña las dos primeras ediciones de su virgiliano poema *Raphaelis Landivar rusticatio mexicana* (Módena 1781 y Bolonia, 1782) (*BJE*, 323). De débil complexión, F. Sebastián subraya sus dotes como pedagogo, por encima de las poéticas:

«Fue un elocuente retórico y un muy lúcido poeta. [...] siempre se mostraba alegre y placentero con todos, siendo muy meloso en sus palabras, muy apacible en su trato y muy divertido en su conversación. [...] Pasó muchos años en el penoso trabajo de enseñar ya gramática, ya retórica ya filosofía, ya teología, y se vio en él un jesuita que, dado todo al estudio y al cuidado de su fatigoso ministerio, no sólo no faltaba en nada al cumplimiento de su obligación, sino que procuraba esmerarse en hacerlo con la mayor perfección posible, tomando cada cosa tan por sí como si no tuviera otra cosa qué hacer. De aquí provenía aquel su continuado estudio, aquella seria meditación para no proponer ni enseñar sino aquello que más conveniente juzgaba para el aprovechamiento de sus discípulos; y de aquí aquella su amabilidad en el enseñar que se cautivaba no sólo la admiración de sus clientes, sino también la más tierna veneración. [...] fue señalado por superior de una casa dentro de la ciudad [Bolonia], en la que gobernó una comunidad de hombres grandes en letras y virtudes, y que al mismo tiempo eran maestros de varias ciencias, donde concurrían muchos de nuestros jóvenes a ser enseñados, y por esto le llamaban a la dicha casa *la Sapiencia*. Tanto en la casa extra muros como en esta se dio a conocer por lo que era, un jesuita todo amabilidad y todo caridad. Promovía las ciencias y evitaba con esto la ociosidad; cuidaba del bienestar de sus súbditos y de la observancia religiosa, y se veía aquella su casa ser un teatro de santidad, virtud y ciencia. [...] Por divertir algún tanto el ánimo, escribió en verso latino, en que tenía mucha facilidad, una obra que dio a la imprenta con el título de *Rusticatio Mexicana seu rariora quisdam ex agris Mexicanis decepta*. Obra que ha sido muy apreciada de los eruditos de Italia, cuyos analistas le han dado las alabanzas de que es merecedor en dicho trabajo único en su línea. Este estudio le ocupaba poco tiempo, pues lo tomaba por evagar el ánimo, llevándole siempre su atención y su cuidado el de la Sagrada Escritura, teología y ascética»<sup>111</sup>.

El confesor, matemático e historiador Dámaso Preen, (Cádiz, 11-XII-1744-†Roma, 19-VIII-1793) alternó el confesonario en un convento de religiosas capuchinas de Roma y el pupilaje de «un niño noble» con la redacción de gruesos tratados de

<sup>110</sup> *Ibid.*, vol. II: 227.

<sup>111</sup> *Ibid.*, vol. II: 255.

*cronología, geometría y álgebra* (*BJE*, 654-655), ignorados por Félix de Sebastián, quien destaca «su aplicación a los libros morales, ascéticos y teológicos»<sup>112</sup>.

El catalán Juan Roset (Gimerá [España], 16-III-1718-†Bologna, 20-IX-1794), historiador y traductor de otros jesuitas (Andrés Marcos Burriel, Scaramelli, Roberto Belarmino...) y de Feijoo, tradujo al italiano la *Historia de la California* del P. Burriel, pero «habiendo estampado ya el mapa de California y algunas láminas, en que se representaban los californios, los animales de su península, &c., D. Josef de Gálvez, secretario de Indias en Madrid, ordenó al duque de Grimaldi, ministro español en Roma, que al autor intimase la suspensión de la edición de su *Historia*, de que envió a Madrid un ejemplar manuscrito» (*BJE*, 660-662); obra literaria totalmente ignorada por F. de Sebastián, según el cual, el cuarto de siglo que Roset sobrevivió en Bologna «lo gastaba en leer libros espirituales, escribir de asuntos piadosos, orar y encomendarse a Dios»<sup>113</sup>.

El teólogo Tomás de Pérez Díaz, (Veracruz, 5-X-1726-†Roma, 10-I-1796), hermano de Dionisio (nº 186 de la *BJE*)<sup>114</sup>, escribió sobre el misterio de la Concepción Inmaculada de María Santísima y sobre el martirologio romano» (*BJE*, 652), temática que es ampliada por Félix de Sebastián, quien subraya su buena situación económica:

«No padecía necesidades, pues un su caritativo hermano tuvo siempre el cuidado de que estuviera muy bien proveído, mandándole continuos socorros desde la América, y así esto le servía para socorrer [a] sus necesitados hermanos y compañeros desterrados». En México «siempre estaba ocupado en leer y escribir cosas santas. Como su amor era la Virgen María y la Compañía de Jesús, era su continuo estudio el de las alabanzas, prerrogativas y virtudes de la gran madre de Dios, trasuntando cuanto hallaba en los santos y escritores de los privilegios de la Santísima Virgen, [...]. Con el mismo afecto y cuidado leía vidas y hechos de los santos y varones ilustres de la Compañía, y había hecho varios tomos donde trasladaba cuanto de ellos encontraba escrito; y enardecido en esto procuraba imitar sus virtudes»<sup>115</sup>.

En el destierro italiano, se domicilió en Ferrara, donde «no hizo más que lo que hacía en su colegio y aposento de la Veracruz, que era estudiar a la Virgen María e imitar en cuanto podía los santos de la Compañía de Jesús». Huyendo del frío de Ferrara se trasladó a Roma, donde:

«emprendió, con mayor empeño, en escribir las alabanzas de la Virgen María, haciendo varios tomos en donde están recopilados con una gran inteligencia de la Sagrada Escritura cuanto han dicho los santos y expositores sagrados, y cuanto un entendimiento humano puede alcanzar a reconocer en el mar inmenso de las grandezas de la Virgen Madre. La mañana la gastaba, después de decir con mucha devoción la Santa misa, a que se preparaba con larga oración,

<sup>112</sup> *Ibid.*, vol. II: 245.

<sup>113</sup> *Ibid.*, vol. II: 300.

<sup>114</sup> *Ibid.*, vol. I: 206-208.

<sup>115</sup> *Ibid.*, vol. II: 349.



en leer y releer libros santos y escribir de María virgen»<sup>116</sup>.

El humanista y filósofo Manuel Brito (Mérida de Yucatán, 13-IX-1734-†Medecina, 29-V-1797). Publicó en Ferrara en 1786 el elogio fúnebre de su paisano, también jesuita, José Vicente Anguas y Alcocer (*BJE*, 140).

El historiador Lino Josef Fábrega Bustamante, (Tegucigalpa, 22-IX-1746-†Vitorchiano [otros Roma], 20-V-1797), tras la extinción se retiró a Roma, donde contó con la protección del Cardenal Borgia, prefecto de la Propaganda Fidei, para dedicarse al estudio de las antigüedades mexicanas. Su obra más importante y relevante para el estudio de la cultura náhuatl es la *Esposizione del codice borgiano, premessa una breve notizia degli originali esistenti in Europa di altri codici citati dagli autori e delle copie pubblicate o inedite come ancora alcune osservazioni su i soggetti essenziali del calendario messicano per la di lui migliore intelligenza* (México, 1891-1900). Hervás, muy interesado por las lenguas mexicanas, le anota dos manuscritos:

«1. *Vocabolario geografico, storico, naturale, civile, ed ecclesiastico de' domini spagnuoli nell'America settentrionale*. El autor, desistiendo de imprimir esta obra en italiano, la traduce en español. 2. *Disertaciones sobre la antigua historia mejicana*. Anuncié esta obra en la página 243 de mi segundo tomo de la *Historia del Hombre*, impresa en Madrid en 1789. El autor, hasta ahora, no ha podido publicar ninguna producción suya, porque continuadas desgracias le han impedido conseguir el dinero propio que tenía destinado para la impresión" (*BJE*, 592).

En la citada página 243 del tomo segundo de *La historia del hombre*, se lee: «El señor abate Joseph Fábrega escribe actualmente disertaciones excelentes sobre la historia antigua de los mexicanos». Más adelante alaba al historiador Fábrega, informante personal («me ha dicho»), al estudiar la afinidad de las lenguas pima y sobaipuri<sup>117</sup>. Poco antes de fallecer continuaba al servicio del cardenal Borgia, según Luengo: «el Cardenal Borgia, famoso por su aversión para con los jesuitas, y por sus muchas y grandes hazañas contra ellos, [...] buscó un jesuita mexicano, llamado Fábrega, para que le descifrara ciertos puntos oscuros de Geografía, como lo hizo, y de resulta asistía uno o dos días a la mesa del Cardenal»<sup>118</sup>.

Finalmente el poeta latino Juan Ignacio [Ruiz de la] Mota Zugaza, (Ciudad de México, 24-VI-1724-†Roma, 10-X-1797), residente en Roma desde antes de 1774 y antiguo rector y maestro de Teología en Pátzcuaro, Puebla y México, «escribió: *Poema latino sobre la Jararagua, país en el obispado de Valladolid, de Nueva España*» (*BJE*, 639).

### 3.3.1. Ocho literatos olvidados en la *BJE* fallecidos en la década de contracción literaria (1789-1798).

Ya hemos aludido a la ausencia del importante misionero, antropólogo e historiador misionero extremeño Miguel del Barco González, (Casas de Millán [Cáceres,

<sup>116</sup> *Ibid.*, vol. II: 351.

<sup>117</sup> Hervás y Panduro, 1800, vol. I: 341.

<sup>118</sup> Luengo, *Diario*, día 5-V-1797.

Extremadura, España], 13-XI-1706-†Bolonia, 24-X-1790), autor de una notable *Historia natural y crónica de la antigua California*, aprovechada por Clavigero, según F. de Sebastián: «Luego que llegó, comenzó, con instante y nada interrumpida fatiga, a aprender por señas y no por libros, la difícilísima lengua cochimi, propia de aquellos naturales, y casi general en aquel vasto continente. Su cuidado, su estudiosa aplicación y gran capacidad, hicieron que a poco tiempo la aprendiese y fuera maestro en ella»<sup>119</sup>.

El moralista e historiador Manuel José Colazo Portillo, (Guadalajara, 22-V-1721-†Bolonia, 31-VII-1792), según Félix de Sebastián «Fue sujeto muy instruido en las ciencias, particularmente teología, morales y historia tanto sagrada como profana» y en el colegio de San Andrés de México juntó materiales para una *Historia de la Provincia*, pero «dejó que otro la extendiese [el padre Francisco Javier Alegre], ocupándose, como se lo ordenaron, en escribir varios elogios latinos de muchos varones ilustres de nuestra provincia, que fueron mandados a Roma para la historia general»<sup>120</sup>.

El «amabilísimo» moralista Sancho Jacinto Reinoso, (Santa María de los Lagos, 15-VIII-1713-†Bolonia, 10-X-1792) publicó en 1759 un sermón que predicó *en el Colegio de S. Luis de la Paz, a la Virgen de Guadalupe*, omitido también por Félix de Sebastián («En casa lo pasaba estudiando, orando y consolando a los que lo iban a visitar») <sup>121</sup>.

Según Félix de Sebastián el poeta Manuel Arenas (Santa Fe y Real de Minas de Guanajuato, 1-IV-1740-Ferrara, 4-IX-1793) fue un buen latino, el cual «estudiaba de continuo, y ocupaba muchos ratos de la insufrible ociosidad de Italia en hacer composiciones poéticas, traduciendo algunos excelentes y píos autores italianos, las que leídas por los nuestros, le servían de pasatiempo, y todos unánimes alababan de excelentes las dichas composiciones»<sup>122</sup>.

El «angelical y amabilísimo» aragonés, Lucas Ventura (Muel, Zaragoza, 2-II-1727-†Bolonia, 9-XII-1793)<sup>123</sup>, misionero en California e historiador, ha pasado totalmente desapercibido en la historiografía, a pesar de estar reseñado bastante ampliamente en el menologio de Félix de Sebastián. Pasó a la Nueva España en la expedición capitaneada por el P. Ignacio Lizasoain, «aquel ejemplar hombre que fue nuestro último provincial en Italia». En 1767 era misionero y procurador general de la California en la misión de Loreto, pero a nosotros nos interesa resaltar que, en el destierro italiano, «a petición de algunos nuestros exhibió (sic escribió) unas *Memorias de la California*, de las que se valió el difunto padre Clavijero para escribir la *Historia* de aquella provincia que en lengua italiana salió a luz después de su muerte»<sup>124</sup>.

El geógrafo Ramón Tarroz Arandes, (Tarragona, 12-II-1744-†Bolonia,

<sup>119</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. II: 173-175.

<sup>120</sup> *Ibid.*, vol. II: 220.

<sup>121</sup> *Ibid.*, vol. II: 229.

<sup>122</sup> *Ibid.*, vol. II: 246.

<sup>123</sup> *Ibid.*, vol. II: 255-269.

<sup>124</sup> *Ibid.*, vol. II: 269.

16-XII-1794) aprendió astronomía y álgebra, y construyó varios relojes de sol y realizó varios mapas, entre ellos uno del reino de Cataluña<sup>125</sup>.

El moralista José Nepomuceno Restán Gaviño, (Tehuacán de las Granadas, 5-XI-1722-†Bolonia, 11-XII-1795) describió con tintes barrocos el *Arco triunfal que la metropolitana de México erigió en la pública entrada del Excmo. Sr. Marqués de Cruillas* (1761) y dijo un sermón en honor de San Ignacio (México, 1766), actividad que no pudo seguir en el destierro porque estuvo muchos años apoplético<sup>126</sup>.

El físico y matemático Hilario Ugarte de Velasco, (Hacienda de San Isidro del Torreón, misión jesuita de Bocas [Durango], 20-I-1740-†Roma, 9-VIII-1796), siendo muy bien asistido económicamente por sus hermanos desde México, fue suscriptor de la *Historia Antigua de México*, de Clavigero, aprendió griego, matemáticas y álgebra y escribió «excelentes tratados y disertaciones de Física y Matemáticas, divirtiendo su tristeza y humor melancólico el ocio de los libros»<sup>127</sup>.

El misionero en Sonora desde 1754 Ignacio Pfefferkorn Eschenbrender, Mannheim [Palatinado, Alemania], 31-VII-1725-† Siegburg, 16-VI-1798) fue prisionero y rehén de Carlos III desde 1769 hasta el 10 de junio de 1778, en que regresó a su patria, donde, y después de 1778, escribió algunas obras literarias, destacando *Beschreibung der Landschaft Sonora samt anderen merkwürdigen Nachrichten van den inneren Theilen Neu-Spaniens und Reise aus Amerika bis in Deutschland*, 2 vols., Colonia, Langensche Buchhandlung, 1794-1795.

El cronista de la expulsión Rafael de Zelis Moreno, (Veracruz, 23-X-1747-†Bolonia, 25-VII-1798) dejó manuscritas dos crónicas: 1ª. *Catálogo de los sujetos de la Compañía de Jesús que formaban la Provincia de México el día del arresto, 25 de junio de 1767, formado en Roma por don Rafael Zelis*. 2ª. *Viajes en su destierro del P Rafael de Zelis, de la Compañía de Jesús*, publicadas por Mariano Cuevas<sup>128</sup>.

Finalmente destaquemos, por las circunstancias de su producción literaria, al polígrafo y poeta Joaquín Leguinazábal (Veracruz, 29-I-1729-†Bolonia, 21-IX-1795). Como sucedió con Blas Miner escribió mucho en la soledad y todo se ha perdido. En 1767 era prefecto de la congregación en el colegio de León en Michoacán, si bien desde joven se dio a conocer como poeta «en sus muchas composiciones [que compuso] lo restante de su vida». Había regentado la clase de retórica en el Colegio Máximo de México, «donde dio a conocer a todos que era grande orador, gran latino y gran poeta». Según Félix de Sebastián en Bolonia vivió totalmente retirado:

«Todo el tiempo que estuvo en este su destierro y retiro de Bolonia, no se supo qué es lo que hacía, cómo se trataba y en qué ocupaba el tiempo, pues fuera que en el andar a decir misa, que era en una iglesia enfrente de su casa, no se veía en parte alguna; mas sí suponíamos que, siendo muy amante de las ciencias, se ocuparía en esto, y no salió falsa nuestra suposición, pues nos lo

<sup>125</sup> *Ibid.*, vol. II: 304.

<sup>126</sup> *Ibid.*, vol. II: 337-341.

<sup>127</sup> *Ibid.*, vol. II: 357-360.

<sup>128</sup> Cuevas, 1944: 15-177 y 180-229.

dieron a conocer los muchos eruditos y doctos escritos que se le hallaron en su fallecimiento, siendo todos ellos en muy diversas materias. Su principal estudio lo puso en la inteligencia de las sagradas escrituras y en la más delicada teología, y para esto no dejó historiador alguno antiguo ni santo padre que no lo examinase a fondo. [...] Hace varios tratados coordinando la historia sagrada con la profana y uno muy particular sobre los primeros habitantes de América, discurrendo con un modo singular y hasta ahora no pensado de otro, en que no sólo hace fácil sino también muy probable su sistema. Valióse mucho de la ciencia astronómica para averiguar estos arcanos de la antigüedad...»<sup>129</sup>.

Su poligrafía era amplia:

«Son también varios los escritos sobre materias muy delicadas de la sagrada teología escolástica, moral y dogmática, hechos para impugnar a varios autores coetáneos en que muestra su profunda erudición y gran ciencia, [...]. Escribió un *Rationarium temporum*, muy abreviado pero muy claro, que hace un competente tomo. Son cinco los tomos en cuarto que escribió sobre las profecías del abad Joaquín, [...] Para divertirse escribió mucho en verso, tanto latino como español, pues poseía con eminencia las dos lenguas, y hablaba y escribía con tanta facilidad en una como en otra. Los *Trenos de Jeremías en verso español* y varios capítulos del Génesis en el mismo verso, lo dan a conocer por un poeta nada vulgar, y por un escriturario muy instruido.

Varias tragedias y traducciones de los poetas antiguos puso también en verso español muy hermoso, pudiéndose hacer de todo un libro bien abultado. En latín tiene también varios versos y composiciones que unas dejó mediadas, otras tal vez la rompió, pues no se encuentran principios ni fines, sino sólo papeles sueltos no coordinados»<sup>130</sup>.

Félix de Sebastián concluye lamentando el olvido y posible pérdida de los escritos de Leguinazábal:

«Mas, ¡oh Dios! Todas estas excelentes obras, que cada una de ellas lo hubiera dado a conocer en el orbe literario por un hombre de ingenio muy profundo, se hallan algunas del todo acabadas, y otras no del todo perfeccionadas, mas si unas y otras han quedado confusas en tantos legajos de papeles, pues nunca su humildad y retiro y delicadeza las mostró en vida al público, siendo todas muy dignas de que hubieran visto la luz con la imprenta para beneficio común y las tristes circunstancias en que todos nos hallamos, harán se vean sepultadas en el olvido»<sup>131</sup>.

En resumen, en la década de 1788-1798 la pluma del jesuitismo novohispano va apagándose poco a poco en medio de la tormenta revolucionaria y bélica, que apenas pueden sostener respetables sexagenarios, predominando, como es lógico, las memorias, más apologéticas que nostálgicas, que relatan episodios de la azarosa vida de la proscrita Provincia de México.

<sup>129</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. II: 324-325.

<sup>130</sup> *Ibid.*, vol. II: 325.

<sup>131</sup> *Ibid.*, vol. II: 324-327.

### 3.4. Periodo 4º. Desde la ocupación de Roma por Napoleón (1798) hasta la restauración de la Compañía (1815): Periodo de descontrol y de decadencia de la producción literaria de los ex jesuitas: una docena de literatos.

Comprende desde la invasión de Italia (1796) y ocupación de Roma (1798) por Napoleón hasta la restauración universal de la Compañía por Pío VII (agosto de 1814) y libre retorno a sus patrias (1815-1816) de los pocos ignacianos que físicamente podían hacerlo. Periodo de descontrol, porque las circunstancias bélicas y políticas de Europa fraccionaron la comunicación entre los jesuitas ibéricos entre sí y con sus países de origen<sup>132</sup>.

Decadencia en cantidad, por el cada vez menor número de escritores, y en calidad y originalidad, porque era imposible que surgieran nuevos valores entre los envejecidos ex jesuitas hispano-portugueses y porque las condiciones de vida en la empobrecida Italia, invadida por Napoleón, empujaban más a la supervivencia que a la producción literaria, aunque algunos supieron capear bastante bien los malos tiempos e incluso publicar lo mejor de sus escritos, como Pedro José Márquez.

Lógicamente en la literatura de este largo periodo se podrían hacer subperiodos, en función de las circunstancias sociopolíticas de cada grupo de ignacianos, que sólo nos llevarían a perder la visión global del cada vez más reducido grupo de escritores ex jesuitas. Por ejemplo, unos cuarenta escritores retornaron a España entre 1798 y 1801, incluidos los mexicanos, de los cuales unos diez permanecieron indefinidamente, como los novohispanos José María Castañiza y Pedro Cantón, mientras la mayoría volvió a ser expulsada hacia Italia, e incluso alguno logró llegar a México, como Juan Luis Maneiro<sup>133</sup>.

De todos modos, señalaríamos un antes y un después de la restauración parcial de la Compañía por el breve *Per alias* (30 de julio de 1804), por el que Pío VII extendía al reino de las Dos Sicilias el Breve *Catholicae fidei* (7 de marzo de 1801), por el que, de derecho, se había restablecido la Compañía en Rusia, ya que de hecho la emperatriz Catalina II nunca permitió que fuese suprimida allí. Si el Breve de 1801 provocó la reacción de la segunda expulsión de los jesuitas de España, el de 1804 tuvo mucha más importancia, porque muchos escritores se fueron reincorporando a la Compañía (por ejemplo, Juan Andrés y Vicente Requeno), con lo que su vitalidad, ya desgastada por el paso del tiempo, se dedicaba a afanes más jesuíticos y menos literarios<sup>134</sup>. Algún mexicano, como Andrés Guevara Basoazábal, fue muy pronto asociado al proyecto restaurador de la Compañía de Jesús, capitaneado por José Pignatelli, llevándolo como profesor de filosofía-teología al colegio-noviciado de Colorno (Ducado de Parma)<sup>135</sup>, si bien Guevara Basoazábal no pudo ver restablecida formalmente la Provincia de Italia, por fallecer en Piacenza en 1801.

<sup>132</sup> Decorme, 1914, 2 vols.

<sup>133</sup> Pradells, 2002: 552-556.

<sup>134</sup> Requeno, 2008.

<sup>135</sup> El 16 de noviembre de 1799 llegan a Colorno los cinco primeros novicios. Cf. March, 1944, vol. II: 171.

Parece claro que la ruptura de los vínculos de los individuos con la Compañía que supuso la supresión de 1773 fue muy ventajosa para el aumento en calidad y en cantidad de la producción literaria jesuítica, y que el reagrupamiento que conllevó la Restauración de 1804 fue un freno, a pesar de lo que diga el ultrajesuita padre Luengo.

En esta última etapa (desde la invasión de Italia por los franceses hasta la restauración universal de la Compañía en 1814), la pensión vitalicia pasó, de ser un instrumento de control y un estímulo literario para la colaboración propagandística con el gobierno madrileño, a convertirse en una forma de descontrolada limosna.

La situación de los jesuitas españoles y portugueses entre 1808 y 1814 en la Italia ocupada por Napoleón, y con el papa Pío VII prisionero en Francia, fue realmente difícil, magníficamente descrita por el P. March al biografar al líder de los jesuitas restaurados José Pignatelli, a donde remitimos<sup>136</sup>.

Literariamente casi nada interesante nos ha quedado de la Provincia mexicana escrito en los primeros años del siglo XIX, exceptuando los libros de Pedro José Márquez y, tal vez, *Los tres siglos de México* de Andrés Cavo<sup>137</sup>. En las tres décadas anteriores (1767-1797) hemos visto pasar a mejor vida a la mayoría de los literatos expulsos mexicanos, incluidos los más valiosos (Clavigero, Diego José Abad, Alegre, Landívar, etc.). Ahora vamos a ver como poco a poco van desapareciendo los escritores más longevos antes de la restauración de la Compañía (universal en 1814 y en España en 1815).

El filólogo y misionero circular Blas Isidoro de Arriaga Aguilar, (Tlaxcala, 3-II-1729-†Valencia, 12-II-1801), «cultivó con esmero el estudio de la lengua mexicana» y publicó en dos tomos una *Biblioteca para misioneros de naciones gentiles* (BJE, 573).

Hervás reseña perfectamente los dos tratados del citado filósofo moderno y ecléctico Andrés [Ladrón] de Guevara y Basoazábal (Guanajuato [Valladolid, de Mechoacán], 30-XI-1748-†Plasencia [Italia], 25-III-1801), sin olvidar su sólida formación matemática: «Imprimió: 1. *Prodromus ad Institutiones philosophiae*,... Romae, 1796. 2. *Institutionum elementarium Philosophiae ad usum Maexicanae juventutis*. Romae, 1796-1798, volúms. 4» (BJE, 605). Recordemos que *Prodromus ad Institutiones philosophiae* y sus adaptaciones para uso de estudiantes fue libro de texto durante el primer tercio del siglo XIX, donde se incluyen autores luteranos, jansenistas, calvinistas, anglicanos, junto a jesuitas como Rudjer, Lorenzo Hervás o Francisco Javier Clavigero.

La reseña del poeta Francisco Javier Lozano Ruiz, (Valdepeñas, 30-VIII [otros, 9-IX]-1721-†Elche [Alicante], 11-VI-1801), pensión doble y suscriptor a la enciclopedia de *Idea dell'Universo*, denota trato directo con Hervás (había publicado en Cesena): «Imprimió: 1. *Recuerdos de las eternas verdades confirmados con la*

<sup>136</sup> March, 1944, vol. II: 363-475.

<sup>137</sup> En el prólogo, el editor Carlos María de Bustamante dice que de la obra «ya tenía noticia de ella desde el año 1799, comunicada por su hermano el P. Lorenzo Cavo». Apareció en 1836 en México con el título completo de *Los tres siglos de México durante el gobierno español hasta la entrada del ejército Trigarante*.

*Sagrada Escritura, y expuestos en décimas castellanas*, Cesena, Biasini, 1788. 2. *Atributo de Dios y misterios de Dios-hombre, que compuso en verso heroico latino Don Diego Josef Abad, mejicano, y traduce en décimas castellanas...*, Barcelona, 1788. Manuscritos: Tiene dispuestas para la prensa las siguientes obras en décimas españolas: 1. *Séneca cristiano o consuelos en todas las adversidades*. 2. *El Petrarca filósofico o desconsuelos en las felicidades de esta vida*» (BJE, 342-343).

El lingüista y corresponsal de Hervás, Manuel Cote Muñoz, (Appa [México], 21-VIII-1739-†Roma, 8-II-1811), regresó a España entre 1798 y 1801 y había escrito unas *Istituzioni gramaticali della lingua latina* (BJE, 590).

El conocido biógrafo y latinista Juan Luis Maneiro Monsabal (Veracruz [Puebla de los Ángeles, según Hervás], 2-II-1744-†Ciudad de México, 16-XI-1802) es fuente fundamental para conocer la parte mexicana de la BJE, donde se reseñan con detalle los 35 jesuitas expulsos mexicanos incluidos en *De vitis aliquot mexicanorum*, cuyos tres tomos también fueron reseñados por el P. Luengo, con cierto disgusto por haber ocultado Maneiro la procedencia jesuítica de los biografiados<sup>138</sup>. Al hablar de los manuscritos el abate manchego da la noticia de que «el señor Maneiro ha traducido en verso heroico español el poema latino, *De Deo*, publicado por Diego Abad» (BJE, 356-359). A Hervás se le escapa la traducción latina que hizo Maneiro del tercer tomo del *Adventus Messiae cum gloria et Majestate* del famoso milenarista Manuel Lacunza, pero no a Luengo, quien subraya la pureza latina de la versión, a diferencia de los dos primeros, traducidos por el también jesuita Narciso González: «Y en esta traducción no se ven aquellas expresiones acres, desabridas, bajas, desatentas y jactanciosas que se encontraban en los dos primeros tomos de la obra, puestos en latín por el P. Narciso González, de la misma Provincia de México»<sup>139</sup>.

El canonista y teólogo Mariano Antonio Poveda, (La Habana, 3-XI-1734-†Roma, 7-II-1802), compañero de Hervás en la residencia de *Il Gesù* de Roma, aparece reseñado con dos manuscritos críticos con las reformas regalistas del emperador José II de Austria, relativas al matrimonio civil y a las exclaustaciones de monjes (BJE, 654).

El humanista e historiador secularizado en 1769 Andrés de Cavo Alcaraz, (Guadalajara [México] 13-II-1739-†Roma, 23-X-1803), residente en Roma y retornado a España entre 1798 y 1801, es reseñado sólo con la vida de su maestro José Julián Parreño, en latín (Roma, 1792), desconociendo los antiespañoles *Los tres siglos de México*, que tal vez ya estaba redactando en 1798 (BJE, 177).

Al biógrafo Manuel Fabri Domínguez, (México, 18-XI-1737-†Roma, 17-III-1805), amigo del helenista catalán Bartolomé Pou y retornado a España entre 1798 y 1801, Hervás le reseña los prólogos biográficos que Fabri insertó en el poema *De*

<sup>138</sup> «No alabo el demasiado miramiento y timidez del Autor en mostrar que fue jesuita y que lo fueron aquéllos cuyas vidas escribe. Y en la realidad es cosa extraña que no se diga una palabra en todo el prólogo de la Compañía, de la Provincia de México y de jesuita; y aun eso se pudiera disimular si ya en el título se hubiera dicho expresamente, como se debía, que aquellas vidas eran de sujetos que fueron jesuitas en la Provincia de México, pues sin eso se lee título y prólogo, y sólo se sabe que aquellos hombres ilustres, cuyas vidas se escriben, fueron mexicanos o florecieron en México; y no se ve la menor cosa que indique que fueron jesuitas». Luengo, *Diario*, día 1-XII-1792.

<sup>139</sup> Luengo, *Diario*, día 19-V-1793.

*Deo Deoque* de Diego Josef Abad y en el primer tomo de las *Instituciones teológicas* de Francisco Javier Alegre (Venecia, 1789) (*BJE*, 223-224).

También aparece reseñado el importante cronista y biógrafo de jesuitas mexicanos Félix de Sebastián Pión, (San Lúcar de Barrameda, 27-XII-1736-†Bolonia, 29-VI-1815), misionero en Chinipas en junio de 1767, y residente en Bolonia. El prudente Hervás sólo enumera el manuscrito *Menologio de los jesuitas y exjesuitas de la provincia mejicana muertos fuera de los dominios españoles*, sin ningún comentario (*BJE*, 666). El abate español debía conocer su existencia porque Félix de Sebastián era suscriptor de *Idea dell'Universo*, si bien no parece que tomase dicho manuscrito como fuente de su *BJE*.

### 3.5. Los escritores mexicanos que fallecieron después de la restauración de la Compañía de Jesús (1815) que aparecen reseñados en la *BJE* de Hervás

Para el conocimiento sintético y panorámico de los avatares de la restauración de la Compañía de Jesús en México remitimos a Decorme<sup>140</sup>, quien resume que en 1814 sobrevivían unos 42 jesuitas mexicanos expulsos, de los cuales sólo 14 volvieron a la observancia regular en Roma (donde residían 15) o en México, siendo el menos anciano de todos el P. José Ignacio Amaya (68 años) y el de más edad el P. Manuel Mariano Iturriaga (86 años)<sup>141</sup>. Recordemos que, restaurada la Compañía por Pío VII (7 de agosto de 1814) y publicada la Real Cédula de Fernando VII (10 de septiembre de 1815) de restablecimiento en sus reinos por el virrey de Nueva España, Félix M. Calleja (24 de febrero de 1816), se abrió (12 julio) el noviciado con ocho candidatos en el Colegio de S. Ildefonso de México capital.

Es precisamente Manuel Mariano de Iturriaga Torija, (Puebla de los Ángeles (México), 24-XII-1728-†Fano, 31-VIII-1819), canonista, teólogo y polemista conservador (íntimo amigo del diarista Manuel Luengo), uno de los dos más ampliamente reseñados por Hervás. Maestro de Teología en el San Ildefonso de Puebla en 1767, fue un jesuita convencido y valiente en la defensa de sus ideas. El abate manchego le enumera 12 impresos hasta 1793, el primero en la imprenta Biasini de Cesena (1778) y el resto disperso en diversas ciudades italianas (Asís y Venecia, sobre todo), huyendo de la censura de los inquisidores dominicos. Se añaden cinco manuscritos inéditos (*BJE*, 301-306). Quizá sea el expulsado mexicano más admirado por los de las otras Provincias, por su sólida formación, generosidad y compromiso en la defensa del papado y del jesuitismo, como reconoce su amigo Luengo:

«El gran tumulto de contradicciones, insultos y agravios contra el jesuita americano Manuel Iturriaga y contra algunos amigos suyos, con ocasión de su obrita sobre la santificación de las fiestas, de que se habló aquí largamente en año pasado [1780], no le apartaron del pensamiento de imprimir y publicar otro librito sobre el importantísimo y delicadísimo punto de la suficiencia de la atrición para el Sacramento de la Penitencia»<sup>142</sup>.

<sup>140</sup> Decorme, 1914, vol. I: 71-118.

<sup>141</sup> *Ibid.*, vol. I: 79.

<sup>142</sup> Luengo, *Diario*, día 8-I-1781.



El crítico artístico, erudito y polígrafo Pedro José Márquez Ochoa, (Rincón de León [Mechoacán], 22-II-1741-†Ciudad de México, 2-IX-1820), pensión triple, retornado a Valencia (1798-1801) y a México el 12-X-1816, y restaurador de la Compañía, coincidió con Hervás en *Il Gesù* de Roma. Tenía una actitud cosmopolita, fruto de su apertura y amplia erudición. Fue protegido del influyente embajador español ante la Santa Sede, Nicolás de Azara, quien le facilitó participar en las excavaciones que el aragonés dirigía en Tívoli.

Asimiló la corriente internacional neoclásica, que le llevó a estudiar la antigüedad romana que, a su vez, despertó su interés en la arqueología mexicana. Con la tardía publicación de *Delle case di Città degli antichi romani* en 1795 (cuando hacía un año que se había cerrado la *BJE*), inició Márquez su carrera de polígrafo, con marcada preferencia por la arqueología y la arquitectura romana antigua. Quedan sin publicar varios opúsculos dedicados a la geometría, y especialmente el que se puede considerar su libro más importante, los «apuntamientos arquitectónicos por orden alfabético según las doctrinas de Marco Vitruvio Polión». Según Hervás, «escribió: 1. *Descripción del circo de Caracalla, publicado en italiano por Carlos Fea y traducido al español*. 2. *Introducción a la arquitectura civil*. 3. *Le case de' nobili romani in città secondo Vitruvio*. Esta obra se imprime en Roma [salió en 1795]» (*BJE*, 627-629). No se recogen importantes obras posteriores de Pedro Márquez, como *Delle ville di Plinio il Giovane, opera di D. Pietro Márquez Messicano*, Roma, 1796. *Sobre lo bello en general* (1801) e *Illustrazioni della Villa di Mecenate a Tivoli* (1812). Para Márquez, las placas y textos hallados en sus exploraciones arqueológicas probaban la habilidad de los indios en astronomía, escultura y arquitectura, es decir, que los habitantes naturales de América eran una nación civilizada antes de la llegada de los europeos. Al igual que Clavigero, Márquez justificaba en cierto modo los sacrificios humanos aztecas, alegando que los romanos practicaban ritos de crueldad semejante.

La amistad, pues era suscriptor a la enciclopedia de *Idea dell'Universo*, puede explicar la reseña de dos impresos y un manuscrito del predicador Josef Ángel Toledo Gutiérrez, (Guatemala, 10-II-1744-†Cremona, 1824), devoto del culto al Sagrado Corazón de Jesús, a la Virgen del Refugio en Guatemala y a la de Guadalupe (*BJE*, 531).

### 3.6. Seis escritores mexicanos del periodo de dispersión y decadencia (1799-1815), olvidados en la *BJE*.

Por las razones que hemos expuesto al hablar de las etapas anteriores, también se le escaparon a Hervás varios expulsos mexicanos que, por otras fuentes, sabemos que escribieron algo. Al cronista Domingo Esparza Segura, (Onteniente [Valencia], 18-II-1732-†Civitavecchia, 18-IX-1805), quien en 1767 era maestro de Filo-

sofía en Oaxaca, residió en Bolonia y retornó a España entre 1798 y 1801<sup>143</sup>, Decorme le atribuye un *Breve relato de la expulsión del Colegio de Puebla*<sup>144</sup>.

Más importancia tiene el olvido del también cronista Antonio María López de Priego, (Puebla, 8-II-1730-†Bolonia, 22-I-1802). Es un notable cronista de la expulsión, por los datos de los mexicanos desterrados que aporta, que Hervás no incluye en su *BJE*, probablemente por ser materia prohibida por la Pragmática Sanción de abril de 1767. Su crónica, *Carta de un religioso de los extintos jesuitas a una hermana suya, religiosa del convento de Santa Catarina de la Puebla de los Ángeles, escrita en la ciudad de Bolonia en 1º de octubre de 1785. Trata de lo acaecido a estos religiosos desde el día de su arresto hasta esta fecha, con varias noticias de la Italia y ciudad de Roma*, fue publicada por Mariano Cuevas<sup>145</sup>. El biógrafo y teólogo Juan Antonio Nava Irasoqui, (Puebla, 22-VIII-1726-†Roma, 19-VI-1815), antiguo rector en Pátzcuaro y en Puebla, dejó algunos manuscritos, que sirvieron al P. Perelli para su *Vida de la venerable Catalina Boseti*, primera obra impresa con nombre de jesuita tras el restablecimiento de la Compañía.

El que pasa por ser el restaurador por excelencia de la Compañía de Jesús en México y primer Provincial, José María Castañiza González, (Capital de México, 23-III-1744-†México, 24-XI-1816), retornado a España entre 1798 y 1809 y a México en 1809 con los PP. Pedro Cantón y Antonio Barroso, en el destierro tradujo del italiano *El tratado de la beneficencia de Dios*, que escribió el jesuita P. Alejandro Diotalevi. En México redactó una *Relación del restablecimiento de la Sagrada Compañía de Jesús en el Reyno de Nueva España, y de la entrega a sus religiosos del Real Seminario de San Ildefonso de México* (México, 1816), y unas *Meditaciones sobre los beneficios divinos*<sup>146</sup>.

Paralela es la actividad literaria de Pedro Cantón Ubiarco, (Guadalajara [Jalisco], 19-II-1745-†México (D.F.), 16-X-1833), lingüista, colaborador de Hervás, restaurador y provincial. Intervino ante Miguel del Barco para que éste cooperase con Hervás (Carta de Del Barco en *Catálogo de las lenguas*, 1800, I, 346-350). Regresó a España entre 1798 y 1809 y es el único superviviente de los diecisiete jesuitas expulsos originarios de Guadalajara que retornó a México, (en 1809 con el P. José M<sup>a</sup> Castañiza). Trabajó mucho un *Léxico castellano-francés*, que más tarde destruyó por humildad. Beristáin le atribuye la traducción del *Viacrucis del beato Leonardo a Portu Mauricio* y las *Meditaciones para las festividades de algunos Santos*<sup>147</sup>.

Debemos incidir en que las notas de «descontrol y de decadencia de la producción literaria» que atribuimos a la Asistencia de España durante el último periodo de su exilio, con mayor motivo deben aplicarse a la Provincia de México, como

<sup>143</sup> Según una carta, fechada en Colorno el 1 de septiembre de 1801, de José Pignatelli a Domingo Esparza, residente en Civitavecchia (Italia), el susodicho Esparza, antiguo compañero de noviciado de José Pignatelli, en Tarragona (España), deseaba incorporarse al noviciado de Colorno (<http://www.sjweb.info/news/index>. Consulta, 4-enero-2014).

<sup>144</sup> Decorme, 1941, Vol. I.

<sup>145</sup> Cuevas, 1944, 15-177.

<sup>146</sup> Decorme, 1914, vol. I: 32-116.

<sup>147</sup> Beristáin, 1818, vol. I: 264; Decorme, 1914, vol. I: 257-259.

demuestra el hecho de que de los 42 supervivientes expulsos mexicanos (1814), menos de la mitad volvió a pedir la readmisión en la restaurada Compañía.

#### 4. La literatura de los jesuitas expulsos extranjeros al servicio de la Provincia de México, vistos por Hervás.

En el encarcelamiento de los jesuitas foráneos adscritos a la Asistencia de España no sólo hay que ver inquina hacia ellos por parte del gobierno madrileño, los cuales sufrieron duros y largos encierros<sup>148</sup>, sino un trasfondo más importante que afectaba a la integridad territorial del imperio ultramarino, y era el temor a que las informaciones que estos religiosos pudieran tener sobre las colonias españolas cayeran en manos de otras potencias rivales (Rusia, Inglaterra, Francia...) en la lucha por la hegemonía política<sup>149</sup>.

Hervás alude en su *BJE* a pocos literatos extranjeros, generalmente misioneros, que estaban adscritos a la Provincia mexicana, por la sencilla razón de que en su inmensa mayoría quedaron presos en el Puerto de Santa María. Sin duda, la causa es la falta de datos, pues el abate manchego dedica todo el catálogo IV de su *BJE* (pp. 741-764) a los «Escritores extranjeros establecidos en España».

En varias ocasiones a lo largo de su *Diario*, Luengo venía afirmando que la cima del sufrimiento y de la injusticia de los crímenes de las Cortes de Lisboa y Madrid eran los jesuitas extranjeros encarcelados, a los que califica de «inocentes bienhechores insignes». Justifica su razonamiento sobre la inmensa generosidad de estos ignacianos, quienes «habían dejado sus patrias, sus familias y sus amigos, y habían pasado a las dichas Provincias españolas o portuguesas», sacrificándose «todo por dedicarse a trabajar en las Provincias españolas y portuguesas» y tomando «muchos, grandes y penosísimos trabajos por hacer bien a los vasallos de las dos Coronas y a sus mismos Estados», recibiendo a cambio «la tiranía, dureza e inhumanidad»<sup>150</sup>.

A finales de agosto de 1777 llegan a Italia los jesuitas extranjeros que habían estado cerca de veinte años en los calabozos de Pombal. Los excarcelados pertenecían a dos nacionalidades principalmente, alemanes e italianos, y el diarista observa mejor porvenir para los súbditos de la emperatriz María Teresa, que se mostraba más protectora que las cortes o repúblicas italianas.

Lo que no sospechaba el diarista es que muchos de los «modestos y templados» jesuitas germanos, una vez liberados y regresados a sus tierras de origen, estaban haciendo lo mismo que él con su *Diario*: reivindicar al jesuitismo para oprobio de sus perseguidores. Gracias a ellos sabemos casi todo sobre su «martirio» de tantos años en las cárceles lisboetas.

De manera similar a la periodización de la literatura de los ignacianos exiliados en Italia, también podemos distinguir dos periodos en la producción literaria de los extranjeros adscritos a las Asistencias de Portugal y España, separados por el año 1777 cuando Pombal dejó el poder, o por los años 1776-1778, cuando el gobierno de

<sup>148</sup> Fernández Arrillaga y García Arenas, 2009: 227-256.

<sup>149</sup> Gatzhammer, 1993: 219.

<sup>150</sup> Luengo, *Diario*, día 25-VIII-1777.

Madrid fue dejando a algunos en libertad por presiones del embajador de Viena y otras autoridades. Hasta ese año la mayoría de los jesuitas foráneos, permanecían reclusos en los presidios lusos y del sur de España, si bien se dan maña para, desde esas cárceles, comenzar a solicitar ayuda del exterior a través de cartas clandestinas que logran franquear su aislamiento.

En este primer periodo (1768-1777) no faltaron los escritos de carácter más o menos administrativo solicitando salir del cautiverio. Pero más fructífero literariamente es el periodo posterior a 1776-1778, es decir, una vez conseguida la libertad y residiendo en sus respectivas patrias, a pesar de la vejez y maltratos sufridos. Allí, libres de expresar sus ideas y conscientes de la propaganda que con la narración de su odisea podían hacer a favor de la Compañía, describieron su prisión en diarios, cartas y obras, más o menos extensas, generalmente en latín, en las que año tras año explican su experiencia para mayor gloria de su querida Orden, con la finalidad de que no fuera olvidada y, sobre todo, con la esperanza de que, en un futuro, se elaborase una historia de la extinta Compañía con los elementos, las opiniones y los sentimientos de sus protagonistas (*BJE*, 51-53). Pretendían que no quedara únicamente la opinión oficial de los opresores gobernantes de Madrid y Lisboa, y así refutarla y resarcirse. Entre los jesuitas portugueses son fundamentales los testimonios que dejaron los padres Anselmo Eckart (*Memorias de um Jesuita*, Braga, 1987), Lourenço Kaulen<sup>151</sup>, Juan Breuer<sup>152</sup>, Mauricio Thoman<sup>153</sup>, Jacobo Graff<sup>154</sup>, Antonio Meisterburg<sup>155</sup>, Carlos Przikril o el P. Jacobo Müller<sup>156</sup>.

Los jesuitas expulsos extranjeros al servicio de la Asistencia de España sufrieron un arresto menos cruel que los portugueses, por lo que ponen más interés en relatar la utilidad de las misiones en las que estaban empleados que en los sufrimientos de su destierro.

Hervás reseña al explorador, cartógrafo, filólogo, misionero y escriturista siciliano Josef Alaña [Alagna], (Palermo, 11-I-1702 [otros, 1707]-†La Habana, 17-II-1767), que no fue expulsado (*BJE*, 742).

Tampoco fue expulsado Segismundo Taraval Andrade, (Lodi [Milán], 27-X-1700- †Guadalajara [México], 1763), misionero e historiador de California. Hombre original, simpático, celoso y eficaz, del que Hervás sólo vagamente puede decir que «escribió doctrinas morales para instrucción de los californios» (*BJE*, 760-762), refiriéndose a su *Historia de las misiones de la California Baja*, que ha sido inteligentemente aprovechada por historiadores jesuitas, como Miguel del Barco (1706-1790), Francisco J. Clavigero (1731-1787) y Miguel Venegas (1680-1764).

---

<sup>151</sup> Kaulen, 1784.

<sup>152</sup> Breuer, 1777; Gatzhammer, 1993: 223.

<sup>153</sup> Thoman, 1788; Gatzhammer, 1993: 223-224.

<sup>154</sup> Eckart informó que en abril de 1765 le fue entregada una carta del P. Graff que relataba su expulsión de Macao y la larga travesía desde el puerto asiático de Goa hasta Lisboa. Eckart, 1987: 147-148; Gatzhammer, 1993: 223.

<sup>155</sup> Meisterburg, 1762. Es una elegía, dedicada a la Virgen María, donde narró los sufrimientos de los jesuitas encarcelados en Almeida y San Julián. Cf. Eckart, 1987: 125-127.

<sup>156</sup> Müller, 1767; Gatzhammer, 1993: 224; Fernández Arrillaga y García Arenas, 2009: 250.

El misionero en California, antropólogo, historiador y naturalista alemán Jaime (Juan Jacobo) Baegert [Begert] Scheideck, (1717-†1772), escribió *Noticias de la península americana de California*, que ya habían sido publicadas en Alemania, y habían recibido buenas críticas, cuando Clavigero redactó su *Storia della California* (antes de 1787), pero no pudo obtener un ejemplar de la misma. Hervás llega a la obra de Baegert (publicada en 1772) a través de su amigo Clavigero (*BJE*, 743-744).

Misionero en California y cronista de la expulsión fue el alemán Franz Benno Ducrue Ludwig, (Mannheim (1710-†Múnich, 1779), el cual «escribió la expulsión de los jesuitas de California, que se publicó por Cristóbal Murr con este título: *Relatio expulsionis Societatis Jesu ex provincia mexicana...*» (*BJE*, 750-751)<sup>157</sup>.

El misionero en Sonora y explorador bávaro Jaime [Jacob] Sedelmayer Sotomayor, (1703-†Aldea Dávila (Salamanca), 1778) fue uno de los jesuitas rehenes de Carlos III, prisionero en el Puerto de Santa María y después en Salamanca. A pesar de estar poco informado («murió después de 1788»), el lingüista y antropólogo Hervás le reseña un diccionario sobre la lengua pima y nos dice que «escribió relaciones de la Pimería y Sobaipuris, que quedaron en América con los mapas que había formado de la provincia de sus misiones» (*BJE*, 760), publicadas la mayor parte por J. M. Andrade en *Documentos para la Historia de México. Tercera serie* (México, 1856).

#### 4.1. Cuatro escritores jesuitas extranjeros no reseñados en la *BJE*, asignados a la Provincia de México

Hervás dedica el catálogo IV de la *BJE* a los escritores jesuitas extranjeros al servicio de la Asistencia de España, olvidándose de algunos que deberían estar incluidos, aludidos confusamente por Fernández Arrillaga<sup>158</sup>.

El misionero en Chinipas Pedro Pablo Macida, (Cerdeña, 25-I-1703-†Puerto de Santa María, 30-VIII-1768) dejó por escrito muchas de sus prédicas e instrucciones doctrinales.

El misionero en Sonora y prisionero de Carlos III hasta 1776, Bernardo Middendorf Rodenberg, (Westfalia, 14-II-1723-†Alemania, después de 1776), fue un cronista de la expulsión, sobre la que escribió un diario, *Vertreibung und Cefangenschaft*, publicado en 1845 en el "Katholischen Magazin für Wissenschaft und Leben"<sup>159</sup>.

El misionero en Sonora desde 1754 y prisionero y rehén de Carlos III desde 1769 hasta el 10 de junio de 1778, en que regresó a su patria, Ignacio Pfefferkorn Eschenbrender, (Mannheim [Palatinado, Alemania], 31-VII-1725-†Siegburg, 16-VI-1798), después de 1778 escribió algunas obras literarias, destacando *Beschreibung der Landschaft Sonora samt anderen merkwürdigen Nachrichten van den inneren Theilen Neu-Spaniens und Reise aus Amerika bis in Deutschland*, 2 vols., Colonia, Langensche Buchhandlung, 1794-1795.

<sup>157</sup>Zubillaga y Gómez, 2001: 1162.

<sup>158</sup>Fernández Arrillaga, 2013: 54-57.

<sup>159</sup> Concretamente en el vol. II, Part. I: 21-54, tal y como recoge Dunne, 1991: 560.

El misionero en la Tarahumara y cronista Antonio Sternkianowski, (Megamedriche [Moravia, República Checa], 12-I-1728-†¿?), escribió en su patria natal unas memorias sobre las misiones (*Destierro de los jesuitas de Sonora y Sinaloa*<sup>160</sup>). La parte referida a Sonora y Sinaloa está basada en las cartas que, con este fin, le escribió el P. Francisco Ita (Hita), desde su prisión en el Puerto de Santa María.

## 5. Temática de la literatura de los jesuitas expulsos mexicanos, a través de la *BJE* de Hervás.

Contamos con dos breves visiones de conjunto que han adoptado el criterio temático para el estudio de la literatura de los jesuitas expulsos, una general (la de Batllori<sup>161</sup>) y otra más específica de los mexicanos (la de Saint Clair Segurado<sup>162</sup>), que no podemos sino sólo resumir aquí, para contextualizar los escritos de los 63 escritores reseñados por Hervás en su *BJE*. Es una literatura muy peculiar, pues, escrita en italiano, español y latín, no puede ser encuadrada en el marco general de la literatura española ni italiana de su época, no sólo por la lengua empleada, sino porque su espíritu y significado le dan una imagen particular. Las piezas más relevantes de la producción de estos hombres se refieren a la tierra mexicana que les vio nacer, pero surgieron en un marco geográfico y en un ambiente cultural, - el italiano -, ajeno al descrito en ellas.

La defensa de la Compañía y de sus miembros en América está clara en las series biográficas más amplias de Juan Luis Maneiro, Manuel Fabri y Félix de Sebastián, así como en las historias de la Compañía en México realizadas por Francisco Javier Alegre y Francisco Javier Clavigero, obras que, por lo general, rebasaban el interés puramente religioso. Agustín de Castro escribió específicamente sobre Campoy, Clavigero y Alegre; Andrés Cavo sobre su maestro Julián Parreño; y de Salvador Dávila (Guadalajara de México 1727-†Bolonía 1781) se ha perdido una obra titulada *Vidas de algunos sujetos más ilustres de la Provincia de Nueva España muertos en el destierro de Italia*.

Respecto a la defensa de la tierra americana todos pensamos en el poema *Rusticatio Mexicana* del guatemalteco Rafael Landívar y en Rafael Campoy, quien contribuyó a un mejor conocimiento de México a través de estudios sobre la tierra, flora y fauna.

### 5.1. Escritores de temas etnográficos e históricos.

Son, sin duda, los que más continúan atrayendo el interés del lector del siglo XXI. La defensa del hombre americano aparece en escritos de tipo etnográfico e histórico para establecer el grado de civilización alcanzado por los indígenas y demostrar la existencia de una historia anterior a la conquista tan digna y heroica como la cortesiana. Aquí se encuadran obras como la *Historia Antigua de México* (Cesena, 1780-1781) de Francisco Javier Clavigero (el más extenso y particularizado de los

<sup>160</sup> Biblioteca Nacional de Roma, Fondo, Jesuitas, T. 1412.

<sup>161</sup> Batllori, 1966, *pássim*.

<sup>162</sup> Saint Clair Segurado, 2005: 407-438.

alegatos jesuitas en defensa de América), la *Historia de la Antigua o Baja California* (Venecia, 1789), también de Clavigero, la *Interpretazione del codice borgiano* de José Lino de Fábrega, o la descripción en italiano de la pirámide del Tajín y las ruinas de Xochicalco de Pedro José Márquez Ochoa.

El objetivo de Clavigero, máximo defensor del hombre americano, era demostrar el alto grado de civilización de los antiguos mexicanos. Su concepción antropológica era moderna: comparaba la religión de los indígenas con los ritos de griegos y romanos, y le parecía menos irracional y más próxima a la idea de un Ser Supremo, es decir, a la civilización, partiendo de la premisa de que todos los pueblos recorrían etapas semejantes en su desarrollo religioso. La religión indígena quedaba así purgada de toda asociación demoníaca, y se ponía de relieve su virtud natural. El historiador veracruzano también reflexionaba sobre la necesidad del mestizaje, rechazando el matrimonio entre hombres cultural, política y socialmente desiguales. Por esta razón se han apuntado sus dudas sobre la sinceridad de su indigenismo y se ha tachado su nacionalismo criollo de «racista y autosuficiente» (Jesús Gómez Fregoso)<sup>163</sup>.

Clavigero no pretendía presentar al Nuevo Mundo como superior al Viejo, sino proclamar que ningún continente podía ser modelo de los demás. Los lectores encontraron en esta obra una visión histórica completa y coherente del mundo prehispánico (civilización náhuatl) que estimularía sus sentimientos patrióticos y nacionalistas. El colonizado tendría, a partir de ahora, motivos para sentirse orgulloso y no inferior.

La *Historia Antigua de México* fue recibida con entusiasmo en Italia. Se ha estudiado el número y composición social de los que se suscribieron a la misma. De 99 suscriptores, más de la mitad residían en Bolonia. El resto se repartía entre las demás legaciones y Estados Pontificios, mientras que sólo ocho suscriptores residían en otros Estados italianos. Casi el 75% eran jesuitas de la Asistencia de España, un 8% eran obispos, clérigos y regulares de diversas Ordenes, mientras que un 20% eran laicos. De éstos, la mayoría eran nobles; sólo un 2% eran médicos, abogados, profesores y otros profesionales. De 73 jesuitas expulsos suscritos, 51 eran mexicanos, entre otros, Antonio Franyuti, Antonio Noriega, Domingo González, Manuel Colón de Larreategui, Manuel Fabri, Félix de Sebastián, Francisco Javier Alegre, Rafael Landívar, Pedro Ganuza, Francisco Javier Lozano, etc.

Poco después Clavigero acometía la redacción, también en italiano, de su segunda obra más famosa, *Historia de la Antigua o Baja California*, publicada en Venecia dos años después de su muerte, en 1789. Fue la primera historia de la actividad misionera jesuita en Baja California desde sus inicios, en 1697, hasta la expulsión. Clavigero nunca había estado en California, así que se valió de los estudios de misioneros como Miguel Venegas, Miguel del Barco y Lucas Ventura, y de los testimonios de compañeros del exilio que habían trabajado en la península. Nuevamente tuvo oportunidad Clavigero de arremeter contra Cornelio de Paw, quien había escrito sobre las fabulosas riquezas de los jesuitas en California. La obra se divide en cuatro libros y constituye un compendio de la historia política, religiosa, social y natural de la península, con informaciones etnográficas y geográficas de gran valor.

<sup>163</sup>J. Gómez Fregoso, 1979.

Caso aparte entre las obras de tipo histórico que enaltecían a los habitantes de los países americanos son los *Anales de la ciudad de México desde la conquista española hasta el año de 1766*, obra inédita del jesuita mexicano Andrés Cavo (†Roma, 1803) hasta que, en 1836, Carlos María Bustamante, que la había continuado hasta 1821, la publicó bajo el nombre de *Los tres siglos de México*. Nacido en Guadalajara el 21 de enero de 1739, dedicó los *Anales* al Ayuntamiento de la ciudad de México. Más patriota que fiel seguidor de San Ignacio, Cavo se había secularizado dos años después de ser expulsado de Nueva España (1769).

Sensible a las cuestiones relacionadas con los indígenas -era misionero en Nayarit en 1767-, el jesuita Cavo arremetía contra el «yugo de los españoles». Cavo se limita a analizar los sucesos acaecidos en la ciudad de México, por lo que se le considera un historiador aficionado que casi nunca relaciona la historia patria con la del mundo, y que tiende a universalizar la historia nacional. Por otra parte, su labor crítica no va más allá de realizar una antología de fuentes. Pero si, como historiador, los méritos de Cavo son pobres, la historiografía ha destacado su significación en la elaboración de la nacionalidad mexicana y en la tradición historiográfica indigenista.

En conclusión, la influencia de los jesuitas en la ideología de la independencia americana no puede ignorarse, en especial a Clavigero en México, ya que la obra de los jesuitas en el exilio constituyó una importante contribución a la plasmación literaria del nacionalismo americano. Estos hombres escribieron sobre la tierra donde habían nacido y/o se habían formado como adultos para combatir la ignorancia europea y las «calumnias» antiamericanas, pero dejaron entrever al mismo tiempo el sentimiento de identidad nacional que embargaba a los criollos: ya no eran españoles puros (de los que hablaban como si fuesen extranjeros) ni se identificaban con la población indígena (no soñaban con una restauración del Imperio azteca). El nacionalismo criollo, espoleado por los jesuitas expulsos (a su vez criollos ellos mismos, en su inmensa mayoría), fue un agente mucho más determinante en las revoluciones hispanoamericanas que el escolasticismo o la Ilustración, y, en este sentido, los jesuitas exiliados adquieren una importancia esencial, ya que fueron los primeros en ofrecer una expresión cultural del «americanismo». Sin embargo, ningún jesuita mexicano dirigió rebelión alguna contra el poder español constituido, ni participó en ninguna conspiración, ni redactó ninguna proclama de insurrección. Los expulsos que consiguieron regresar a Nueva España no intervinieron en los prolegómenos de la Independencia, no sólo por su edad y graves achaques, sino por defender ideales más bien monárquicos. Existe una gran diferencia entre reconocer la precocidad y las importantes aportaciones teóricas de los jesuitas criollos al desarrollo del nacionalismo americano y considerarles directos inspiradores de la Independencia. Éste ha sido, a nuestro juicio, el error de una parte de la historiografía, complacida en presentar a los expulsos criollos como los instigadores de los movimientos separatistas.

Sin desdeñar las repercusiones de las obras de los expulsos, el efecto más profundo de la Compañía en la gestación ideológica de la Independencia, producida en la segunda mitad del XVIII, fue cronológicamente anterior y se produjo desde la docencia. Como maestros y catedráticos, los jesuitas dejaron su impronta sobre los criollos, ya que controlaban su educación ideológica y espiritual. Fue así como modelaron y transmitieron una conciencia política formada en la doctrina suareciana de la soberanía popular. Los jesuitas expulsos de las provincias americanas, criollos en



su mayoría, tenían un alto concepto de la tierra en que habían nacido, transformado en fuerte añoranza a causa del destierro. Esta pesadumbre se tradujo en la composición de obras con que, además de hacer catarsis de su tristeza en el ocio forzoso italiano, pretendían dar a conocer las grandezas de su tierra. Se estaba reclamando una independencia para América, no ya política, sino conceptual.

Algunos jesuitas simpatizaron con el ideario político de la Ilustración, en especial el desarrollado en los medios ingleses, pero no se propusieron luchar por la independencia de sus países. Clavigero se identificaba a sí mismo y a los criollos con los aztecas. Viviendo en el extranjero, era lógico que los españoles se sintieran más españoles y los nacidos en América, más criollos. Lejos de mostrarse marcadamente indigenistas y antiespañoles, los historiadores jesuitas de la provincia mexicana reconocieron con generosidad la contribución de la cultura española. Sin negar el evidente componente patriótico de estas obras, no consideramos que esto pueda llamarse todavía nacionalismo.

Los jesuitas fueron los primeros abanderados del sentimiento nacionalista a través de sus obras científicas y literarias, y, pese a que éstas no pudieron influir en la formación del pensamiento independentista, no dejan de constituir la primera literatura patriótica que impulsó una conciencia nacional. Bastantes de estas obras fueron publicadas en las décadas de 1780 y 1790. La verdadera base de la Independencia fue la forja de un componente mental e ideológico, dos o tres décadas atrás, no tanto de procedencia francesa como española, especialmente jesuita. De algún modo, la producción literaria de los exiliados contribuyó a justificar el derribo del dominio español, presentando su expulsión como la prueba más contundente de la tiranía real, lo que no deja de ser paradójico, si se piensa que Carlos III los había extrañado precisamente para reforzar su autoridad.

## 5.2. Otros géneros cultivados por los expulsos: Estética, filosofía, teología, historia religiosa, moral y humanismo.

Dejando aparte la figura deslumbrante de Clavigero y el grupo de escritores que defendieron la obra jesuita en América y exaltaron el paisaje y el hombre novohispanos, hay una docena de jesuitas expulsos con un lugar propio en la historia de la literatura, pero en los más diversos géneros.

El michoacano Pedro José Márquez realizó una aportación a la historia de la ciencia estética y del arte grecorromano, con su discurso *Sobre lo bello en general* (publicado en Madrid, en 1801, mientras esperaba un barco que lo trasportara a América). Batllori lo coloca entre los continuadores -bien que con escasa fortuna- del jesuita castellano Esteban de Arteaga (1747-†1799), quien destacó por sus conocimientos de música y por sus estudios de estética filosófica acerca de la belleza ideal.

El filósofo Andrés Guevara y Basoazábal (Guanajuato, 1748-†Plasencia, Italia, 1801), acompañó a san José Pignatelli a fundar el primer colegio de la incipiente Compañía de Jesús en Italia (Piacenza, en 1799), donde enseñaba teología. Sin duda le cabe el honor de ser el protorrestaurador entre los jesuitas mexicanos, junto con José Ignacio Amaya, (*BJE*, 604-605). En el exilio fue autor de unas *Instituciones Elementales de Filosofía*, donde defendía la Filosofía moderna. Guevara compartió

esta renovadora postura con Clavigero, quien, en sus tiempos de profesor de Filosofía en Guadalajara, comenzó a escribir su *Diálogo entre Filoteles y Paleófilo* entre un amante de la verdad y un amigo de lo viejo, hoy perdido, donde sostenía que el estudio de la naturaleza ha de perseguir la verdad, pero no obstinarse en defender como inamovible algo que se ha tenido como verdadero<sup>164</sup>.

El historiador y polígrafo veracruzano Francisco Javier Alegre, fallecido en 1788, trabajó en profundidad la hermana mayor de la Filosofía. Tras concluir su historia de la Compañía, dedicó el resto de su vida a las *Instituciones teológicas*, repartidas en siete volúmenes, publicados en latín entre 1789 y 1791<sup>165</sup>.

El toledano Francisco Javier Lozano Ruiz fue el autor de otra obra teológica, *Recuerdos de las eternas verdades confirmados en la Sagrada Escritura y expuestos en décimas castellanas* (Cesena, Biasini, 1788) (*BJE*, 342-343).

El beligerante Manuel Mariano Iturriaga (Puebla de los Ángeles, 1728-†Fano, 1819) fue el mejor moralista y controversista de los jesuitas mexicanos expulsos. Profundamente preocupado por los ejercicios de piedad, la contrición, la penitencia, la atrición y la santificación de las fiestas, publicó en Italia diversas obras, que suscitaron vivas discusiones en los círculos eclesiásticos italianos por su espíritu antijansenista, y generaron una larga cadena de réplicas y contrarréplicas. Su amigo el diarista Manuel Luengo detalla su peripecias editoriales y su vagar por diversas ciudades en busca de impresor, hasta que consiguió el mecenazgo del obispo de Fano y del papa Pío VI (*BJE*, 301-306).

El grupo de los humanistas es más numeroso, sobre todo en la primera época del destierro, pues muchos jesuitas preferían escribir en latín porque, a su edad, se resistían a aceptar otro instrumento literario, y porque parecía ajustarse mejor a la naturaleza de los asuntos tratados. Esta lengua era para los jesuitas casi más propia que el castellano desde las primeras letras. El espíritu de la *Ratio Studiorum* favorecía el encerramiento en los moldes latinos. De ahí la abundancia de helenistas y latinistas entre los desterrados. Entre los mexicanos destacan el michoacano Diego José Abad, el veracruzano Francisco Javier Alegre y el guatemalteco Rafael de Landívar, jesuitas que dominaban varias lenguas -latín, hebreo y griego, y algún dialecto indígena-, y que habían estudiado un amplio espectro de materias -literatura, historia, filosofía, teología, derecho...

La fuente más fiable sobre Diego José Abad Sánchez (1727-†1779) sigue siendo la semblanza de Manuel Fabri, aparecida en el prólogo del poema *De Deo Deoque Homine Heroica*. Siempre insatisfecho, retocó su obra en varias ocasiones: hubo hasta seis impresiones en vida de su autor, incluyendo una edición «pirata». La edición definitiva se la publicaron Gregorio Biasini y Lorenzo Hervás en Cesena en 1780.

Otras obras de Abad, realizadas mayoritariamente en el exilio, giran alrededor de temas piadosos -un par de tratados de Teología; varios himnos al Beato

<sup>164</sup> Sobre la estancia de Clavigero en Guadalajara véase lo que dice Maneiro, y puntualiza Gómez Fregoso, en Maneiro, 2004: 48-51.

<sup>165</sup> Alva Rodríguez, 2011: 283-314.

Mártir Felipe de Jesús, patrón de México; un libro sobre la controversia «*de auxiliis*»; y un tratado sobre el *Conocimiento de Dios*. De temas científicos son: un compendio de álgebra y un tratado de *Geografía Hidrográfica*. De orientación pedagógica son un Curso de Filosofía y un libro sobre máximas de buena educación extraídas en su mayor parte de la Biblia. Más conocida es su *Dissertatio Ludicro-seria* en la que, en tono satírico, intervenía en la polémica sobre el buen o mal uso del latín por parte de autores no italianos, completan, a grandes rasgos, su producción literaria (BJE, 95-97).

Francisco Javier Alegre afirmaba que en Italia se despreciaba la literatura española en materia de latinidad, opinión por él no compartida, por cuanto diversos autores españoles habían traducido obras clásicas con gran éxito. Decidió poner en hexámetros latinos la *Ilíada* de Homero, de la que, en noviembre de 1778, enviaba un ejemplar impreso a las autoridades españolas en Génova.

Entre los representantes del humanismo latino en la provincia mexicana es preciso mencionar al biógrafo de Clavigero y polígrafo muy alabado por Félix de Sebastián<sup>166</sup>, Agustín Pablo de Castro (Córdoba de México, 1728-†Bolonía, 1790). Miembro de una familia noble, dos de sus ocho hermanos decidieron también abrazar el Instituto ignaciano. En el Viejo Continente, su actividad literaria no decayó lo más mínimo. Empezó una *Historia de la Literatura Mexicana* del período colonial de la que sólo concluyó su primera parte, y una historia eclesiástica de Nueva España. También elaboró un panfleto sobre el estudio de la lengua griega entre los criollos de México, una invectiva contra el uso de aprender las ciencias por diccionarios, que fue premiada en 1769 por la Academia de jesuitas aragoneses de Ferrara (donde residió muchos años y fue el líder de los mexicanos expulsos asentados en esa ciudad), un elogio de Sor Juana Inés de la Cruz, y escribió en verso castellano las *Cartas Horacianas*, con una crítica de la poesía castellana.

No obstante, sus obras más famosas habrían de ser la *Cortesiada*, un poema épico sobre las hazañas de Hernán Cortés inspirado en la estructura del Telémaco de Fenelón, y la *Prosodia Castellana*, un tratado sobre gramática, acentuación y métrica. Eran la culminación de toda una vida dedicada al estudio de los autores clásicos y a la práctica de la poesía castellana mediante incontables traducciones del latín y del griego: sátiras de Horacio, Juvenal, Persio y Boileau; odas de Anacreonte, Safo y Horacio; poemas de Hesíodo, Virgilio y Milton; elegías de Calímaco y Ovidio; tragedias de Eurípides y Séneca; fábulas de Fedro; obras de Fenelón; y diversas poesías de Pope, Young y Gessner (BJE, 587).

Algunos opúsculos sobre historia religiosa de Nueva España contribuían a dar lustre a la historia del país, al incorporar símbolos conocidos por el mexicano. La Virgen de Guadalupe y sus apariciones están presentes en casi toda la obra de los expatriados, como en la *Descripción poética* (Faenza, 1773) del potosino Andrés Diego de la Fuente (BJE, 232-233), fallecido en Bolonia en 1783, y el *Breve ragguaglio della prodigiosa e rinomata immagine della Madona de Guadalupe del Messico* de Clavigero (Cesena, 1782). Alegre contribuyó a su culto con *Odas y Geórgicas de la Maravilla americana N. Sra. de Guadalupe*, e insertó en su *Alejandro* un elogio. El mexicano José Mariano Gondra, fallecido en Ferrara en

<sup>166</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. II: 179.

1784, escribió una obra sobre la imagen guadalupana (*BJE*, 252). También Maneiro se refería a ella cuando describía la ciudad de México (*BJE*, 356-359).

Entre otras obras de los expulsos de contenido religioso, puede mencionarse al jalisciense José Ignacio Vallejo, fallecido en Bolonia en 1785, autor de *Vida de San José*, *Vida del Señor Joaquín y de señora Santa Ana*, y *Vida de la Madre de Dios*, todas impresas en Cesena por Gregorio Biasini con el estímulo de Hervás (*BJE*, 541-542); al vallisoletano de Michoacán, Francisco Javier Ribero, fallecido en Bolonia en 1787, que compuso una *Novena a los nueve coros de los santos ángeles* (Rávena, 1775) y dejó preparado para la imprenta un tratado sobre la Inmaculada Concepción (*BJE*, 485); y al citado Juan Luis Maneiro, que empezó a trabajar en el exilio en una biografía latina, la *Vida de la Virgen María*.

El veracruzano Maneiro consagró gran parte de su vida a dar a conocer el mérito de sus hermanos (recuérdense *De vitis aliquot mexicanorum*), pero también gustó de cultivar otros géneros. La producción más antigua que se le conoce son nueve poemas castellanos pertenecientes a la época del destierro, donde expresa su desconcierto por la decisión de Carlos III y la melancolía experimentada a raíz del arresto. Sin embargo, el valor estético de estos versos no pasa de ser mediano. De vuelta en Nueva España, compuso una obra sobre las ceremonias y exequias celebradas con motivo de la muerte, en mayo de 1800, del arzobispo de México, Ildefonso Núñez de Haro, en quien había encontrado el jesuita un protector desde que había regresado del exilio (*Relación de la fúnebre ceremonia y exequias del Ilmo. y Exclmo. Sr Dr. D. Ildefonso Núñez de Haro y Peralta*. México, 1802), cuyo pangírico castellano había predicado el magistral Gaspar González de Candamo<sup>167</sup>.

## 6. Conclusiones

La primera pregunta que todo historiador de la literatura debe hacerse es la de por qué existen personas que en cierto lugar, y en determinada época, escribieron obras literarias tal como lo hicieron, y cuál es la validez de las narraciones o descripciones de lo que intentaron retratar<sup>168</sup>. Teniendo en cuenta el contexto socio-político que hemos dibujado, y tratando de responder a estas preguntas, hemos procurado acercarnos a la comprensión de los jesuitas novohispanos expulsos, de su producción literaria y de las circunstancias que los rodearon en una época de intensa actividad intelectual, como fue la segunda mitad del siglo XVIII.

En primer lugar subrayemos la solidaridad entre los expulsos mexicanos, como demuestra la gran cantidad de suscriptores novohispanos que tuvo la *Storia Antica del Messico* de Clavigero. De la lectura del menologio del P. Félix de Sebastián, al menos hasta 1796, las dificultades económicas no fueron el mayor problema de los expulsos novohispanos, lo que permitía a los intelectuales distraer algún dinero para investigar o publicar libros de devoción (principalmente de la Virgen de Guadalupe). La solidaridad económica llegó al extremo de que, después de la extinción de la Compañía, hubo algún ex jesuita mexicano, cuyo empleo exclusivo fue el redactar cartas a los familiares residentes en América, recordándoles su deber de

<sup>167</sup> Astorgano, 2013: 55-126.

<sup>168</sup> Trabulse, 1988: 41.

socorrer económicamente a los desterrados. Este fue el rol del predicador P. Francisco Javier Rodríguez (Vermillo, obispado de Zamora, reino de Castilla la Vieja, 21-III-1733-†Bolonia, 12-X-1792), quien no solo repartía lo que le remitían los «caritativos bienhechores que lo amaron en la América y lo socorrieron en el destierro, pues siempre tenía abiertas las manos para socorrer a los miserables», sino que «con las cartas llenas de caritativa elocuencia escritas a los americanos, hizo que muchos se movieran a compasión de sus necesitados parientes y los socorrieron. En este punto no hubo modo, manera ni industria que él no usara para bien de sus desconsolados compañeros, no teniendo tiempo más gustoso que el que empleaba en procurar aliviarlos»<sup>169</sup>.

Tomando como fuente la mucha información de la *BJE* de Hervás, hemos intentado profundizar en el conocimiento del grupo de humanistas mexicanos que soportaba la cultura y educación criolla, inmediatamente anterior a la expulsión de 1767, en la que se educaron no pocos independentistas, siéndonos muy útil para complementar el criterio temático habitual de la literatura de los jesuitas expulsos, añadiendo los enfoques cronológico y geográfico para integrar la aportación de medio centenar largo de escritores medianos, y hasta mediocres. Al respecto el admirado don Antonio Rodríguez-Moñino afirmaba con toda seriedad, que no se puede disfrutar de las cumbres (entiéndase los escritores geniales), si no se transita también por los valles y los pedregales (los escritores menores, cuyo estudio, e incluso edición es recomendable).

En conjunto, la Asistencia de España desterrada alumbró una generación de jesuitas que publicó muchas e importantes obras, reuniendo un valioso grupo de humanistas, fuertemente influidos por los nuevos métodos críticos de la investigación. Por su parte, bastantes jesuitas mexicanos siguieron un riguroso método crítico, por lo que podemos calificarlos de auténticos ilustrados cristianos, si bien nunca se plantearon la ciencia y la religión como necesariamente opuestas y excluyentes entre sí, lo cual llevó a ciertos postulados hoy poco aceptables a eruditos tan serios como Hervás y Clavigero, que claudicaron ante ciertas «verdades» bíblicas.

Ese clima intelectual ilustrado no era desconocido por los jesuitas mexicanos antes de la expulsión de 1767, fomentada por provinciales como Francisco Javier de Ceballos. Manifestaron en el largo exilio su deseo de penetrar en los nuevos campos que la ciencia y la erudición les abrían, sintiendo la necesidad de conciliar la tradición y la novedad, y tratando temas polémicos y de «actualidad». A través del *Diario* del P. Manuel Luengo, residente en Bolonia como la mayoría de los mexicanos, sabemos que algún otro expulso mexicano intervino anónimamente en las frecuentes polémicas que se suscitaban entre los intelectuales de la época, fuente de no pocos escritos.

Al examinar la relación de las obras de los jesuitas mexicanos expulsos vemos que muchas de ellas, fundamentalmente por su temática pro jesuítica, están entre las que se ha venido a llamar «literatura silenciada» por el poder político ilustrado, es decir, aquella que, principalmente por la implacable censura hacia los temas no gratos al gobierno, no pudo ver la luz en su momento y, posteriormente, se perdió en gran cantidad. Pensemos en las muchas apologías de los jesuitas mexicanos y en las

<sup>169</sup> Sebastián, 1767-1796, vol. II: 233.

narraciones que de su largo destierro dejaron escritas los expulsos novohispanos y los extranjeros adscritos a la Provincia de México, que quedaron inéditas (*Los tres siglos de México*, de Andrés Cavo, o la *Historia natural y crónica de la antigua California*, de Miguel del Barco, por ejemplo), o tuvieron que editarse en italiano por no poder hacerlo en castellano, como todas las obras de Clavigero.

Por la temática de sus obras, los jesuitas expulsos mexicanos participaron en la república de las letras con las materias de poesía, biografía, lingüística, etnografía, americanismo, indigenismo, historia, matemáticas, teología, filosofía, memorias, arqueología, erudición, poesía en castellano y latín, geografía, crónicas, derecho canónico, historia natural, botánica, filología latina, temas de actualidad, etc. En otro lugar hemos escrito que «los ignacianos portugueses expulsos fueron ante todo jesuitas y la fidelidad al espíritu de la Compañía estaba por encima de la implacable persecución de Pombal», los cuales soportaban con una resignación que admiraba a los expulsos españoles, como reiteradamente constatamos en el *Diario* del P. Luengo<sup>170</sup>. Además se negaron de manera casi unánime a retornar a Portugal después de 1777, prefiriendo vivir relativamente unidos en Italia. Por el contrario, varias decenas de jesuitas mexicanos se establecieron en España con la esperanza de dar el salto a México en el periodo 1798-1801, aunque solo una docena consiguió el permiso para pasar a Nueva España, si bien sólo cinco triunfaron en su empeño de hacer realidad el sueño largamente acariciado de pisar de nuevo su tierra. Sin duda la característica más clara de la literatura de los jesuitas expulsos (lógicamente, la redactada en el destierro italiano) fue el sentirse ante todo mexicanos (la temática guadalupana está presente en muchos de ellos), incluso antes que jesuitas, que tiñe sus obras más valiosas de un sentimiento nostálgico y reivindicativo de su patria, que ha sido interpretado como germen de la mexicanidad e incluso del independentismo. El ejemplo más llamativo es Juan Luis Maneiro, quien en el título de su obra más significativa, en donde narra las biografías de 35 jesuitas mexicanos, omite la palabra «jesuitas», para resaltar la de «mexicanos», lo cual no gustó, como es lógico, a los rancios jesuitas, como el P. Manuel Luengo (*BJE*, 357-358).

El jesuita Lorenzo Hervás y Panduro se propuso dejar testimonio de la producción literaria de sus correligionarios hispano-portugueses en la *Biblioteca jesuítico española* (1793), recogiendo unos quinientos autores, de los cuales, 63 eran mexicanos, que redactaron unos doscientos treinta títulos entre impresos y manuscritos, bastantes de estos últimos actualmente perdidos. Es bastante copioso este aporte intelectual, y relativamente variado, a juzgar por las áreas temáticas arriba especificadas, exceptuados escritos administrativos y familiares de circunstancias, de valor muy desigual, de las cuales se conservan menos de la mitad. Para valorar justamente esta lista de obras recordemos que el concepto de «Literatura» hay que entenderlo en su acepción más amplia y enciclopédica, en el contexto del siglo XVIII, cuando las ciencias y la filosofía estuvieron a mayor altura que las letras propiamente dichas (los tradicionales géneros literarios), aunque sorprende gratamente la cantidad y calidad de los poetas mexicanos, tal vez, síntoma de la saudade del proscrito.

Se observa que la mayor parte de estos escritos son «ensayos» o «tratados» de jesuitas residentes en Bolonia, Ferrara y Roma, que escribieron las obras más interesantes después de dejar Floridablanca la embajada ante la Santa Sede a finales

<sup>170</sup> Astorgano, 2009a: 265-283.

de 1776, lo que nos lleva a constatar que los ignacianos literatos mexicanos sintieron profundamente el despotismo que el tándem Campomanes en Madrid y el murciano en Roma impuso en la primera década del destierro (1767-1777), lo cual llevó a muchos a tener silenciada la pluma, si bien no tanto como otras Provincias jesuíticas, pues los mexicanos, sobre todo los residentes en Ferrara, gozaron de mayor libertad y ambiente sociocultural más favorable. Esto explica que Francisco Javier Alegre y Francisco Javier Clavigero empezasen a trabajar sus grandes obras, y que autores, como Diego José Abad y José Ignacio Vallejo publicasen sus mejores textos en esta primera década.

Abandonada la embajada y suprimida la Compañía, Floridablanca, hombre fuerte del nuevo gobierno desde 1777, dejó de creer a los ex jesuitas un peligro político, lo que permitió a los ignacianos de la generación nacida alrededor de 1730-1750 desarrollar sus aptitudes literarias, apoyándose en una mayor «elasticidad mental», pues emplearon el italiano y el castellano en sus escritos en detrimento del latín, mayoritario en la generación anterior, adaptándose lentamente a la realidad y debates culturales italianos. Supieron superar el descalabro que supuso para todo jesuita el reemprender la redacción de sus escritos en la península italiana sin los apuntes y esquemas iniciales, arrebatados en el acto del extrañamiento, y, con voluntad de hierro, pudieron superarse anímica y materialmente, para desarrollar plenamente su literatura en la década 1778-1789.

Es seguro que a la nómina de literatos mexicanos de Hervás habrá que añadir en el futuro algún que otro escritor salido de entre los expulsos mexicanos (nosotros sin ser exhaustivos hemos añadido 43, es decir más de la mitad de los reseñados en la *BJE*). Lista en la que hemos excluido a varios autores a los que sólo se le conocen algunas poesías de circunstancias (generalmente inéditas), como por ejemplo, José de Lava Ribera (Guadalajara, 1-X-1738-†Bolonía, 9-IX-1806)<sup>171</sup>, y el citado Juan Antonio Doporto Andrade, quienes compusieron unas insulsas décimas<sup>172</sup>, incluidas

---

<sup>171</sup> El P. José Lava escribió una décima en elogio del historiador López de Priego, al que compara con un abogado, resaltando la erudición, la verdad y la gracia de su *Historia del arresto*. La transcribimos para que el lector juzgue por sí mismo si debe ser incluido en una historia de la literatura con un mínimo de exigencia: “Las leyes de un abogado, / y verdad de historiador / unes tú con tal primor, / que sorprende en sumo grado. / Un pleito también tratado / con pruebas y modo tal, / por la gracia sin igual, / por lo docto si se advierte, / te declaran de esta suerte, / historiador muy legal” (Folio 310v. del manuscrito *Historia del arresto*, conservado en la Universidad de Puebla).

<sup>172</sup> El padre Juan Antonio Doporto inserta tres décimas, en elogio de la obra y del autor, para resaltar su carácter moderado y su memoria (*Ibíd.*, ff. 309-310):

al final del manuscrito, en elogio de la *Historia del arresto, expatriación, viaje a Italia y extinción de la Provincia Mexicana de la Sagrada Compañía de Jesús*, de Antonio López de Priego. En todo caso, no creemos que el investigador que indague en los archivos de Roma, Bolonia y Ferrara, donde residieron la mayoría, o en los de otras ciudades de los Estados Pontificios, donde se refugiaron algunos jesuitas mexicanos, pueda enriquecer significativamente el panorama intelectual que hasta el presente ofrece su historia literaria, reseñada en la *BJE* por el abate manchego.

### Archivos citados

AGS (Archivo General de Simancas), *Gracia y Justicia*, legajo 685. Memorial (denegado) de José Julián Parreño, Joaquín Castellanos y Andrés Cavo, Roma, 16 de mayo de 1775.

AHL (Archivo Histórico de Loyola), *Escritos de jesuitas del siglo XVIII*, Caja 06, nº 01. Papeles de Lorenzo Hervás

AHL, Luengo, Manuel, *Diario de la expulsión de los jesuitas de los Dominios del Rey de España, al principio de sola la Provincia de Castilla la Vieja, después más en general de toda la Compañía, aunque siempre con mayor particularidad de la dicha Provincia de Castilla*. 63 tomos.

Biblioteca Comunal del Archiginnasio de Bolonia. Sebastián, Félix de (1767-1796), *Memorias de los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús de la Provincia de Nueva España*, vol. I (años 1767-1785) y vol. II (años 1786-1796), mss. A-531 y A-532.

Biblioteca Vaticana, Mss Vat. Lat. 9801-3 (manuscritos de Hervás y Panduro sobre el *Catálogo de las Lenguas*).

Biblioteca Nazionale Centrale di Roma. Barco, Miguel del, *Historia natural y crónica de la antigua California*, Fondo Gesuitico (ms.).

Biblioteca Nazionale Centrale di Roma. Sternkianowski, *Destierro de los jesuitas de Sonora y Sinaloa*, Fondo Jesuitas, T. 1412 (ms).

<i>Décima en elogio de la obra en general</i>	<i>Décima en elogio de las potencias y sentidos.</i>	<i>Décima en elogio del autor</i>
Tu musa docta y amena, cuando impugna al italiano lo hace con tan blanda mano, que muestra ser dulce vena. Aunque lo malo condena, tan bien se maneja en todo, que en cada verso y período, no faltando lo sincero, demuestra lo verdadero, sin excederse en el modo.	Cada potencia y sentido, como se ven, bien tratados son testigos abonados, que dicen sois entendido. Mas que mucho, si ésta ha sido obra bella, y luminosa, de una memoria mostruosa, de un entendimiento raro, penetrante, vivo, claro, y de voluntad actiosa.	Este elogio que han formado voluntad y entendimiento, y afectuoso te presento recibid, amigo amado. Mas por que éste no ha igualado a tu mérito, yo hiciera, si en mi poder estuviera, que te alabara otra pluma docta, sabia, y tal en suma, que tal a mi afecto fuera.



**Bibliografía**

- Altable Fernández, Francisco Ignacio (1995), "Aportaciones a la etnología y la ecología sudcalifornianas en las obras de Miguel del Barco y de Juan Jacobo Baegert", en M. M. Cariño Olvera (edit.), *Ecohistoria de los californios*, La Paz: Universidad Autónoma de Baja California Sur.
- Alva Rodríguez, Inmaculada (2011), «Francisco Javier Alegre (1729-1788): una aproximación a su obra teológica», *Anuario de Estudios Americanos* 68/1.
- Astorgano, Antonio (2004), «La Biblioteca jesuítico-española de Hervás y Panduro y su liderazgo sobre el resto de los ex jesuitas», *Hispania Sacra* 112.
- Astorgano, Antonio (2007), «Prólogo», en Lorenzo Hervás y Panduro, *Biblioteca jesuítico-española*, Madrid: Libris.
- Astorgano, Antonio (2008) (dir.), "Lorenzo Hevás y Panduro", [http://www.cervantesvirtual.com/bib\\_autor/hervasyPanduro/](http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/hervasyPanduro/).
- Astorgano, Antonio (2009a), «Esbozo de la Literatura de los jesuitas portugueses expulsos», *Revista História Unisinos* XIII/3.
- Astorgano, Antonio (2009b), «Para uma periodização da Literatura dos jesuítas portugueses expulsos (1759-1814)», *Brotéria. Cristianismo e Cultura* CLXIX/2.
- Astorgano, Antonio (2009c), «La Literatura de los jesuitas portugueses expulsos. Recuerdo de los centenarios del marqués de Pombal y de Lorenzo Hervás y Panduro», *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes* XVII.
- Astorgano, Antonio (2009d), «Hervás y Panduro y sus amigos ante la mexicanidad», en *Ilustración en el mundo hispánico: preámbulo de las Independencias*, M. Koprivitz Acuña-M. Ramos Medina-C. Torales Pacheco-J. M<sup>a</sup> Urkía-S. Yano Bretón (eds.), Tlaxcala.
- Astorgano, Antonio (2009e), «Floridablanca y el jesuita Hervás y Panduro, una relación respetuosa», *Res publica. Revista de Filosofía Política* 22.
- Astorgano, Antonio (2009f), «El marqués de Pombal: según los jesuitas expulsados de España», *Razón y Fe* nº 1334 (diciembre 2009).
- Astorgano, Antonio (2009g), *La Literatura de los jesuitas vascos expulsos (1767-1815)*, Madrid: Real Sociedad Bascongada de Amigos del país. Delegación en Corte. Discurso de ingreso en la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País. Contestación de Emilio Palacios.
- Astorgano, Antonio (2010), «Barco, Miguel de», en *Diccionario Biográfico Español de la Real Academia de la Historia*, Madrid: Real Academia de la Historia.
- Astorgano, Antonio (2013), "El magistral González de Candamo en la Metropolitana de México (1799-1804)", *Trienio* 62 (noviembre 2013).
- Astorgano, Antonio (2015), "La literatura silenciada del jesuita expulso mexicano José Ignacio Vallejo (1753-1788)", *IHS. Antiguos jesuitas en Iberoamérica*, 2015/2.

- Aullón de Haro, Pedro (2016), *La Escuela Universalista Española del siglo XVIII*, Madrid: Sequitur.
- Baegert, Johann Jacob (1942), *Noticias de la península americana de California*, México.
- Barco, Miguel del (1973), *Historia natural y crónica de la antigua California [Adiciones y correcciones a la noticia de Miguel Venegas]*, México (Ed. de Miguel León Portilla, 2.ª ed. 1988).
- Batllori, Miguel (1966), *La cultura Hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid.
- Beristáin de Souza, Mariano (1818), *Biblioteca hispano-americana setentrional, o Catálogo y noticias de literatos que, nacidos o educados o florecientes en la América Setentrional, han dado a luz algún escrito o lo han preparado para la prensa*, México.
- Breuer, J. (1777), «Annotatio rerum quarumdam quae religiosis Societatis Jesu contingerunt in Brasilia et Lusitania ab anno 1758 ad annum 1777 prout illas vel ipse expertus fui, vel ab iis narrari audivi, qui interfuerunt», fechada en Colonia el 26 de agosto de 1777.
- Burrus, Ernest J. (1967), *Ducrué's account of the expulsion of the Jesuits from Lower California (1767-1769)*, Roma.
- Burrus, Ernest J. y J. Gómez F. (2001), "Del Barco, Miguel", en *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- Cavo, Andrés (1836), *Los tres siglos de México durante el gobierno español hasta la entrada del ejército Trigarante*, México (edición de Carlos María de Bustamante).
- Clark, Charles Upson (1937), «Jesuit letters to Hervás on American languages and customs», *Journal de la Société des américanistes* XXIX.
- Clavigero, Francisco Javier (1789), *Storia della California: opera postuma del nobile signor abate D. Francisco Saverio Clavigero*, Venezia: Modesto Fenzo, vols. 2.
- Clavigero, Francisco Javier (1852), *Historia de la antigua o baja California. Obra póstuma del Padre Francisco Javier Clavigero, de la Compañía de Jesús. Traducida del italiano por el presbítero don Nicolás García de San Vicente*, México.
- Cuevas, Mariano (1944), *Tesoros documentales de México, siglo XVIII. Priego, Zelis, Clavijero*, México.
- Decorme, Gérard (1914), *Historia de la Compañía de Jesús en la República Mexicana durante el siglo XIX. Vol. I. Restauración y vida de secularización 1816-1848*, Guadalajara, 2 vols.
- Decorme, Gérard (1941), *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial 1572-1767 (Compendio histórico), vol. I: Fundaciones y obras*, México.

- Dunne, Peter Masten (1991), «The expulsion of the Jesuits from New Spain 1767", en C. w. Polzer (ed.), *The Jesuit missions of Northern Mexico*, Nueva York 1991.
- Eckart, Anselmo (1987), *Memórias de um Jesuíta prisioneiro de Pombal*, Braga.
- Fernández Arrillaga, Inmaculada (2009), *Jesuitas rehenes de Carlos III: misioneros desterrados de América presos en El Puerto de Santa María*, El Puerto de Santa María.
- Fernández Arrillaga, Inmaculada (2013), *Tiempo que pasa, verdad que huye. Crónicas inéditas de jesuitas expulsados por Carlos III (1767-1815)*, Alicante.
- Fernández Arrillaga, Inmaculada y Mar García Arenas (2009), «Dos caras de una misma expulsión: el destierro de los jesuitas portugueses y la reclusión de los misioneros alemanes», *Hispania Sacra* 123.
- Gatzhammer, S. (1993), "Antijesuitismo europeu. Relações político-diplomáticas e culturais entre a Baviera e Portugal (1750-1780)", *Lusitania Sacra* 5.
- Gómez F., J. y C. E. Rohan (2001), «Campoy, José Rafael», en *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, vol. I, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- Gomez Fregoso, Jesús (1979), *Clavigero. Ensayo de interpretación y aportaciones para su estudio*, Guadalajara (México).
- Guasti, Niccolò (2006), *L'Esilio italiano dei gesuiti spagnoli. Identità, controllo sociale e pratiche culturali*, Roma.
- Hervás y Panduro, Lorenzo (1800), *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, división y clases de estas según la diversidad de sus idiomas y dialectos, volumen I. Lenguas y naciones americanas*, Madrid.
- Hervás y Panduro, Lorenzo (2007), *Biblioteca jesuítico-española*, Madrid: Libris. Edición de A. Astorgano. Citada como BJE.
- Hervás y Panduro, Lorenzo (2008), *Obras y Estudios*, en [http://www.cervantesvirtual.com/bib\\_autor/hervasypanduro/](http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/hervasypanduro/).
- Kaulen, Lourenço (1784), *Relação de algumas causas que succederão aos religiosos da Companhia de Jesus no reyno de Portugal, nas suas prisoes, desterros e cárceres, em que estiverão por tempo de 18 annos, isto he do anno 1759 athe o anno 1777, no reinado del Rey D. Jose I sendo Primeiro Ministro... Marquez do Pombal* [1784]. *Memoria praecipuerum successuum vitae jesuitae anonymi*, en el Archivo Torre do Tombo, ms. 147.
- López de Priego, Antonio (1785), *Historia del arresto, expatriación, viaje a Italia y extinción de la Provincia Mexicana de la Sagrada Compañía de Jesús, con razón individual de los sucesos acaecidos a varios individuos de ella, desde el día 25 de junio de 1767 hasta después de intimarles el Breve expedido por el Papa Clemente décimo cuarto*. En: Archivo de la Provincia de México.
- López de Priego, Antonio (1944), «Carta de un religioso de los extintos jesuitas a una hermana suya religiosa del convento de Santa Catarina de la Puebla de los Ángeles. Escrita en la ciudad de

- Bolonia en 1º de octubre de 1785», en Mariano Cuevas (edit.), *Tesoros documentales de México, siglo XVIII. Priego, Zelis, Clavijero*, México.
- Luengo, Manuel (1767-1815), *Diario de la expulsión de los jesuitas de los Dominios del Rey de España, al principio de sola la Provincia de Castilla la Viexa, después más en general de toda la Compañía, aunque siempre con mayor particularidad de la dicha Provincia de Castilla*, Monasterio de Loyola (63 tomos mss.).
- Maneiro, Juan Luís (1791-1792), *De vitis aliquot mexicanorum...*, 3 vols., Bolonia.
- Maneiro, Juan Luis (2004), *Francisco Javier Clavigero, SJ, Ilustre universitario constructor de la patria mexicana*, Guadalajara 2004. Traducción del latín, introducción y notas por Jesús Gómez Fregoso.
- Maneiro, Juan Luis y Alberto Valenzuela Rodarte (1988) (trad.), *Vida de algunos mexicanos ilustres*. México.
- March, José María (1944), *El restaurador de la Compañía de Jesús, beato José Pignatelli y su tiempo*, Barcelona, 2 vols.
- Meisterburg, A. (1762), *Suspiria captivorum Patrum Societatis Jesu in arce S. Juliani ad ostia Tagi, in natali Beatae Mariae Virginis* (ms.).
- Miranda, Francisco (1982), *América Espera*, Caracas.
- Montané Martí, J. C. (1999), *La Expulsión de los Jesuitas de Sonora*, México.
- Müller, J. (1767), *Erlebnisse und leiden: reisebeschreibung von Cöllen am Rhein nacher Goa und von allen was sich mit einigen Persohnen der Gesellschaft Jesu bis zu iherr Rückkehr in Teutschland merkwürdiges zu getragen vom Jahr 1751 bis 1767* (ms.).
- Polzer, Charles W. (1991) (ed.), *The Jesuit missions of Northern Mexico*, Nueva York.
- Pradeau, Albero Francisco (1959), *La expulsión de los Jesuitas de las Provincias de Sonora, Ostimuri y Sinaloa en 1767*, México.
- Pradells Nadal, Jesús (2002), "La cuestión de los jesuitas en la época de Godoy: regreso y segunda expulsión de los jesuitas españoles (1796-1803)", en Enrique Giménez (Ed.), *Y en el tercero perecerán. Gloria, caída y exilio de los jesuitas españoles en el siglo XVIII*, Alicante.
- Requeno, Vicente (2008), *Escritos filosóficos: "Ensayo filosófico sobre los caracteres personales dignos del hombre en sociedad". "Libro de las sensaciones humanas y de sus órganos"*, Zaragoza: Universidad. Edición crítica de A. Astorgano.
- Rico González, Víctor (1949), *Historiadores mexicanos del siglo XVIII*, México.
- Rodríguez Laso, Nicolás (2006), *Diario en el viage a Francia e Italia (1788)*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico. Edición crítica de A. Astorgano.
- Ronan, Charles E. (1977), *Francisco Javier Clavigero. S.J (1731-1787) figure of the Mexican Enlightenment: his life and works*, Roma.

- Sebastián, Félix de (1767-1796), *Memorias de los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús de la Provincia de Nueva España*, vol. I (años 1767-1785) y vol. II (años 1786-1796), mss. A-531 y A-532, Bolonia: Biblioteca Comunal del Archiginnasio (ms).
- Sequeiros, Leandro (1992), "Las ideas sobre los fósiles del jesuita Miguel del Barco (1706-1790)", en *III Congreso geológico de España y VIII Congreso latinoamericano de geología*, Salamanca.
- Sommervogel, Carlos (1890), *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, Bruselas-París.
- Sternkianowski, Antonio, *Destierro de los jesuitas de Sonora y Sinaloa*, Biblioteca Nacional de Roma, Fondo Jesuitas, T. 1412.
- Taracena, Miguel de (1766), *Lágrimas de Aganipe, vertidas por la pluma en la muy sensible muerte del P. Cristóbal de Villafañe, de la Compañía de Jesús*, Guatemala.
- Teixidó Gómez, Francisco (1993), «Un naturalista del s. XVIII: el jesuita Miguel del Barco», *Revista de Estudios Extremeños* 49.
- Thoman, M. (1788), *Mauriz Thommans ehemaligen Jesuitens und Missionaris in Asien und Afrika Reise und Lebensbeschreibung*, Ausburg.
- Trabulse, Elías (1988), "Clavigero, historiador de la Ilustración mexicana", en Alfonso Martínez Rosales (Coord.), *Francisco Xavier Clavigero en la Ilustración mexicana 1731-1787*, México.
- Uriarte, José Eugenio de (1904-1916), *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la Antigua Asistencia española: con un apéndice de otras de los mismos, dignas de especial estudio (28 sept. 1540-16 agosto 1773)*, Madrid.
- Uriarte, José Eugenio de y Mariano Lecina (1925-1930), *Biblioteca de Escritores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la Antigua Asistencia de España desde sus orígenes hasta el año de 1773*, Madrid.
- Zambrano, Francisco (1966), *Diccionario Bio-Bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, México.
- Zelis, Rafael de (1871), *Catálogo de los sujetos de la Compañía de Jesús que formaban la Provincia de México el día del arresto, 25 de junio de 1767, formado en Roma por don Rafael Zelis*, México.
- Zubillaga, F. J. Gómez F. (2001), «Ducrue (Ducrah, Ducreu, Ducray), Francisco (Franz Benno)», en *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, vol. II, Madrid: Universidad Pontificia de Comilla.